

Biblioteca Austriaca

Ludwig von Mises

El libre mercado y sus enemigos

[PSEUDOCIENCIA, SOCIALISMO E INFLACIÓN]



Unión Editorial

Biblioteca Austriaca
Colección dirigida por
Juan Marcos de la Fuente

**El libre mercado y sus enemigos:
Pseudociencia, socialismo e inflación**

Ludwig von Mises

El libre mercado y sus enemigos:

Pseudociencia, socialismo e inflación

Prólogo de
Richard M. Ebeling

Transcripciones de las conferencias por
Bettina Bien Graves

Traducido por
Mariano Bas Uribe

Unión Editorial
2021

Título original: *The Free Market and Its Enemies:
Pseudo-Science, Socialism, and Inflation.*

Copyright ©2004 Foundation for Economic Education. All rights reserved.

Traducción de Mariano Bas Uribe.

© 2021 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 • local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN (página libro): 978-84-7209-830-5

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

Reconocimientos

Introducción, por Richard M. Ebeling

Primera conferencia: La economía y sus oponentes

Segunda conferencia: Pseudociencia y comprensión histórica

Tercera conferencia: El hombre que actúa y la economía

Cuarta conferencia: Marxismo, socialismo y pseudociencia

Quinta conferencia: Capitalismo y progreso humano

Sexta conferencia: Dinero e inflación

Séptima conferencia: El patrón oro: Su importancia y restauración

Octava conferencia: El dinero, el crédito y el ciclo económico

Novena conferencia: El ciclo económico y más allá

Miscelánea de referencias citadas durante las conferencias

Foundation for Economic Education

Reconocimientos

Estas conferencias, llevadas a cabo por Ludwig von Mises en la *Foundation for Economic Education* en el verano de 1951, se habrían perdido si no hubiera sido por Bettina Bien Graves, que las transcribió palabra por palabra usando taquigrafía y amablemente puso las transcripciones a disposición de la FEE. Mrs. Graves fue un miembro importante del personal en la fundación durante casi 50 años, hasta su jubilación en 1999. Ella y su difunto marido, Percy L. Graves, fueron amigos íntimos de Mises. Su apreciación y comprensión de las obras de Mises han ayudado a mantener vivo su legado para una nueva generación de amigos de la libertad.

La publicación de estas conferencias ha sido posible gracias a la amable generosidad de Mr. Sheldon Rose, de Farmington Hills, Michigan, y la Fundación Richard E. Fox de Pittsburgh, Pennsylvania, y especialmente mediante el apoyo generoso del albacea principal de la Fundación Fox, Mr. Michael Pivarnik.

Mrs. Beth Hoffman, editora jefe de la publicación mensual de la FEE *The Freeman*, ha supervisado la preparación del texto de principio a fin con su habitual cuidado profesional.

Introducción

Por Richard M. Ebeling

A lo largo de un periodo de doce días, del 25 de junio al 6 de julio de 1951, el internacionalmente renombrado economista austriaco Ludwig von Mises dio una serie de conferencias en la *Foundation for Economic Education* (FEE) en su sede central en Irvington-on-Hudson, Nueva York. Bettina Bien Greaves, empleada en la FEE en ese momento, anotó mediante taquigrafía las conferencias de Mises, palabra por palabra, y luego las transcribió a un documento completo. Ha permanecido inédito hasta hoy.

La FEE tiene el orgullo de poner finalmente estas conferencias a disposición de una nueva generación. Mises tenía casi setenta años cuando pronunció las palabras que están en este texto, pero estas revelan una vitalidad mental plena de juventud por su claridad y su visión del libre mercado y su análisis crítico de los enemigos de la libertad.

Ludwig von Mises: Su vida y contribuciones

Durante las décadas anteriores a que Mises diera estas conferencias en la FEE, se había establecido como una de las principales voces de la libertad en el mundo occidental.^[1]

Ludwig von Mises nació el 29 de septiembre de 1881 en Leópolis o Lemberg, la capital de la provincia de Galitzia en el Imperio Austrohúngaro (ahora conocida también como Lviv, en Ucrania). Se graduó en la Universidad de Viena en 1906 con un doctorado en derecho y una especialización en economía. Después de trabajar brevemente como pasante legal, fue contratado por la Cámara de Comercio, Artesanía e Industria de Viena en 1909 y en pocos años fue promocionando hasta alcanzar el puesto de analista sénior de economía de la cámara.

Mises fue reconocido pronto como una de las mentes más perspicaces y agudas de Austria. En 1912, publicó *La teoría del dinero y del crédito*, un libro que fue rápidamente alabado como una obra importante sobre teoría y política monetarias, en el que presentaba lo que acabaría conociéndose como la teoría austriaca del ciclo económico. Las inflaciones y depresiones no son propias de una economía de libre mercado, argumentaba Mises, sino que las causan la mala gestión pública de los sistemas monetario y bancario.^[2]

Sin embargo, su trabajo investigador se interrumpió en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Durante los siguientes cuatro años, Mises fue oficial en el ejército austriaco, la mayor parte del tiempo en el frente oriental contra el ejército ruso. Fue condecorado tres veces por su valor bajo el fuego. Después de que Lenin y los bolcheviques firmaran un acuerdo independiente de paz con la Alemania imperial y el Imperio Austrohúngaro en marzo de 1918 que apartaba a Rusia de la guerra, Mises fue nombrado responsable del control de la divisa en esa parte de la Ucrania ocupada por el ejército austriaco, de acuerdo con los términos del tratado de paz, con su cuartel general en la ciudad portuaria de Odessa en el mar Negro. Durante los últimos meses de la guerra, antes del armisticio del 11 de noviembre de 1918, Mises estuvo en Viena trabajando como analista económico para el Alto Mando austriaco.

Después de licenciarse del ejército a finales de 1918, volvió a sus tareas en la Cámara de Comercio de Viena, con la responsabilidad adicional, hasta 1920, de estar al frente de una filial de la Comisión de Reparación de la Sociedad de Naciones supervisando la liquidación de las obligaciones de deuda previas a la guerra.

En los años que siguieron inmediatamente a la guerra, Austria estaba en un estado de caos. El antiguo Imperio Austrohúngaro se había desintegrado, dejando una nueva y mucho más pequeña República de Austria. La hiperinflación y las barreras comerciales agresivas por parte de países vecinos pronto redujeron a buena parte de la población austriaca a condiciones cercanas al hambre. Además, hubo varios intentos de establecer por la violencia un

régimen socialista revolucionario en Austria, así como guerras fronterizas con Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia.

Desde su puesto en la Cámara de Comercio de Viena, Mises luchaba noche y día por repeler la destrucción colectivista de su patria. Influyó en la detención de la nacionalización de la industria austriaca por el gobierno en 1918-1919. También desempeñó un papel protagonista en la contención de la hiperinflación en Austria en 1922 y luego fue una voz influyente en la reorganización del Banco Nacional de Austria bajo un patrón oro reestablecido bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones. También realizó una defensa contundente de una rebaja drástica de los impuestos de la renta y sociedades que estaban estrangulando todas las actividades del sector privado y ayudó a acabar con los controles públicos de cambio de moneda que estaban arruinado el comercio de Austria con el resto del mundo.^[3]

A lo largo de la década de 1920 y el principio de la de 1930, mientras estuvo en su Austria nativa, Mises fue un firme defensor de los ideales de la libertad individual, el gobierno limitado y el libre mercado. Aparte de su trabajo en la Cámara de Comercio de Viena, impartía un seminario cada semestre en la Universidad de Viena sobre varios aspectos de teoría y política económicas, que atraía no solo a muchos de los más brillantes estudiantes de Austria, sino también a otros del resto de Europa y también de Estados Unidos. También tuvo un «seminario privado» que se reunía dos veces al mes desde octubre a junio en las oficinas de la cámara, desde 1920 a 1934, participando regularmente en él muchas de las mejores mentes de Viena en economía, ciencia política, historia, filosofía y sociología.

Mises también fundó el Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Económico en 1926. Ejerció como vicepresidente ejecutivo, con un joven Friedrich A. Hayek nombrado como primer director del instituto.

Su estatura internacional como defensor del liberalismo clásico también continuó creciendo durante este periodo, mediante una serie de libros que se enfrentaban a la creciente marea socialista y al estado intervencionista del bienestar. En 1919, Mises publicó

Nación, estado y economía, donde atribuía las causas de la Primera Guerra Mundial a las ideas nacionalistas, imperialistas y socialistas de las décadas precedentes.^[4] Pero fue en un artículo de 1920 sobre «El cálculo económico en la comunidad socialista»^[5] y en su libro de 1922 sobre *El socialismo: Análisis económico y sociológico* donde se estableció firmemente su reputación como principal oponente del colectivismo en el siglo XX.^[6] Mises demostraba que con la nacionalización de los medios de producción y la resultante abolición del dinero, la competencia del mercado y el sistema de precios, el socialismo llevaría al caos económico y no a la prosperidad social. Así que, aparte de la tiranía que crearía el socialismo debido al dominio del gobierno sobre todos los aspectos de la vida humana, también era de por sí imposible que funcionara como sistema económico.

A esto le siguió en 1927 su defensa de todas las facetas de la libertad individual en su libro sobre *Liberalismo*, refiriéndose al liberalismo clásico y la economía de mercado. Presentaba un alegato claro y convincente a favor de la libertad individual, la propiedad privada, los mercados libres y el gobierno limitado.^[7] Finalmente, en 1929, Mises publicó una serie de ensayos ofreciendo una *Crítica del intervencionismo*, en la que demostraba que las regulaciones públicas fragmentadas sobre precios y producción llevaban inevitablemente a distorsiones y desequilibrios que amenazaban el funcionamiento eficaz de una sociedad competitiva y de libre mercado.^[8] Además, escribió una serie de ensayos sobre la filosofía de la ciencia y la naturaleza del hombre y el orden social que apareció en 1933 bajo el título *Problemas epistemológicos de la economía*.^[9]

Mises había entendido claramente durante este tiempo que el nacionalsocialismo de Hitler llevaría a Alemania por el camino de la destrucción. De hecho, a mediados de la década de 1920 ya había avisado de que muchos alemanes estaban esperando la llegada del tirano que los gobernaría y planificaría sus vidas.^[10] Cuando los nazis llegaron al poder en Alemania en 1933, Mises entendió que el futuro de su Austria nativa estaba amenazado. Como liberal clásico y judío, Mises también sabía que una anexión nazi probablemente significaría su arresto y su muerte. Así que en 1934 aceptó un

puesto como profesor de relaciones económicas internacionales en el Instituto de Grado de Estudios Internacionales en Ginebra, Suiza, un puesto que mantuvo hasta que llegó a Estados Unidos en el verano de 1940.^[11]

Fue durante esos seis años en Suiza cuando Mises escribió su mayor obra, cuya edición en alemán se publicó en Ginebra en 1940^[12] y luego apareció en 1949 en una edición revisada en inglés como *Human Action: A Treatise on Economics*.^[13] En un libro de casi 900 páginas, Mises resumía las ideas y reflexiones de toda una vida sobre los temas del hombre, la sociedad y el gobierno, sobre la naturaleza y funcionamiento del proceso competitivo del mercado y las imposibilidades de una planificación centralizada socialista y un estado intervencionista y sobre el papel e importancia esenciales de un sistema monetario sólido para todas las actividades del mercado y los efectos dañinos de la manipulación pública del dinero y el crédito.

En el verano de 1940, mientras el ejército alemán invadía Francia, Mises y su esposa, Margit, abandonaron la neutral Suiza y cruzaron el sur de Francia y atravesaron España para llegar a Lisboa, en Portugal, desde donde navegaron a Estados Unidos. Tras instalarse en Nueva York, recibió becas de investigación de la Fundación Rockefeller a principios de la década de 1940 que le permitieron hacer diversos estudios sobre la reconstrucción económica y política de posguerra, así como escribir varios libros.^[14] En 1945, fue nombrado profesor visitante en la Universidad de Nueva York, un puesto que mantuvo hasta su jubilación en 1969 con 87 años.

Durante sus años en América, Mises continuó su prolífica carrera como escritor, publicando *Burocracia* (1944),^[15] *Gobierno omnipotente* (1947),^[16] *Caos planificado* (1947),^[17] *Planificación para la libertad* (1952),^[18] *La mentalidad anticapitalista* (1956),^[19] *Teoría e historia* (1957),^[20] *Los fundamentos últimos de la ciencia económica* (2012)^[21] y *The Historical Setting of the Austrian School of Economics* (1969).^[22] También se publicaron póstumamente sus memorias, *Notes and Recollections* (1978)^[23] e *Interventionism: An Economic Analysis* (1998),^[24] ambos escritos originalmente en 1940.

Y muchos de sus otros artículos y ensayos se han recogido en dos antologías.^[25]

Mises también atrajo a su alrededor una nueva generación de jóvenes estadounidenses entregados al ideal de la libertad en general y de la libertad económica en concreto y a quienes Mises animaba y ayudaba en sus actividades intelectuales. Murió el 10 de octubre de 1973, a los 92 años.

Ludwig von Mises y la FEE

Hubo una larga relación entre Ludwig von Mises y la Foundation for Economic Education. El difunto Leonard E. Read, fundador y primer presidente de la FEE, conoció a Mises a principios de la década de 1940. Read contaba la historia de su encuentro en un ensayo escrito de celebración del 90 cumpleaños de Mises.

El profesor Mises llegó a América durante 1940. Le conocí un año o dos después, cuando acudí a un cóctel de la Cámara de Comercio de Los Ángeles de la cual yo era Director General. Esa noche cenó en mi casa con renombrados economistas, como el Dr. Benjamin M. Anderson y el profesor Thomas Nixon Carver, y varios empresarios, como W. C. Mullendore, todos pensadores de primer nivel en economía política. ¡Lo que daría por tener una grabación de esa conversación memorable!

La pregunta final se planteó a la medianoche: «Profesor Mises, estoy de acuerdo con usted en que nos dirigimos hacia tiempos turbulentos. Entonces, supongamos que usted fuera el dictador de estos Estados Unidos, ¿Qué haría?»

La réplica llegó rápida como un rayo: «¡Dimitiría!» Aquí tenemos el lado de la renuncia de la sabiduría: un hombre que sabía que no debía imponerse a sus iguales y rechazaba incluso pensar en ello.

Pocos entre nosotros son suficientemente sabios como para saber lo poco que sabemos. (...) Algún individuo aislado pesa su conocimiento limitado en la balanza de la verdad infinita y la conciencia de sus limitaciones le dice que nunca debe imponerse a otros. Una persona así renunciaría a cualquier puesto de

gobierno autoritario que se le ofreciera o, si por casualidad se encontrara en esa situación, renunciaría ¡de inmediato! (...)

El profesor Mises sabe que no gobierna ni puede gobernar, así que renuncia incluso a la idea de gobierno. Saber a qué aspecto de la vida renunciar es un aspecto de la sabiduría.^[26]

Desde la fundación de la FEE en 1946, Ludwig von Mises trabajó en ella como asesor sénior, conferenciante, escritor y miembro del personal a tiempo parcial. Fue debido a la influencia de Mises y la del economista de libre mercado y periodista Henry Hazlitt (uno de los consejeros originales de la FEE) por lo que la fundación siempre tuvo una especial orientación hacia la «Escuela Austriaca» en su análisis económico de los mercados libres y el colectivismo.^[27]

También fue con la ayuda de Leonard Read y unos pocos más de entre los amigos de Mises con lo que se creó un fondo para reforzar su puesto de enseñante en la NYU, hasta su jubilación en 1969. Y tras su abandono de la NYU, Leonard Read incluyó a Mises en la nómina de la FEE para el resto de su vida.

La mujer de Mises, Margit, describía su aprecio por la FEE y la oportunidad de dar conferencias en la FEE:

En octubre de 1946, Lu se convirtió en miembro ordinario del personal de la FEE y en años posteriores se comprometió a dar una serie de conferencias en Irvington cada año. El ambiente espiritual e intelectual allí era del todo de su agrado.

Una de las tareas periódicas de la fundación era dar seminarios para profesores, periodistas y estudiantes. Lu disfrutaba hablando allí. Sabía que a los participantes se les preguntaba cuidadosamente acerca de su educación e intereses y ansiaban escucharle. Es interesante advertir cuántas mujeres acudían a estos seminarios.

Antes de que empezaran las clases, Lu hacía rondas metódicamente. Primero tenía una pequeña charla con Read, luego iba a ver a Edmund Opitz, a quien tenía un especial aprecio, después visitaba a W. Marshall Curtiss y Paul Poirot. Paul normalmente tenía que discutir un artículo que estaba a punto de

publicar en *The Freeman*, la revista mensual de la FEE. Finalmente, Lu iba al despacho de Bettina Bien. Por lo general, Bettina tenía una pila de sus libros lista para escribir autógrafos o cartas para firmar, que le mecanografiaba en su oficina. En su recorrido bajando a la sala de conferencias (todos estos despachos, con la excepción del doctor Opitz, estaban en la segunda planta) tenía palabras amables para cada uno de los empleados.

Sus conferencias estaban pensadas para una audiencia especial de Irvington. Era capaz de evaluar a sus oyentes inmediatamente haciendo unas pocas preguntas. (...) Aunque el contenido de sus conferencias en Irvington era más ligero, su modo de realizarlas era el mismo que en la Universidad de Nueva York. El interés era grande y lo mismo pasaba con la demanda de libros de Lu, que Leonard Read siempre mantenía impresos y listos para su distribución.^[28]

La última conferencia pública de Mises se llevó a cabo en la FEE el 26 de marzo de 1971. Como explicaba Margit von Mises: «Siempre le encantó dar conferencias en Irvington y continuó haciéndolo mientras se consideró capaz».^[29]

Cuando murió Mises, Leonard Read hizo un breve elogio en la ceremonia en su recuerdo del 16 de octubre de 1973. Dijo, entre otras cosas:

El más orgulloso tributo que la humanidad paga a quien más quiere honrar es llamarle Maestro. El hombre que produce una idea que ayuda a los hombres a entenderse a sí mismos y al universo pone en deuda por siempre a la humanidad. (...) Ludwig von Mises es realmente (y utilizo esta palabra en tiempo presente) un Maestro. Más de dos generaciones han estudiado siguiéndole e incontables miles de otras personas han aprendido de sus libros. Libros y alumnos son el persistente monumento de un Maestro, y estos monumentos son suyos. (...) Hemos aprendido mucho más que economía de Ludwig von Mises. Hemos llegado a conocer un ejemplo de erudición, constancia y dedicación. ¡Verdaderamente uno de los grandes Maestros de todos los tiempos! Y por eso, todos te rendimos homenaje, Ludwig von

Mises, pues marchas de esta vida mortal y te unes a los inmortales.^[30]

Las conferencias de la FEE de 1951

A aquellos lectores que ya estén familiarizados con algunas de las obras de Mises, sus conferencias de 1951 en la FEE les ofrecerán un estilo ligeramente distinto en su análisis. Aquí se ve al maestro Mises. La forma de exposición que Bettina Bien Graves ha capturado con su detallada taquigrafía de sus conferencias es más coloquial y está llena de muchos ejemplos y referencias históricas. El lector puede sentir, al menos un poco, cómo era Mises cara a cara en el aula y no solo el teórico olímpico de sus grandes libros.

Uno de los alumnos de Mises que estudió con él en la Universidad de Nueva York dijo una vez que «Cada lección era una experiencia que habría tu mente». Otro alumno declaraba que: «Nunca he conocido a un hombre tan erudito como el Dr. Mises. Tenía un conocimiento extraordinario de todos los campos del conocimiento. Al explicar economía, aportaba ejemplos de la historia para ilustrar lo que estaba tratando de decir».^[31] Sus conferencias en la FEE desde 1951 dan un ejemplo de este aspecto de Mises como maestro y erudito.

Para los lectores que estén relativamente menos familiarizados con los escritos de Mises, estas conferencias ofrecen un excelente punto de partida. De hecho, en muchos sentidos, las conferencias presentan una versión abreviada de la mayoría de los temas a los que Mises dedicó su vida a formular, un resumen de muchos de los temas principales que se encuentran en *La acción humana*. Explica la naturaleza del hombre como un actor con un propósito que da sentido a sus acciones en el contexto de los fines elegidos y los medios seleccionados para alcanzar sus fines. Es la intencionalidad del hombre lo que hace que las ciencias humanas sean inherentemente distintas del objeto de las ciencias naturales. Esto también permite a Mises demostrar por qué la teoría de Karl Marx del materialismo dialéctico y el determinismo histórico es esencialmente mito y fantasía.

Por el contrario, muestra el funcionamiento real del proceso de mercado a través del cual la libertad económica proporciona los incentivos y la libertad personal a las personas para trabajar, ahorrar e invertir. Explica cómo es la demanda de bienes y servicios dirigida por el consumidor la que proporciona el estímulo y las oportunidades de beneficio para que los emprendedores dispongan y dirijan creativamente la producción de forma que atienda los deseos del público comprador.

También demuestra que el proceso de mercado sería imposible sin y depende de la aparición de un medio de intercambio (dinero) a través del cual toda la multitud de bienes y recursos pueden reducirse a un común denominador en forma de precios monetarios. El cálculo económico en forma de precios de mercado proporciona el medio a través del cual los empresarios son capaces de estimar potenciales beneficios y posibles pérdidas mediante líneas y métodos alternativos de producción. A través de este proceso, el desperdicio y el mal uso de los recursos se mantienen a un nivel mínimo, de forma que los bienes y servicios más valorados y deseados por los consumidores pueden llegar al mercado.

Esto también lleva a Mises a explicar por qué la planificación centralizada socialista significa el fin de toda racionalidad económica. Con la abolición de los mercados y precios bajo el socialismo, los planificadores centrales no tienen indicaciones de cómo aplicar eficientemente los recursos, el capital y el trabajo bajo su control. Por tanto, el socialismo en la práctica significa caos planificado.

Al mismo tiempo, Mises demuestra por qué la mala gestión del sistema monetario y bancario produce inflaciones y depresiones. Al distorsionar las señales de los precios en el mercado (incluyendo los tipos de interés) las inflaciones generadas por el estado producen una mala gestión de los recursos y la mano de obra y una mala inversión del capital. Lo que al final debe llevar a una depresión.

A través de estas conferencias, el lector verá por qué Ludwig von Mises fue uno de los defensores más eficaces de la libertad y la libre empresa en el siglo XX, Y por qué sus contribuciones permanecerán

como uno de los grandes legados para la causa de la libertad durante muchas décadas en el futuro.

Primera conferencia

La economía y sus oponentes

Entre los grandes libros de la humanidad están los escritos inmortales del filósofo griego Platón. *La república* y *Las leyes*, escritos hace unos 2300 o 2400 años, tratan no solo de filosofía, teoría del conocimiento y epistemología, sino también de las condiciones sociales. El tratamiento de estos problemas era típico de la aproximación que los problemas filosóficos y sociológicos, explicaciones sobre el estado, gobierno y asuntos similares continúa recibiendo durante más de 2000 años.

Aunque esta aproximación nos resulte familiar, se ha desarrollado un nuevo punto de vista con respecto a la filosofía social, las ciencias, la economía y la praxeología durante los últimos cien años. Platón había dicho que un líder aparece por «providencia» o por su propio prestigio para reorganizar y construir el mundo de la misma forma que un constructor erige un edificio: sin preocuparse por los deseos de sus semejantes. La filosofía de Platón era la de que la mayoría de los hombres son «herramientas» y «piedras» a utilizar para la construcción de una nueva entidad social por parte del «superhombre» al mando. La cooperación de los «súbditos» no es importante para el éxito del plan. El único requisito es que el dictador tenga el poder necesario para obligar al pueblo. Platón se asigna la tarea concreta de ser el consejero del dictador, el especialista, el «ingeniero social» que reconstruye el mundo de acuerdo con su plan. Una situación comparable puede verse hoy en la postura del profesor universitario que va a Washington.

El patrón platónico permaneció igual durante casi 2000 años. Todos los libros de esa época se escribieron desde este punto de vista. Cada autor estaba convencido de que los hombres eran meros peones en manos de los príncipes, la policía y otros. Podía hacerse cualquier cosa, siempre que el gobierno fuera lo suficientemente fuerte. La fuerza se consideraba el principal activo del gobierno.

Un indicador del éxito de esta forma de pensamiento puede apreciarse leyendo *Las aventuras de Telémaco*, del obispo Fénelon [François de Salignac de la Mothe Fénelon, 1651-1715]. El obispo Fénelon, contemporáneo de Luis XIV, era un gran y prestigioso filósofo, crítico del gobierno, y tutor del Duque de Borgoña, heredero del trono de Francia. *Las aventuras de Telémaco*, escrito para la educación del joven duque se usó en las escuelas francesas hasta hace poco. El libro habla de viajes por el mundo. En cada país visitado, todo lo que es bueno se atribuye a la policía y todo lo valioso se atribuye al gobierno. Esto se conoce como la «ciencia de la policía» o, en alemán, *Polizeiwissenschaft*.

El siglo XVIII fue testigo de un nuevo descubrimiento: el descubrimiento de una aproximación distinta a los problemas sociales. La idea desarrollada era que había una regularidad en la secuencia de los problemas sociales similar a la regularidad en la secuencia de los fenómenos naturales. Se entendía que los decretos legales y su aplicación no eliminaban por sí solos los males sociales. Debía estudiarse la secuencia regular o concatenación de fenómenos sociales para descubrir qué puede hacerse y qué debería haberse. Aunque se había apreciado la regularidad en el campo de las ciencias naturales, hasta entonces no se había apreciado la existencia de orden y de secuencias regulares también en el campo de los problemas sociales.

Las condiciones utópicas del estado de naturaleza, tal y como las describió Jean Jacques Rousseau [1712-1778] se transformaban, según decía, por hombres «malvados» y por sus malignas instituciones sociales para producir la indigencia y miseria que existen. Se creía que el hombre más feliz (el que vivía bajo las condiciones más satisfactorias) era el indio de Norteamérica. Los

indios de Norteamérica fueron idealizados en la literatura europea de ese tiempo: se les consideraba felices porque no conocían la civilización moderna.

Luego vino Thomas Robert Malthus [1766-1834] con el descubrimiento de que la naturaleza no proporciona los medios de existencia para todos. Malthus señalaba que para todos los humanos prevalece una escasez de los requisitos de subsistencia. Todos los hombres compiten por los medios de supervivencia y por una porción de la riqueza del mundo. El objetivo del hombre era acabar con la escasez y hacer que sobreviviera un mayor número de personas.

La competencia lleva a la división del trabajo y al desarrollo de la cooperación. El descubrimiento de que la división del trabajo es más productiva que el trabajo aislado fue una feliz casualidad que hizo posibles la cooperación social, las instituciones sociales y la civilización.

Si toda la producción se consumiera de inmediato, sería imposible cualquier mejora de condiciones. La mejora solo es posible porque se ahorra alguna producción para usarla en la producción posterior, es decir, solo si se acumula capital. *¡El ahorro es importante!*

Para todos los reformadores como Platón, el «cuerpo político» no podría funcionar sin interferencias desde lo más alto. La intervención del «rey», del gobierno y de la policía era necesaria para conseguir acción y resultados. Recordemos que esta era también la teoría de Fénelon: describía calles, fábricas y todo el progreso como debido a la policía.

En el siglo XVIII se descubrió que incluso en ausencia de policía (incluso si nadie daba órdenes) la gente actúa naturalmente de tal manera que acaban apareciendo los frutos de la producción. Adam Smith [1723-1790] citaba al zapatero. El zapatero no fabrica zapatos por un motivo altruista: el zapatero nos proporciona zapatos debido a su propio interés. Los zapateros fabrican zapatos porque quieren los productos de otros, que pueden conseguir mediante intercambio por los zapatos. Todo hombre, al atenderse a sí mismo, atiende necesariamente los intereses de otros. El «rey» no tiene que dar

órdenes. Por tanto, la acción se produce por las acciones autónomas de la gente en el mercado.

Los descubrimientos del siglo XVIII con respecto a los problemas sociales estaban directamente relacionados y eran inseparables de los cambios políticos producidos durante ese periodo: la sustitución del gobierno autocrático por el representativo, el proteccionismo por el librecambismo, la tendencia a la paz internacional frente a la agresividad, la abolición de la servidumbre y la esclavitud y muchas otras cosas. La nueva filosofía política también llevó a sustituir el monarquismo y el absolutismo por la libertad. Y produjo cambios en la vida industrial y social que alteraron la realidad del mundo en un periodo muy corto de tiempo. A esta transformación se la llama habitualmente la Revolución Industrial. Y esta «revolución» generó cambios en toda la estructura del mundo, las poblaciones se multiplicaron, la esperanza media de vida aumentó y también los niveles de vida.

Refiriéndonos concretamente a la población, hoy es cuatro veces mayor [en 1951] que la que era hace más de 250 años. Si se dejan aparte Asia y África, el crecimiento es todavía más llamativo. Gran Bretaña, Alemania e Italia, tres países que estaban completamente habitados y donde todo el territorio ya estaba siendo empleado en 1800, encontraron espacio para mantener a 107 millones de personas más en 1925. (Esto parece todavía más notable cuando se compara con Estados Unidos, que tiene varias veces el área de estos tres países, que aumentó su población solo en 109 millones en ese mismo periodo). Al mismo tiempo, el nivel de vida aumentó en todas partes como consecuencia de la Revolución Industrial por la aparición de la producción en masa.

Por supuesto, sigue habiendo condiciones insatisfactorias y sigue habiendo situaciones que pueden mejorarse. A esto, la nueva filosofía responde: *Solo hay una manera de mejorar el nivel de vida de la población: aumentar la acumulación de capital frente al aumento de la población. Aumentar la cantidad de capital invertido por cabeza.*

Aunque esta nueva doctrina de la teoría económica era verdad, era impopular por muchas razones para ciertos grupos (monarcas,

déspotas y nobles) porque ponía en peligro sus intereses creados. En los siglos XIX y XX, estos opositores a esta filosofía del siglo XVIII desarrollaron una serie de objeciones, objeciones epistemológicas que atacaban los fundamentos básicos de la nueva filosofía y planteaban muchos problemas graves e importantes. Su ataque era más o menos filosófico, dirigido contra los fundamentos epistemológicos de la nueva ciencia. Casi toda su crítica tenía un sesgo político: no estaba motivada por la búsqueda de la verdad. Sin embargo, esto no altera el hecho de que deberíamos estudiar seriamente las objeciones a las diversas verdades del siglo XVIII (filosofía y economía sólidas) sin referencia a los motivos de quienes las plantearon. Algunas están bastante justificadas.

Durante los últimos cien años, ha aumentado la oposición a la buena economía. Es algo muy grave. Las objeciones planteadas se han usado como argumentos contra toda la civilización burguesa. Estas objeciones no pueden sencillamente calificarse como «ridículas» y desestimarse. Deben estudiarse y analizarse críticamente. En lo que se refiere al problema político, algunas personas que apoyaban la buena economía lo hacían para justificar o defender la civilización burguesa. Pero estos defensores no conocían toda la historia. Limitaban su lucha a un territorio muy pequeño, algo similar a la situación actual en Corea donde a un ejército se le prohíbe atacar las posiciones del otro.^[32] En la lucha intelectual, existe la misma situación: los defensores están luchando sin atacar los fundamentos reales de sus adversarios. No debemos contentarnos con ocuparnos de la parafernalia externa de una doctrina: debemos atacar el problema filosófico básico.

La distinción entre «izquierda» y «derecha» en política es absolutamente inútil. Esta distinción ha sido inadecuada desde el principio y ha ocasionado mucha incomprensión. Incluso las objeciones a la filosofía básica se clasifican desde ese punto de vista.

Auguste Comte [1798-1857] fue uno de los filósofos más influyentes del siglo XIX y probablemente uno de los hombres más influyentes de los últimos cien años. En mi opinión, también fue un lunático. Aunque las ideas que exponía ni siquiera eran suyas,

debemos ocuparnos de sus escritos porque fue influyente y especialmente porque era hostil a la iglesia cristiana. Inventó su propia iglesia, con sus propias festividades. Defendía la «libertad real», una mayor libertad, decía, que la que ofrecía la burguesía. Según sus libros, no tenían sentido la metafísica, la libertad científica, la libertad de prensa o la libertad de pensamiento. Todo eso había sido muy importante en el pasado porque le había dado la oportunidad de escribir sus libros, pero en el futuro no se necesitarían esas libertades porque ya había escrito sus libros. Así que la policía debía reprimir estas libertades.

Esta oposición a la libertad, la actitud marxista, es la habitual en los que están en el bando «izquierdista» o «progresista». A la gente le sorprende saber que los llamados «liberales» no están a favor de la libertad. Georg Wilhelm Friedrich Hegel [1770-1831], el famoso filósofo alemán, dio lugar a dos escuelas: los hegelianos de «izquierdas» y los hegelianos de «derechas». Karl Marx fue el más importante de los hegelianos de «izquierdas». Los nazis provinieron de los hegelianos de «derechas».

El problema está en estudiar filosofía básica. Una buena pregunta es por qué los marxistas han estado en cierto modo familiarizados con la gran lucha filosófica, mientras que los defensores de la libertad no. El fallo de los defensores de la libertad en apreciar el problema filosófico básico explica por qué no han tenido éxito. Primero debemos entender la base del desacuerdo y, si lo hacemos, entonces llegarán las respuestas. Ahora nos ocuparemos de las objeciones que se han planteado a la filosofía de la libertad del siglo XVIII.

Segunda conferencia

Pseudociencia y comprensión histórica

Normalmente la palabra «ciencia» se aplica solo a las ciencias naturales. No cabe duda de que hay diferencias esenciales entre las ciencias naturales y la ciencia de la acción humana, a veces llamada ciencia o historia social. Entre estas diferencias esenciales está la forma en que se adquiere el conocimiento.

En las ciencias naturales, el conocimiento procede de la experimentación: un hecho es algo establecido experimentalmente. El científico natural, contrariamente al estudioso de la acción humana está en situación de ser capaz de controlar cambios. Puede aislar los diversos factores afectados, como en un experimento de laboratorio, y observar los cambios cuando cambia un factor. La teoría de una ciencia natural debe ser conforme con los resultados de estos experimentos: nunca debe contradecir un hecho así establecido. Si se contradice ese hecho, debe buscarse una nueva explicación. En el campo de la acción humana, nunca estamos en situación de ser capaces de controlar experimentos. Nunca podemos hablar de hechos en el campo de las ciencias sociales en el mismo sentido que en el que nos referimos a los hechos en las ciencias naturales. La experiencia en el campo de la acción humana es complicada, producida por la influencia conjunta de diversos factores, siendo todos ellos los que producen el cambio.

En el campo de la naturaleza, no tenemos conocimiento de las causas finales. No sabemos los fines que está buscando alguna «fuerza». Algunas personas han tratado de explicar el universo como si existiera para que lo usase el hombre. Pero entonces pueden plantearse ciertas preguntas: ¿Cuál es el valor para el hombre de las moscas, por ejemplo, o de los gérmenes? En las ciencias naturales no conocemos nada por experiencia. Estamos

familiarizados con ciertos fenómenos a partir de experimentos que la ciencia de la mecánica ha estado llevando a cabo. No sabemos por qué ocurren las cosas como ocurren y no preguntamos. Y si preguntamos, no recibimos una respuesta. Decir que sabemos la respuesta implica que tenemos ideas de «Dios». Afirmar que podemos encontrar la razón implica que tenemos ciertas características «divinas».

Siempre hay un punto más allá del cual no puede ir la mente humana: un ámbito en el que la investigación no produce más información. A través de los años, se ha hecho retroceder cada vez más esta frontera. Las fuerzas naturales se han remontado más allá de lo que antes se consideraba el conocimiento humano «definitivo». Pero el conocimiento humano *siempre* debe terminar en alguna «última instancia». El psicólogo francés Claude Bernard [1813-1878] decía en su libro sobre ciencia experimental que la propia vida es una «última instancia»: la biología solo puede establecer el hecho de que existe el fenómeno de la vida, pero no puede decir más acerca de ello.

La situación es distinta en el campo de la historia de la acción humana. Podemos remontar nuestro conocimiento a algo que está detrás de la acción: podemos remontarnos al motivo. Las acciones humanas implican que los hombres buscan objetivos concretos. La «última instancia» en el campo de la acción humana es el punto en el que una persona o grupo de personas actúan inspirados por juicios concretos de valor y por ideas concretas como procedimientos a aplicar para lograr un fin escogido. Esta «última instancia» es la *individualidad*.

Al ser humanos, sabemos algo acerca de las evaluaciones, doctrinas y teorías humanas con respecto a los métodos usados para alcanzar estos fines. Sabemos que hay un propósito detrás de los diversos movimientos de las personas. Sabemos que hay una acción consciente por parte de cada persona. Sabemos que hay un sentido, una razón. Podemos establecer que hay juicios concretos de valor, fines concretos buscados y medios concretos aplicados al intento de conseguir esos fines. Por ejemplo, un extraño que llega repentinamente a una tribu primitiva, aunque ignore el idioma, podrá

sin embargo interpretar hasta cierto punto las acciones de las personas que le rodean, los fines que persiguen y los medios que usan para lograr sus fines. A través de la lógica interpreta sus carreras alrededor del fuego y poner objetos en ollas al preparar la comida.

Tratar con juicios de valor y métodos no es algo peculiar de la ciencia de la acción humana. La lógica del científico, el trabajo mental, no es diferente de la lógica que practicamos todos en nuestra vida diaria. Las herramientas son las mismas. El objetivo no es peculiar para el científico social. Incluso un niño que llora y grita tiene un motivo y está actuando para conseguir algo que quiere. Los empresarios también actúan para conseguir cosas que quieren. Entienden la ciencia de la acción humana y al relacionarse con su prójimo actúan siempre de acuerdo con ese entendimiento, especialmente al planear su futuro.

Esta interpretación epistemológica de la experiencia de la comprensión no es la invención de un nuevo método. Es solo el descubrimiento de un conocimiento que todos han usado desde el principio de los tiempos. El economista Philip H. Wicksteed [1844–1927], que publicó *Common Sense of Political Economy*, eligió como su lema una cita de Goethe: *Ein jeder lebt's, nicht vielen ist's bekannt*. («Todos lo hacemos, pero muy pocos entendemos lo que estamos haciendo»).

Según el filósofo francés Henri Bergson [1859–1941], la comprensión, *l'intelligence sympathique*, es la base de las ciencias históricas. El historiador recoge sus materiales para ayudarlo en su interpretación, igual que un policía busca en los hechos para conseguir llegar a una sentencia en los tribunales. El historiador, el juez, el empresario, todos empiezan a trabajar cuando han recogido tanta información como les sea posible.

Auguste Comte, que no contribuyó en nada al desarrollo de las ciencias naturales, describía la que creía que era la tarea de todas las ciencias: decía que para ser capaces de prever y para actuar era necesario conocer. Las ciencias naturales nos dan métodos concretos para lograr esto. Con la ayuda de las diversas ramas de la física, la química y otras, la mecánica es capaz de diseñar edificios y

máquinas y prever los resultados de sus operaciones. Si un puente se derrumba, se apreciará que se cometió un error. En la acción humana, no puede apreciarse un error concreto como ese y Comte consideraba esto un fracaso.

Auguste Comte consideraba que la historia no era científica y, por lo tanto, no tenía valor. Para él, había una jerarquía real entre las diversas ciencias. Según él, el estudio científico empezaba con la ciencia más sencilla y progresaba hacia la más complicada y la ciencia más complicada estaba todavía por desarrollar. Comte decía que la historia era la materia prima a partir de la cual se iba a desarrollar este estudio complejo. Este nuevo estudio iba a ser una ciencia de las leyes, equivalentes a las leyes de la mecánica desarrolladas por científicos. Llamaba a esta nueva ciencia «sociología». Su nueva palabra, «sociología», ha tenido un enorme éxito: hay gente en todas partes del mundo que hoy estudia y escribe acerca de sociología.

Comte sabía muy bien que durante los anteriores cien años se había desarrollado una ciencia general de la acción humana: la ciencia de la economía, la economía política. Pero a Comte no le gustaban sus conclusiones y no estaba en disposición de refutarlas, ni de refutar las leyes básicas de las que se deducían. Así que las ignoró. Esta hostilidad o ignorancia también la mostraron los sociólogos que siguieron a Comte.

Comte tenía en mente el desarrollo de leyes científicas. Culpaba a la historia de tratar solo ejemplos individuales, con acontecimientos que ocurrieron en un periodo concreto de la historia y en un entorno geográfico específico. La historia no trata las cosas hechas por los hombres en general, decía Comte, sino las cosas hechas por los individuos. Pero los sociólogos no han hecho lo que Comte dijo que deberían hacer: no han desarrollado un conocimiento general. Lo que han hecho es precisamente lo que Comte consideraba inútil, que es ocuparse de acontecimientos individuales y no de generalidades. Por ejemplo, se publicó un informe sociológico sobre «Ocio en Westchester». Los sociólogos también han estudiado la delincuencia juvenil, métodos de castigo, formas de propiedad y otras cosas. Han escrito una enorme

cantidad de material acerca de las costumbres de los pueblos primitivos. Es verdad que esta literatura no trata sobre reyes o guerras, sino que trata principalmente sobre el «hombre común». Pero sigue sin tratar leyes científicas: trata hechos históricos, con investigaciones históricas de lo que ocurrió en un lugar en un momento preciso. Sin embargo, esos estudios sociológicos son valiosos precisamente *porque* resultan ser investigaciones históricas, investigaciones de diversos aspectos de la vida cotidiana a menudo olvidados por otros historiadores.

El programa de Comte es contradictorio, *porque no pueden determinarse leyes generales mediante el estudio de la historia*. Las observaciones de la historia son siempre fenómenos complejos, interconectados de tal manera que es imposible asignar a causas concretas, con precisión incuestionable, cierta parte del resultado final. Por tanto, el método del historiador no tiene nada en común con los métodos del científico natural.

El programa de Comte para desarrollar leyes científicas mediante la historia nunca se llevó a cabo. La llamada «sociología», o es historia, o es psicología. Al decir psicología no me refiero a las ciencias naturales de la percepción. Me refiero a la psicología literaria descrita por el filósofo George Santayana [1863-1952] como la ciencia de la comprensión de los hechos históricos, de las evaluaciones humanas relacionadas con los esfuerzos humanos.

Max Weber [1864-1920] se calificaba a sí mismo como un sociólogo, pero era un gran historiador. Su libro *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie (Sociología de la religión)* trata el origen del capitalismo en la primera parte, «La ética protestante y el espíritu del capitalismo». Atribuye el desarrollo del capitalismo al calvinismo y escribía cosas muy interesantes sobre ello. Pero el que esta teoría puede apoyarse de manera lógica es otra cuestión.

Un ensayo sobre “el pueblo” (que no se ha traducido al inglés)^[33] pretendía tratar la ciudad o el pueblo como tal, tratando de dar ideas sobre el pueblo en general. Sin embargo, era muy explícito en un sentido, que era en mantener que esta aproximación era más valiosa que tratar la historia de un pueblo en un momento concreto. En realidad, la situación puede ser exactamente la opuesta: puede

ser que cuanto más general sea la información histórica, menos material de valor contenga.

Con respecto al futuro, debemos formarnos ciertas opiniones acerca de la comprensión de acontecimientos futuros. El estadista, el empresario y, hasta cierto punto, todos estamos en la misma situación. Cada uno de nosotros debe enfrentarse a condiciones de futuro inciertas que no pueden preverse. El estadista, el político, el empresario y los demás somos, por decirlo así, «historiadores del futuro».

En la naturaleza existen relaciones cuantitativas constantes, como pesos concretos y cosas así, que pueden descubrirse en el laboratorio. Así que estamos en disposición de medir y asignar cantidades de magnitud a diversos objetos físicos. Con el avance de las ciencias naturales, su estudio se ha hecho cada vez más cuantitativo, como, por ejemplo, en el desarrollo de la química cuantitativa a partir de la cualitativa. Como decía Comte: «La ciencia es medición».

Sin embargo, en el campo de la acción humana, especialmente en el campo de la economía, no existen esas relaciones constantes entre magnitudes. Sin embargo, se han mantenido opiniones en contrario e incluso hoy mucha gente no ve que las explicaciones cuantitativas en el campo de la economía son imposibles. En el campo de la acción humana, podemos dar explicaciones solo con referencias concretas a casos individuales.

Tomemos, por ejemplo, la Revolución Francesa. Los historiadores buscan explicaciones de los factores que la pusieron en marcha. Hubo muchos factores cooperando. Asignan valores a cada factor: la situación financiera, la reina, su influencia sobre el rey débil y así sucesivamente. Puede suponerse que todo contribuyó. Mediante el uso de herramientas mentales, los historiadores intentan entender los diversos factores y asignar a cada uno una relevancia concreta. Pero no puede responderse con precisión a cuánto influyó cada uno de los factores en el resultado.

En las ciencias naturales, el establecimiento de hechos experimentales no depende del juicio de los individuos. Tampoco de la idiosincrasia o individualidad de un científico concreto. Un juicio

en el campo de la acción humana está teñido por la personalidad del hombre que efectúa la comprensión y ofrece la explicación. No hablo de personas tendenciosas, ni de quienes son políticamente parciales, ni de personas que tratan de falsificar hechos. Me refiero solo a quienes son personalmente sinceros. No me refiero a cambios en el conocimiento que afecten a interpretaciones históricas. Tampoco me preocupan las diferencias que influyen en los hombres debido a puntos de vista científicos, filosóficos o teológicos. Solo me estoy refiriendo a cómo dos historiadores, que están de acuerdo en todo lo demás, pueden, sin embargo, tener distintas opiniones, por ejemplo, con respecto a la relevancia de los factores que dieron lugar a la Revolución Francesa. No se conseguirá la misma unanimidad en el campo de la acción humana como la que habrá, por ejemplo, con respecto al peso atómico de cierto metal. Y con respecto a la comprensión de las operaciones futuras de un empresario o un político, solo los acontecimientos posteriores demostrarán si ciertos pronósticos basados en sus evaluaciones fueron o no correctos.

Hay dos funciones afectadas por la comprensión: establecer los valores, los juicios del pueblo y sus objetivos, y establecer los métodos que usan para lograr sus fines. La relevancia de los diversos factores y la forma en que influyen en los resultados solo pueden ser objeto de juicios de valor. Por ejemplo, en una explicación de las cruzadas podría parecer que las causas principales fueron religiosas. Pero hubo otras causas. Por ejemplo, Venecia se benefició estableciendo su supremacía comercial. Es tarea del historiador decidir la relevancia de los diversos factores implicados en el curso de los acontecimientos.

La escuela histórica de economía quería aplicar a la economía las mismas reglas generales que buscaba Comte en la sociología. Había personas que recomendaban sustituir la historia por otra cosa: una ciencia del derecho derivada de la experiencia, de la misma manera que la física adquiere conocimiento en el laboratorio. También se sostenía que el método histórico era el único método para tratar los problemas en el campo de la acción humana.

A finales del siglo XVIII, ciertos reformistas quisieron revisar el sistema legal existente. Señalaban la falta de éxito y los defectos del sistema existente. Querían que el gobierno sustituyera las leyes viejas por nuevos códigos. Recomendaban reformas de acuerdo con el «derecho natural». La idea evolucionó a que las leyes no pueden escribirse, a que se originan en la naturaleza de los individuos. La teoría se personificó en el británico Edmund Burke [1729-1797], que se puso del lado de las colonias y posteriormente se convirtió en un opositor radical a la Revolución Francesa. En Alemania, el jurista prusiano Friedrich Karl von Savigny [1779-1861] fue el defensor de este modo de pensar. Con respecto al alma del pueblo, este grupo de reaccionarios estaba de acuerdo con la escuela de Burke. Este programa se puso en práctica hasta cierto punto, y a veces muy bien, en muchos países europeos: Prusia, Francia, Austria y finalmente en 1900 en el Reich alemán. Con el tiempo, se desarrolló una oposición a este deseo de escribir nuevas leyes. Aun así, estos grupos fueron los precursores del mundo actual.

La escuela del método histórico dice que, si se quiere estudiar un problema, hay que estudiar su historia. No hay leyes generales. La investigación histórica es el estudio del problema tal y como existe. Primero hay que conocer los hechos. Para estudiar el librecambismo o el proteccionismo, solo se puede estudiar la historia de su desarrollo. Esta es la aproximación opuesta a la defendida por Comte.

Esto no supone un desprecio por la historia. Decir que la historia no es teoría, ni historia de la teoría, no desprecia ni a la historia ni a la teoría. Solo se necesita para señalar las diferencias. Si un historiador estudia un problema, descubre que hay ciertas tendencias en la historia que prevalecieron en el pasado. Pero no puede decirse nada del futuro.

Los hombres son individuos y, por tanto, impredecibles. Las leyes matemáticas de la probabilidad no nos dicen nada acerca de ningún caso concreto. Tampoco la psicología de masas nos dice nada que no sea que las multitudes están compuestas por individuos. No hay masas homogéneas. Como resultado del estudio de las masas y multitudes se ha aprendido que un pequeño cambio puede producir

resultados importantes y de largo alcance. Por ejemplo, si alguien grita «¡Fuego!» en una sala abarrotada, los resultados son distintos los que habrían sido en un grupo pequeño. También en una multitud el prestigio de la policía y la amenaza del código penal y los tribunales penales son menos poderosos. Pero si no podemos tratar individuos, no podemos tratar masas.

Si un historiador establece que existió una tendencia, esto no significa que la tendencia sea buena o mala. El establecimiento de una tendencia y su evaluación son dos cosas distintas. Algunos historiadores han dicho que lo que está de acuerdo con las tendencias de la evolución es «bueno», incluso ético. Pero el hecho de que haya hoy una tendencia evolutiva en Estados Unidos hacia más divorcios que antes o el hecho de que haya una tendencia hacia una mayor alfabetización, por ejemplo, no hace que esas tendencias sean «buenas» solo porque son evolutivas.

Tercera conferencia

El hombre que actúa y la economía

La gente generalmente cree que la economía solo interesa a empresarios, banqueros y similares y que hay economías independientes para cada grupo, segmento de la sociedad o país. Como la economía fue la última ciencia en desarrollarse, no sorprende que haya muchas ideas erróneas acerca del significado y contenido de esta rama de conocimiento.

Llevaría horas señalar cómo se desarrollaron los errores comunes, qué escritores fueron los responsables y cómo contribuyeron las condiciones políticas. Es más importante enumerar los errores y explicar las consecuencias de su aceptación por el público.

El primer error está en la creencia de que la economía no se ocupa de la forma en que viven y actúan realmente los hombres, sino de un espectro creado por la economía, un fantasma sin equivalencia en la vida real. Se critica que el hombre real es distinto del espectro del «hombre económico».

Una vez se elimina este primer error, aparece un segundo: la creencia en que la economía supone que la gente se mueve solo por una ambición e intención: para mejorar sus condiciones materiales y su propio bienestar. Los críticos de esta creencia dicen que no todos los hombres son egoístas.

Un tercer error es que la economía supone que todos los hombres son razonables y racionales y están motivados solo por la razón, cuando, en realidad, sostienen los críticos, puede que a la gente le motiven fuerzas «irracionales».

Estos tres errores se basan en supuestos completamente falsos. La economía no supone que el hombre económico sea distinto del hombre cotidiano. *Lo único que supone la economía es que hay*

condiciones en el mundo con respecto a las cuales el hombre no es neutral y cuya situación quiere cambiar mediante una acción intencionada. Mientras el hombre es neutral e indiferente y está contento, no realiza ninguna acción, no actúa. Pero cuando un hombre compara distintos estados de cosas y ve una oportunidad para mejorar las condiciones desde su punto de vista, entonces actúa.

La acción es la búsqueda de la mejora de las condiciones desde el punto de vista de los juicios personales del valor del individuo afectado. Esto no significa mejora desde una perspectiva metafísica, ni desde el punto de vista de Dios. El objetivo del hombre es sustituir lo que considera un estado menos satisfactorio de cosas por un estado más satisfactorio de cosas. Y, al satisfacer este deseo, es más feliz de lo que era antes. Esto no implica nada en relación con el contenido de la acción, ni si actúa por razones egoístas y altruistas.

Para eliminar el error que aparece cuando se intenta una distinción entre «racionalismo» e «irracionalismo», hay que darse cuenta de que lo que un hombre hace conscientemente lo hace bajo la influencia de una fuerza o poder al que llamamos razón. Cualquier acción dirigida a un objetivo concreto es en este sentido «racional». La distinción popular entre «racional» e «irracional» no tiene ningún sentido. Ejemplos citados de «irracionalismo» son el patriotismo o la compra de un abrigo nuevo o una entrada para un concierto cuando otra cosa puede parecer una acción más sensata. La ciencia teórica de la acción humana solo presupone una cosa: que hay *acción*, es decir, una búsqueda consciente de las personas para eliminar la incomodidad y sustituir un estado menos satisfactorio de cosas por un estado más satisfactorio. No se hace ningún juicio de valor con respecto a la razón o contenido de la acción. La economía es neutral. La economía se ocupa de los resultados de los juicios de valor, pero la economía es neutral.

Tampoco tiene ningún sentido tratar de distinguir entre acciones «económicas» y «no económicas». Algunas acciones se refieren a la conservación de los sentidos vitales del hombre y sus necesidades: comida, alojamiento y otros. Pero el valor dado a estos

diversos objetivos varía de un hombre a otro, y varía en el mismo hombre cada cierto tiempo. La economía se ocupa solo de la acción: es a la historia a la que le corresponde describir las diferencias en objetivos.

Nuestro conocimiento de las leyes económicas deriva de la razón y no puede aprenderse de la experiencia histórica, porque la experiencia histórica es siempre compleja y no puede estudiarse como un experimento de laboratorio. *La fuente de los hechos económicos es la propia razón del hombre*, es decir, lo que llamamos en epistemología el conocimiento a priori, lo que uno ya conoce. El conocimiento a priori se distingue del conocimiento a posteriori, conocimiento que deriva de la experiencia.

Con respecto al conocimiento a priori, el filósofo inglés John Locke [1632-1704] desarrolló la teoría de que la mente humana nace como una pizarra en blanco sobre la que escribe la experiencia. Decía que el conocimiento inherente no existía. Gottfried Wilhelm von Leibniz [1646-1716], filósofo y matemático alemán, hacía una excepción en el caso del propio intelecto. Según Leibniz, la experiencia no escribe en páginas en blanco en la mente humana: hay un aparato mental presente en la mente humana, un aparato mental que no existe en las mentes de los animales, que hace posible que los hombres conviertan la experiencia en conocimiento humano.

No voy a entrar en la discusión entre «racionalismo» y «empirismo», la distinción entre experiencia y conocimiento, que el filósofo y economista británico John Stuart Mill [1806-1873] llamaba conocimiento apriorístico. Sin embargo, incluso Mill y los pragmáticos estadounidenses creían que el conocimiento apriorístico proviene de alguna forma de experiencia.

La manera en que el conocimiento económico, la teoría económica y cosas similares se relacionan con la historia económica y la vida cotidiana es la misma que la relación de la lógica y las matemáticas con nuestra comprensión de las ciencias naturales. Por tanto, podemos eliminar este antiegoísmo y aceptar el hecho de que las enseñanzas de la teoría económica derivan de la razón. La lógica y las matemáticas derivan igualmente de la razón: no existen

los experimentos de laboratorio en el campo de las matemáticas. Según un matemático, el único equipo que necesita un matemático es un lapicero, un papel y una papelera: sus herramientas son mentales.

Pero podemos preguntarnos cómo es posible que las matemáticas, que son algo desarrollado enteramente a partir de la mente humana, sin referencia al mundo externo y la realidad, se usen para entender el universo físico que existe y funciona fuera de nuestra mente. Respuestas a esta cuestión han sido ofrecidas por el matemático francés Henri Poincaré [1854-1912] y el físico Albert Einstein [1879-1955]. Los economistas pueden hacer la misma pregunta con respecto a la economía. ¿Cómo es posible que algo desarrollado exclusivamente por nuestra razón, sentados en un sillón, pueda usarse para entender lo que está pasando en el mercado y en el mundo?

Las actividades de cada individuo (todas las acciones) derivan de la razón, la misma fuente de la que provienen nuestras teorías. Las acciones del hombre en el mercado, en el gobierno, en el trabajo, en el ocio, en las compraventas, todas están guiadas por la razón, guiadas por la elección de lo que prefiere una persona frente a lo que no prefiere. La razón es el método por el que se llega a una solución (sea buena o mala). *Toda acción puede calificarse como intercambio en la medida en que significa sustituir un estado de cosas por otro.* El actor tiene la esperanza de sustituir una situación que prefiere menos por una que prefiere más.

Los puntos de partida de las ciencias naturales son los diversos hechos establecidos mediante experimentación. A partir de esos hechos, se crean teorías para abstracciones y generalizaciones cada vez mayores. Las teorías finales son tan abstractas que son prácticamente inaccesibles al común de las personas. Eso no las hace menos valiosas: basta con que sean accesibles para unos pocos científicos.

En una ciencia apriorística, empezamos con una suposición general: *se actúa para sustituir un estado de cosas por otro.* Esta teoría (carente de importancia para muchos) lleva a otras ideas que se van haciendo más comprensibles y menos abstractas.

Las ciencias naturales progresan de lo menos general a lo más general, pero la economía procede en dirección opuesta. Las ciencias naturales están en disposición de establecer relaciones constantes de magnitud. En el campo de la acción humana, no prevalecen esas relaciones constantes, así que no hay posibilidad de medición. Los juicios de valor que animan a los hombres a actuar, que dirigen los precios y la actividad del mercado, no miden: establecen distinciones de grado, gradúan. No dicen «A» es igual o es más o menos que «B». Dicen «prefiero “A” a “B”». No establecen juicios. Esto se ha entendido mal durante 2000 años. Incluso hoy hay muchas personas, incluso filósofos ilustres, que lo entienden completamente mal. Es a partir del sistema de valores y preferencias del que surge el sistema de precios del mercado.

Aristóteles escribía, entre otras cosas, acerca de los diversos atributos de hombres y mujeres. Se equivocaba a menudo. Si hubiera preguntado a su esposa acerca de las mujeres, habría descubierto que se equivocaba en algunos aspectos: habría aprendido otras cosas. También se equivocaba al decir que si se intercambiaban dos cosas en el mercado debían tener algo en común, que se intercambiaban porque eran iguales. Pero, si eran iguales, ¿por qué era necesario intercambiarlas? Si tú tienes un dólar y yo tengo un dólar, no los intercambiamos porque son lo mismo. De esto se deduce que si hay un intercambio debe haber alguna *desigualdad* en las cosas intercambiadas, no una igualdad.

Karl Marx [1818-1883] basaba su teoría del valor en esta falacia. En *Capital e interés*, de Eugen von Böhm-Bawerk [1851-1914], ved el capítulo XII en el que habla de Marx («La teoría de la explotación» en el Tomo I, *Historia y crítica de las teorías del interés*). Mucho después de Marx, Henri Bergson, en un libro muy aclamado acerca de las dos fuentes de moralidad en la religión, aceptaba la misma falacia: si dos cosas se intercambian en el mercado deben ser iguales en algún sentido. Pero las cosas que son «iguales» no se intercambian: los intercambios se producen solo porque las cosas son *desiguales*. Te tomas la molestia de ir al mercado porque valoras más la hogaza de pan que el dinero que das por ella. La gente intercambia cosas porque en ese momento prefieren otras cosas al dinero. Un intercambio no se produce *nunca* con una

intención de perder. El hombre que actúa nunca es pesimista, porque su acción está inspirada por la idea de que sus condiciones pueden mejorar.

El objetivo de la acción es sustituir la situación anterior por medio de la acción por un estado de cosas más apropiado para los hombres. El valor de cualquier cambio en su situación se llama «ganancia» si es positivo y «pérdida» si es negativo. El valor es puramente psicológico, no puede medirse. Solo se puede decir que es mayor o menor. Solo se puede medir en la medida en que las cosas se intercambian en el mercado por dinero. Con respecto a la propia acción, no tiene ningún valor matemático.

Pero diréis que esto contradice nuestra experiencia diaria. Sí, porque nuestro entorno social hace posibles los cálculos en la medida en que las cosas se intercambian por un medio común de intercambio, el dinero. Cuando las cosas se intercambian por dinero, es posible usar términos monetarios para los cálculos económicos, pero solo cuando se cumplen tres condiciones:

1. Debe haber propiedad privada, no solo de los productos, sino también de los medios de producción.
2. Debe haber división del trabajo y, por tanto, producción dirigida a las necesidades de otros.
3. Debe haber intercambio indirecto en términos de un denominador común.

En general, si se dan estas tres condiciones, pueden establecerse algunos valores matemáticos, aunque no de forma precisa. Estas mediciones no son exactas porque se refieren a lo que pasó ayer, históricamente. Las cuentas financieras de las empresas pueden parecer precisas, pero incluso el valor monetario de un inventario que se refleje como «tantos dólares» es un valor especulativo de previsiones futuras y el valor atribuido al equipamiento y otros activos también es especulativo. El problema real de la inflación es que falsea estos cálculos y genera problemas trágicos.

Los cálculos monetarios no existen necesariamente en todo tipo de organizaciones o sociedades. No existían cuando empezó la

economía. Los primeros seres humanos actuaban, los seres humanos siempre han actuado, pero se necesitaron miles de años de evolución de la división del trabajo y un sistema financiero para hacer posibles los cálculos monetarios. Los cálculos monetarios se desarrollaron paso a paso durante la Edad Media. A sus primeras expresiones les faltaban muchas características que hoy consideramos necesarias. (En un sistema socialista, estas condiciones desaparecerían de nuevo y harían imposibles esos cálculos y mediciones).

La naturaleza cuantitativa de las ciencias naturales permite a los ingenieros hacer planes y construir puentes. Si se sabe qué hay que construir, basta con la tecnología basada en el conocimiento de las ciencias naturales. Sin embargo, las preguntas son: ¿Qué debería construirse? ¿Qué debería hacerse? Los tecnólogos no pueden responder a estas preguntas.

En la vida, los materiales de construcción son escasos. No importa lo que hagamos, siempre habrá otros proyectos para los que no se puede disponer de los factores necesarios de producción. Siempre habrá otras demandas urgentes. Este es el factor que los hombres de negocios tienen en cuenta al calcular pérdidas y ganancias. Cuando un empresario decide no llevar a cabo cierto proyecto porque el coste es demasiado alto, esto significa que la gente no está dispuesta a pagar el precio para usar las materias primas de esa manera. El uso se compone de los factores disponibles de producción para llevar a cabo la mayor cantidad de esos proyectos que satisfacen las necesidades más urgentes sin desperdiciar factores de producción, desviándolos de un empleo menos urgente a otro más urgente.

Para establecer esto, es necesario estar en situación de comparar los desembolsos para los diversos factores de producción. Por ejemplo, supongamos que es necesario construir un ferrocarril entre dos pueblos, A y B. Supongamos que hay una montaña entre A y B. Hay tres posibilidades: ir por encima, a través o alrededor de la montaña. Hace falta un denominador común para calcular el valor comparativo. Pero esto solo puede dar una imagen de la situación monetaria: no es una medición. Es una evaluación a la vista de las

necesidades y situaciones actuales. Las condiciones de mañana serán distintas. El éxito o fracaso de todo proyecto empresarial depende de su éxito a la hora de prever posibilidades futuras.

El problema de tratar de desarrollar una ciencia cuantitativa de la economía es que muchas personas imaginan que la economía teórica debe seguir la evolución de otras ramas de la ciencia. Las ciencias naturales pasaron de ser de naturaleza cualitativa a cuantitativa y mucha gente se inclina a creer que también esa tendencia debe prevalecer en la economía. Sin embargo, no hay relaciones constantes en economía, por lo que no es posible ninguna medición. Y sin esa medición, no puede tener lugar el desarrollo cuantitativo de la economía. Los hechos cuantitativos en economía pertenecen a la historia económica, no a la teoría económica.

Un libro titulado *Measurement of the Elasticity of Demand* fue reseñado recientemente por un hombre que ahora se encuentra en el Senado de EE. UU., Paul Douglas [1892-1976], quien puede que espere llegar a un cargo político superior en el futuro. Douglas decía que la economía debía convertirse en una ciencia exacta, con valores fijos, igual que los pesos atómicos en la química. Pero ese libro en concreto no habla de valores fijos: habla de la historia económica de un periodo concreto de tiempo en un país concreto, Estados Unidos. Los resultados habrían sido distintos si se hubiera considerado otro periodo de tiempo u otro país. Dentro del marco del universo en que operamos, los pesos atómicos no cambian de un periodo de tiempo a otro o de un país a otro. Por el contrario, los valores económicos y las cantidades sí cambian con los tiempos y los lugares.

La economía es la teoría de la acción humana. Por ejemplo, es un hecho histórico de gran importancia que los nativos de México descubrieran la utilidad de la patata, que se trajera a Europa por medio de un caballero británico y que su uso se extendiera por todo el mundo. Este hecho histórico ha tenido importantes efectos en Irlanda, por ejemplo, pero, desde el punto de vista de la teoría económica fue solo una casualidad.

Cuando se introducen cifras en la economía ya no se está en el campo de la teoría económica, sino en el de la historia económica. Por supuesto, la historia económica es también un campo muy importante. La estadística en el campo de la acción humana es un método de estudio histórico. La estadística da una descripción de un hecho, pero no puede demostrar más que ese hecho. (Es verdad que algunos estadísticos son «engañadores» y, de hecho, algunos estadísticos en el gobierno fueron nombrados probablemente solo con ese propósito).

Hay quien puede interpretar incorrectamente esas palabras y concluir que el propósito de la economía, al ser una ciencia puramente apriorística, es desarrollar un programa para una ciencia futura y que la economía es una teoría practicada solo por «pensadores de salón». Pero ambas cosas son erróneas. La economía no es un programa para una ciencia que todavía no existe. Y no es una ciencia solo para puristas. Por tanto, debemos rechazar las ideas de algunos de que hay que aprender historia para estudiar la acción humana. La historia es importante. Pero no se pueden estudiar las condiciones actuales estudiando el pasado. Las condiciones cambian.

Como ejemplo de lo que quiero decir, la Oficina Nacional de Investigación Económica publicó un informe sobre el tema de la venta a plazos que apareció en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, justo antes de la inflación y de las restricciones públicas al crédito. En el momento en que se hizo el estudio, este estaba ya «muerto»: se ocupaba de cosas que ya eran pasado. No quiero decir que fuera inútil. Con un buen cerebro, se puede aprender mucho de él. Pero no hay que olvidar que no es economía: es historia económica. Lo que estaban estudiando realmente era la historia económica del pasado más reciente.

Darwin también se dio cuenta de esto. Veía que, al estudiar los animales, el animal moría en el momento en que era diseccionado para su estudio, así que nadie podía estudiar realmente al animal: nunca se puede estudiar la misma vida.

Lo mismo pasa con la economía. No se puede describir el sistema económico actual: solo se puede describir el pasado. No se

puede predecir el futuro como consecuencia de haber estudiado el pasado. Muy a menudo, los historiadores económicos enseñan historia bajo la etiqueta de «economía». Aunque se sepa todo acerca del pasado, no se sabe nada acerca del futuro.

Cuarta conferencia: Marxismo, socialismo y pseudociencia

Hoy voy a tratar algunos aspectos de las teorías de Karl Marx. Quiero contribuir un poco a la interpretación materialista de la historia. Para empezar, debo decir algo acerca de la filosofía e historia generales de Marx.

En general, las doctrinas filosóficas relativas a problemas históricos son doctrinas de un tipo muy especial. Tratan de señalar no solo lo que era la historia en el pasado, sino que pretenden saber qué tiene el futuro guardado para humanidad y ofrecer una solución para problemas futuros. La mayoría de los filósofos rechazan este método de pensamiento. Por ejemplo, Immanuel Kant [1724-1804] declaraba que un hombre que tratara de hacer esto se estaría atribuyendo la capacidad de ver las cosas con los ojos de Dios.

Aun así, en la década de 1820, Hegel daba esa interpretación filosófica de la historia. Según Hegel, la fuerza motriz de la Revolución Industrial era un ente llamado *Geist*, es decir, el espíritu o la mentalidad. El *Geist* tiene ciertos objetivos que quiere cumplir. La evolución del *Geist* de la historia ya ha llegado a su objetivo final. Este objetivo final, según Hegel, era la creación del reino de Prusia de Federico Guillermo III [1770-1840] de la Unión de Iglesias Evangélicas de Prusia. Los críticos de esta doctrina dicen que esto significaría que no habría historia en el futuro, porque la evolución habría llegado a su fin.

A mediados del siglo XIX, Karl Marx, por su cuenta, desarrolló una filosofía distinta de la de Hegel. La fuerza motriz de Marx no era el *Geist* o espíritu, sino algo llamado las «fuerzas productivas materiales». Estas fuerzas impulsan la historia de la humanidad a través de diversas etapas sucesivas, siendo la anterior a la última el capitalismo. Después del capitalismo llega inexorablemente la última etapa: el socialismo. Por tanto, de acuerdo con esta teoría, la llegada del socialismo es inevitable, está determinado por las fuerzas de la historia.

Los predecesores de Marx, los socialistas históricos, creían que para llegar al socialismo era necesario convencer a la mayoría del

pueblo de que el socialismo era el mejor sistema, así que el propio pueblo procedería a la sustitución. Karl Marx no dijo nada acerca de la deseabilidad del socialismo: fingía no estar hablando *a favor* del socialismo. Afirmaba haber descubierto una ley de la evolución social que indicaba que el socialismo estaba destinado a llegar con la misma inexorabilidad que una ley de la naturaleza.

Pero ¿es mejor el socialismo? Esta pregunta ya la habían respondido Hegel y Comte. Según sus doctrinas, se suponía tácitamente que cada etapa sucesiva de desarrollo debe ser necesariamente «mejor» que las etapas previas. Por tanto, plantear la cuestión de si una etapa evolutiva posterior es mejor está fuera de lugar. Era evidente. Como el socialismo sería una etapa posterior, debía necesariamente ser mejor.

Marx creía que el socialismo estaba a la vuelta de la esquina. Después de eso, la historia llegaría a su fin. Después de eso, no podía haber más desarrollo pues, una vez se eliminara la lucha de clases, estaríamos viviendo en un estado en el que no podría ocurrir ya nada importante. He aquí una cita ilustrativa de Friedrich Engels [1820-1895], quien se consideraba a sí mismo no solo un gran economista, sino también un gran experto en problemas militares:

En primer lugar, las armas usadas han llegado a tal grado de perfección que ya no es posible que más progreso tenga ninguna influencia revolucionaria. (...) La era de la evolución esta, por tanto, en lo esencial, cerrada en esa dirección.^[34]

Desde entonces, se han desarrollado todas las armas modernas actuales.

El problema más importante para la doctrina de la inevitabilidad del socialismo es explicar cómo entidades sobrehumanas como el *Geist* o las «fuerzas productivas materiales» pueden obligar a las personas a actuar de forma que prevalezca cierto resultado irresistible. La gente tiene sus propios planes individuales: busca distintos fines. Pero la teoría de la inevitabilidad del socialismo sostiene que haga lo que haga la gente debe al final producir los resultados que el *Geist* o las «fuerzas productivas materiales» querían que se produjese. Se han sugerido dos explicaciones.

Un grupo tenía una solución muy simple. Este grupo mantenía que el pueblo se vería obligado por «führers» o superhombres a seguir el camino que indicaba el *Geist* o las fuerzas productivas materiales. Siempre ha habido reyes y dictadores que se han atribuido esta misión sobrehumana. Así que los Stalin, Hitler y Mussolini son elegidos por la historia y quienes no obedezcan sus órdenes deben ser liquidados, porque están contra la «evolución histórica».

Esta no era la idea de Marx. La doctrina marxista se basaba en el muy discutido «materialismo histórico dialéctico económico». El materialismo es una de las maneras en las que la gente trata de resolver uno de los problemas más esenciales e irresolubles: la relación entre las funciones del alma o mente individuales, por un lado, y las funciones del cuerpo, por otro. Sigue siendo objeto de discusión cuál es exactamente esta relación. No cabe duda de que hay alguna relación y se han hecho muchos intentos de explicación. Sin embargo, nuestro único interés en esa explicación materialista por el momento se debe a su relación con la teoría de Karl Marx.

El filósofo materialista dice que todas las funciones mentales de los hombres sencillamente se producen por medio de sus órganos corporales: por medio de sus cerebros físicos. Algunos filósofos del siglo XVIII sugirieron esta idea. En el siglo XIX fue expresada con más crudeza por algunos de los contemporáneos de Marx, entre ellos el filósofo alemán Ludwig Andreas Feuerbach [1804-1870], quien dijo sin rodeos: «El hombre es lo que come». Esto es interesante, pero algo difícil de aceptar. Químicamente, la secreción de los órganos de todos los hombres normales es la misma. En la medida en que no lo es, en la medida en que hay irregularidades, estas variaciones indican una condición patológica y estas irregularidades son las mismas para todos los hombres en la misma condición patológica. Sin embargo, las ideas y pensamientos son distintos. Dos chicos pueden hacer el mismo examen, pero sus respuestas a las mismas preguntas serán distintas. El poeta italiano Dante escribió bellas palabras, mientras que otros pueden haber tenido dificultades para escribir cualquier cosa. Por tanto, hay algo «sospechoso» en esta doctrina.

Marx rechazaba este tipo de materialismo, diciendo que los filósofos materialistas eran flojos a la hora de tratar problemas sociales. A pesar de que un conocimiento superficial de la rama materialista del propio Marx requiere poco tiempo, no es muy conocida. Su rama particular de materialismo se expresa en unas pocas páginas de su *Crítica de la economía política*, el borrador original del primer capítulo de *El capital*:

En la producción social de subsistencia, los hombres establecen relaciones determinadas y necesarias entre sí que son independientes de sus voluntades: relaciones de producción que se corresponden con una etapa concreta de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.^[35]

Las fuerzas productivas materiales, independientemente de la voluntad del pueblo, producen sistemas legales e institucionales concretos llamados «relaciones de producción». Las relaciones de producción son las consecuencias necesarias de las fuerzas productivas materiales.

Por encima de las relaciones de producción, hay una superestructura que incluye todo lo ideológico: arte, literatura, ciencia, religión y otras cosas. Estas superestructuras son el producto necesario de las relaciones de producción existentes. Las relaciones de producción son, a su vez, las consecuencias necesarias de las fuerzas productivas materiales existentes, que son la realidad. Las fuerzas productivas materiales por sí mismas tienen un efecto individual. Cuando las fuerzas productivas materiales cambian, traen inevitablemente, independientemente de la voluntad del hombre, los cambios correspondientes en las relaciones de producción del órgano social, de la sociedad. También producen cambios en la superestructura. Por tanto, la pregunta importante es: ¿Qué son las fuerzas productivas materiales?

Aquí nos enfrentamos a la técnica peculiar de Marx de no dar definiciones de los términos que usa. Sin embargo, nos ayudan sus ejemplos ocasionales. El más importante es el ejemplo que aparece en *La miseria de la filosofía* (1847). El taller del artesano muestra la «sociedad feudal»; la máquina de vapor muestra la «sociedad industrial». Esto significa que las fuerzas productivas materiales son

las herramientas y las máquinas. Las cosas reales son las herramientas y las máquinas. Las herramientas y las máquinas cambian: tienen una historia propia, producen ante todo las relaciones de producción y la estructura social y por encima de la estructura social producen la superestructura: literatura, religión y otras cosas. Otros ejemplos nos llevan a las mismas conclusiones de que cuando Marx hablaba de «fuerzas productivas materiales» se refería a las herramientas y las máquinas.

Pero se plantean dos cuestiones importantes. Herramientas y máquinas no aparecen en el universo independientemente de la mente humana. Son producto de pensamientos e ideas humanas: son producto de la mente humana. En segundo lugar, estas herramientas y máquinas solo se pudieron poner en práctica cuando las condiciones sociales lo hicieron posible: primero debe haber un cierto grado de división del trabajo para aplicar y usar las máquinas. Sin la división del trabajo, la maquinaria, el producto de las ideas, es inútil. ¿Es esto realmente materialismo? Así que la evolución de los factores ideológicos de Marx (la fuente de las ideas, las fuerzas productivas materiales básicas) se remonta a productos que resultan ser el resultado del uso de la mente humana. Por tanto, todo su esquema resulta ser insatisfactorio.

Marx quería explicar cómo se originaban las nuevas ideas. Atacaba las teorías del siglo XVIII, especialmente las del historiador y filósofo escocés David Hume [1711-1776], de que las ideas que son importantes, de que las ideas cambiantes llevan a condiciones cambiantes. Marx decía que las ideas no eran sino los resultados necesarios de los factores materiales, los productos de las fuerzas productivas materiales. Pero vemos que las fuerzas productivas materiales son ellas mismas el producto de las ideas. El pensamiento de Marx se mueve en círculos.

Hubo otros además de Marx que atribuyeron una enorme importancia a las invenciones y mejoras en las máquinas. Poco después, en la década de 1870, Leopold von Ranke [1795-1886] declaraba que la historia de la tecnología es el aspecto más importante de la historia humana: todo se continúa por medio de la tecnología. Pero no podía explicar todo desde el punto de vista

materialista, porque herramientas y máquinas son en sí productos del espíritu humano.

Cuando Marx murió, su amigo y colaborador, Friedrich Engels, se dirigió a sus amigos delante de su tumba. En este discurso trató de condensar en pocas palabras las ideas que consideraba inmortales de Marx. Su discurso contenía una interpretación ligeramente distinta de Karl Marx. Engels decía que: «Como Darwin, que descubrió la ley de la evolución de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley de la evolución histórica de la humanidad, es decir, el sencillo hecho, hasta ahora oculto debajo de la exuberancia ideológica, de que los hombres deben ante todo comer, beber, tener alojamiento y ropa antes de poder ocuparse de la política, la ciencia, el arte, la religión y cosas similares». Esto, decía Engels, se había desconocido antes de que lo descubriera Marx. Pero eso es algo evidente: nadie lo ha negado nunca. En realidad, hay un antiguo dicho latino de principios de la Edad Media: «Primero hay que vivir y luego se puede filosofar».

Fue un truco estupendo de Engels atribuir esta interpretación a Marx, pues desde entonces, cuando alguien trata de contradecir la teoría de Marx, se le pregunta si niega que hay que comer y beber antes de poder escribir. Es evidente que hay que hacerlo. Así que se obliga a aceptar la base de la teoría marxista.

Marx continúa. La sociedad se divide en clases y cada miembro de una clase se ve obligado por las leyes de la historia a pensar de acuerdo con sus intereses de clase. La lealtad de clase, no solo en el estado actual de la sociedad, sino también en etapas anteriores cuando se desarrollaron las clases, determina el contenido de las ideas de una persona. Una persona piensa de cierta manera porque es miembro de una clase concreta. Y como todos los miembros de una clase piensan de acuerdo con sus propios intereses de clase, el resultado es que los intereses de aquellas clases que haya seleccionado la historia deben finalmente triunfar. La idea de Marx es que es la clase la que piensa, no los individuos.

Las clases no se crean a sí mismas. Creamos clases al clasificar. Si una clasificación es correcta y lógica, entonces dicha clasificación no puede atacarse. Marx clasificaba al pueblo y suponía que existía

un conflicto irreconciliable de intereses entre las distintas clases. La pregunta es: ¿existe ese conflicto? Marx nunca lo demostró. Presentó por primera vez la teoría de las clases en el *Manifiesto comunista* de 1848. Posteriormente, publicó muchos otros libros. Pero nunca nos dijo qué era una «clase», solo nos explicó qué no era una clase.

En uno de los tomos de *El capital*, publicado por Engels después de la muerte de Marx, hay un capítulo titulado «Clases». Aquí Marx empieza diciendo qué no son las clases. Luego se acaba el escrito. Una nota de Engels dice que la obra nunca se terminó. Podría entristecernos si no supiéramos que el escrito de Marx no se vio interrumpido por su muerte: dejó de escribir estos tomos muchos años antes.

Marx da ejemplos de conflicto de clases, pero todos se refieren a condiciones de estatus en una sociedad de castas, cuando alguien nace en una casta concreta: nobleza, burguesía, servidumbre o la que sea. Bajo esas circunstancias, *hay* un conflicto de intereses. Cualquiera que nazca en una casta determinada solo tiene los derechos y privilegios que tenía su padre. Y por tanto es correcto decir que hay conflictos de clase. Pero una sociedad en la que hay igualdad bajo la ley y en la que todos son libres de hacer lo que quieran, en una sociedad así no hay «clases» rígidas ni intereses irreconciliables de «clase».

Por tanto, de esto se deduce que hablar de «burguesía» implica que un grupo tiene intereses especiales por encima de los de las multitudes. Esta es la filosofía implícita en la política de EE. UU. de que deberíamos conceder subsidios a los granjeros o privilegios especiales a los trabajadores, dar ayudas a los «ruritanos» para evitar que se hagan comunistas y todo eso. Si quieren hacerse comunistas, mejor para ellos. Estamos viviendo en un mundo dominado por esta filosofía de «clase». Hablar de burguesía es asumir la teoría marxista de clases.

Incluso asumiendo las demás tesis de Marx, es difícil aceptar su argumento de clase, Marx admite en el *Manifiesto comunista* que hay personas con conciencia de clase y hay otras que no, que los intereses de algunas personas se oponen a los intereses de su

«clase». ¿Por qué debería una persona pensar de acuerdo con el interés de su clase si los intereses de su clase son distintos de los suyos propios? Se dice que los trabajadores en Estados Unidos están extremadamente retrasados en el desarrollo de su conciencia de clase. Si puede existir una falta de conciencia de clase, ¿cómo es posible decir que existe un interés de clase?

También hay diferencias de opinión entre diversas personas con respecto a cuáles son realmente los intereses de la clase. La pregunta es: ¿quién tiene razón? Los marxistas dicen: «Es muy fácil saberlo. Si un miembro de la clase piensa distinto, es un traidor a su clase, un traidor social. Si otros hombres, que no son miembros de la clase, piensan distinto, no hace falta una explicación». El problema de esto es que hay en la práctica algunos miembros de una clase que no piensan de acuerdo con las pautas prescritas por sus «intereses de clase».

Otra dificultad es que el propio Karl Marx, que presumía de hablar en nombre de los proletarios, no era un proletario. Era hijo de un abogado acomodado, se casó con la hija de un *junker* prusiano y su cuñado era el jefe de la policía prusiana. Tampoco su socio, Friedrich Engels, era un proletario: era hijo de un fabricante y él mismo era un fabricante. Su respuesta a esta crítica es:

Finalmente, en momentos en que la lucha de clases se acerca a su hora decisiva, el proceso de disolución que se está produciendo en la clase dirigente (de hecho, dentro de todo el ámbito de una sociedad antigua) asume un carácter tan violento y evidente que una pequeña parte de la clase dirigente puede quedar a la deriva y unirse a la clase revolucionaria, la clase que tiene el futuro en su mano.^[36]

Pero Marx y Engels no estaban en la retaguardia del movimiento: estaban a la vanguardia del movimiento. Otros líderes del movimiento eran asimismo burgueses.

En Inglaterra, cuando se desarrolló el movimiento fabiano, los socialistas continentales que visitaban ese país para reunirse con sus eminentes amigos y admiradores se asombraban a menudo al descubrir que los fabianos eran un grupo ilustre y socialmente destacado. En sus cenas llevaban corbata blanca y frac y las

mujeres llevaban joyas y toda la parafernalia de la sociedad victoriana. Es al menos cuestionable que el socialismo fuera el resultado de la mentalidad proletaria.

¿Cómo pudo un hombre como Marx no darse cuenta de que no son los «intereses» los que crean las ideas, sino que más bien son las ideas las que enseñan a la gente cuáles son sus «intereses»? ¿Cómo no vio esto? Creo que fue porque estaba completamente dominado por la idea de que la economía es solo comida, ropa y alojamiento. Su idea era que las masas famélicas solo intentaban conseguir comida. Estaba completamente convencido de que la tendencia inevitable del capitalismo era la de causar un empobrecimiento de las masas y una concentración de la riqueza en las manos de un grupo pequeño. Estaba convencido de que nada podía evitar esta tendencia y que esta tendencia acabaría trayendo el socialismo.

Todos sabemos que esto no es verdad. Pero la gente responde que no es verdad porque ocurrió algo que Karl Marx no pudo prever. No previó el movimiento sindical y la legislación social. Pero un pequeño trabajo publicado por Marx sí explicaba los sindicatos y decía que era inútil que trataran de mejorar la condición de los trabajadores, porque la tendencia de la historia iba en otra dirección. Era inevitable que los salarios reales bajaran continuamente. Los sindicatos debían abandonar sus intentos de conseguir salarios superiores y buscar un objetivo «conservador»: acabar para siempre con el sistema salarial. Marx se opuso a la legislación social (seguridad social y similares) al menos después de la década de 1850 cuando afirmó que creía que los cambios los traerían las fuerzas productivas materiales. Si las fuerzas productivas materiales cambian, toda la estructura debe cambiar necesariamente, porque las fuerzas productivas materiales ya no pueden desarrollarse en la relación antigua. Siguiendo el consejo del propio Marx y, tras su muerte, de Friedrich Engels, el *Reichstag* alemán votó *en contra* de la medicina socializada, el seguro social y la legislación laboral, calificándolos como fraudes para explotar a las clases trabajadoras todavía más que antes.

Una formación social no desaparece nunca antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas para las que hay espacio y las nuevas relaciones sociales de producción nunca aparecen antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan madurado en el seno de la sociedad antigua.^[37]

Por tanto, la tesis marxista era que, para acelerar la llegada del socialismo, el capitalismo antes debía alcanzar su madurez. (Esto se puede comparar con el «capitalismo maduro» del New Deal). Todos estos métodos para «mejorar» el capitalismo, como la seguridad social, la legislación laboral y todo los demás son solo políticas pequeñoburguesas, que son perjudiciales para los intereses de los trabajadores, porque solo posponen la madurez del capitalismo.

Si es verdad que la llegada del socialismo (una bendición para los trabajadores) es independiente de la voluntad de los hombres, si depende exclusivamente de la maduración del capitalismo y el desarrollo de las fuerzas productivas dentro del capitalismo, ¿para qué hace falta un Partido Socialista? ¿No es absurdo, de acuerdo con esta teoría, que el hombre, que no tiene nada que decir con respecto al futuro, trate de alcanzar un objetivo? La respuesta que se da a esas preguntas es que, igual que hace falta una comadrona para que una madre dé a luz, el Partido Socialista es necesario para traer el socialismo al mundo. A veces la comadrona puede interferir y la situación cambia, pero ella sirve a un fin.

Así vemos que el intento de Marx de demostrar que las ideas son los productos de algo material no fue demasiado concluyente. Solo demostró que las ideas se producen por fuerzas que ya eran ellas mismas producto de otras ideas. Todo lo que dicen sus teorías es que entre las ideas algunas son más importantes que otras. Según él, la idea que nos lleva a construir una nueva máquina, por ejemplo, es más importante que las ideas que producen un poema o un sistema filosófico. El valor de todas estas actividades mentales es atacado por Marx. ¿Para qué vale un poema, cuál es el valor de una religión, si estas son solo consecuencias del hecho de que tenemos ciertas herramientas de producción? Yo ni siquiera llamaría «materialismo» a esta teoría de Marx.

En las décadas de 1840 y 1850, famosos sociólogos y economistas devastaron con sus críticas las enseñanzas de los autores socialistas. Pero sus críticas no trataron los problemas más importantes. No veían razón para hacerlo, porque refutaban las afirmaciones de sus contemporáneos socialistas. Karl Marx se dio cuenta de que no podía responder a estas críticas y sus doctrinas socialistas sufrieron otro giro. Para empezar, desarrolló la teoría de que todos están obligados por las leyes de la naturaleza a pensar de la forma en que le obligan los intereses de su clase. Creía que la teoría de un hombre, sin que importara sobre qué versara (ya fuera sobre religión, filosofía o derecho), no produciría verdad mientras hubiera clases. Percibía que las ideologías de clase eran evidentemente falsas debido a sus deficiencias y sesgos para servir a los intereses de su autor; los marxistas, incluso hoy, creen que han demostrado sus tesis sencillamente afirmando que no existe una búsqueda imparcial de la verdad, que el hombre no busca la verdad, salvo para resultados prácticos.

Si suponemos que aceptamos las tesis de que todas las actividades mentales están motivadas por el deseo de resultados prácticos, debemos admitir que, si un hombre quisiera resultados, tendría que buscar una teoría que fuera correcta. Los pragmáticos dicen que la «verdad» es algo que funciona cuando se aplica. Ludwig Boltzmann [1844-1906], un filósofo positivista, decía que la prueba de que nuestras teorías físicas son correctas se basa en el hecho de que las máquinas construidas de acuerdo con dichas teorías funcionan como se espera de ellas. Como la gente quiere matar a otros con armas de fuego, se desarrolló la teoría de la balística. Según Marx, la teoría de la balística no se desarrolló porque la gente quisiera matar a otros, pero las teorías son correctas porque querían matar. Marx desarrolló su teoría porque quería decir que los proletarios no tienen que preocuparse acerca del punto de vista burgués; lo que los economistas burgueses decían acerca del socialismo no era algo que preocupara a los trabajadores.

El segundo punto que desarrolló fue la teoría de la inevitabilidad de la llegada del socialismo debido al progresivo empobrecimiento de los trabajadores por culpa de los capitalistas. Como el socialismo

es una etapa posterior, decía Marx, es también necesariamente una etapa superior. Por tanto, no tiene sentido desarrollar planes para el futuro estado socialista. Los críticos han echado abajo estas ideas diciendo que no pueden funcionar. Pero Marx decía que no tenemos que hacerlo: las fuerzas productivas harán sus planes cuando todo esté maduro.

El éxito de Marx fue enorme. Hoy, muchas personas que creen que el socialismo es inevitable se consideran jóvenes socialistas y comunistas. Ha habido resistencia a su materialismo histórico, pero poca a la teoría de la inevitabilidad del socialismo.

La principal deficiencia de la mentalidad actual es precisamente el hecho de que la gente es demasiado amable en la crítica a la tesis esencial del socialismo. Un libro de Alexander Miller sobre la importancia cristiana de Marx, *The Christian Significance of Karl Marx* (Nueva York: Macmillan, 1947) recomienda el uso de la religión cristiana para apoyar, no solo el propio marxismo, sino también el materialismo marxista.

Marx era coherente al rechazar los intentos de legislación laboral. Su teoría era que el mundo debe seguir una cierta secuencia de acontecimientos: (1) feudalismo, (2) capitalismo y (3) socialismo. Como era incompatible con su teoría, rechazaba la teoría de que pudiera saltarse alguna etapa. Sin embargo, cuando murió Marx, Engels encontró entre sus pertenencias una nota de Marx en un papel que sugería que esto podía ser posible. Evidentemente, Marx había garabateado esta nota una noche y por la mañana se lo pensó mejor, al darse cuenta de que si aceptaba esto se destruiría su teoría básica. Engels copió la nota a mano y la envió a una mujer en Rusia que había obtenido cierta fama porque había matado a un comisario de la policía y había sido absuelta (esas cosas pasaban en Rusia por aquel entonces). Esta la publicó en la década de 1880. Los bolcheviques pensaron que era una idea estupenda, pues sabían que Rusia estaba atrasada y aprovecharon esto como base para creer que no tenían que pasar por el capitalismo antes de lograr el socialismo, sino que podían saltarse esa etapa.

Lo importante de Marx fue que calificó las doctrinas de otros humanistas como ideologías, falsas teorías que, precisamente por

su incorrección, son útiles para la clase de la que emanan. Como economista, Marx estaba completamente dominado por las doctrinas de los economistas británicos clásicos. Estos desarrollaron el importante sistema de la economía política, pero no consiguieron resolver un problema esencial: la paradoja del valor. Su teoría parece obvia: la gente valora las cosas y servicios externos debido a su utilidad, debido a que estas cosas pueden producir ciertos servicios útiles y cuanto más útil es el servicio, mayor es el valor. Pero no podían explicar por qué un peso unitario de oro, que es menos útil que el hierro, se intercambia por varias de estas unidades de hierro.

En 1870, se descubrió la solución a esta paradoja de forma independiente y a la vez por tres personas distintas: William Stanley Jevons [1835-1882] en Inglaterra, Carl Menger [1840-1921] en Austria-Hungría y Léon Walras [1834-1910] en Suiza. Estos tres hombres se dieron cuenta de que en cada intercambio concreto solo se intercambia una cantidad limitada definida de algo. La gente no intercambia la oferta total disponible, por ejemplo, de hierro o de oro. Si un hombre da varias unidades de hierro a cambio de una de oro, no se comporta como si estuviera intercambiando todas las existencias de hierro por todas las existencias de oro. Cuanto mayor sea la cantidad disponible, menor será el valor por unidad, menor será la satisfacción por unidad. Era la teoría de la utilidad marginal.

La teoría de los economistas clásicos fue responsable del hecho de que los valores no se remontaran hasta el consumidor final. Esto explica por qué se atribuía tanto valor a la teoría del comprar barato y vender caro y llevó a la confusión del fantasma del «hombre económico». Esta teoría se ocupaba solo del hombre de negocios, no del consumidor. Eso hubiera requerido empezar a partir de la utilidad, algo que no es fácil de entender por las personas normales. Lo importante es que dos grandes socialistas del siglo XIX, el socialista revolucionario radical Marx y el socialista de salón, filósofo y economista John Stuart Mill [1806-1873], estaban tan convencidos de la teoría clásica del valor que nunca tuvieron la más mínima duda sobre ella. Esa teoría del valor ya había sido criticada, entre otros, por Ferdinand Lassalle [1825-1864], que tuvo más influencia en su tiempo que Marx. Pero esta teoría clásica, perfeccionada por

Ricardo, fue la adoptada por Marx. Y Mill, en sus *Principios de economía política*, publicados en 1848, decía que la teoría del valor estaba resuelta para todo el futuro: las próximas generaciones no podrían mejorarla más.

Marx calificaba al sistema de la economía clásica como una ideología burguesa. Aun así, lo que desarrolló como teoría económica no era sino el sistema clásico adaptado un poco y expresado con palabras ligeramente distintas. La aportación de Marx a la economía es de muy poca importancia. Como economista, se limitaba a repetir más o menos lo que había escuchado a otros (a veces llamándolos idiotas, sicofantes y cosas así), pero nunca desviándose demasiado de sus enseñanzas.

Marx explica la historia como el resultado de los intereses económicos de clase. Toda situación contiene grupos que se están beneficiando o están sufriendo a corto plazo y Marx señala los intereses de estos. Por ejemplo, si hay una plaga o una epidemia, las fabricantes de medicinas y doctores se beneficiarán. Los intereses a largo plazo no son tan evidentes y solo pueden determinarse por medio de ideas.

Quinta conferencia

Capitalismo y progreso humano

Esta noche quiero empezar con la relación entre economía y vida práctica humana y las consecuencias del desarrollo de la teoría de la economía.

Kipling dijo: «Oriente es Oriente y Occidente es Occidente y nunca se encontrarán». Indudablemente, han existido diferencias entre Oriente y Occidente durante miles de años. Oriente nunca desarrolló la idea de investigación científica (la búsqueda del conocimiento y la verdad por sí mismos) que dieron los griegos a la civilización. Un segundo logro de los griegos, que siempre ha resultado extraño en Oriente, es la idea de la libertad política del gobierno, de la responsabilidad política del ciudadano individual. Estas ideas, ampliamente aceptadas en Occidente, nunca encontraron equivalencia en Oriente. Incluso hoy, solo un pequeño grupo de intelectuales orientales siguen estas ideas. Aun así, el mundo era más o menos uno, a pesar de estas ideas, hasta hace unos 250 años.

Las relaciones sociales y las condiciones de vida eran más o menos las mismas en todo el mundo hasta hace 250 años. El nivel medio de vida variaba poco entre Oriente y Occidente. Los métodos modernos de producción y los patrones de consumo, conocimiento tecnológico e igualdad bajo la ley eran desconocidos. Hoy consideraríamos las condiciones que entonces prevalecían como insatisfactorias en su mayor parte. Aparte de su significado político, la expresión de Wendell Willkie, «un mundo» era entonces más aplicable que ahora.

La mejora general en tranquilidad política, que había llegado a cierto nivel hace unos 250 años, contribuyó a un aumento en la

población. Esta población adicional era demasiada para el sistema social de esa época. Los países en los que las condiciones políticas eran las más favorables se vieron infestados de atracadores, ladrones y asesinos, gente para la que no había lugar bajo la situación económica existente.

Luego, algo ocurrió en Europa (primero en Europa occidental, Gran Bretaña y Holanda) que se extendió por el resto del mundo occidental. Fue este movimiento el que llevó a diferencias considerables entre Oriente y Occidente. A este movimiento, los historiadores lo llaman la Revolución Industrial. Se produjeron cambios radicales debido a cambios intelectuales radicales previos, es decir, por el movimiento intelectual que creó la economía como una rama autónoma del conocimiento humano. Estos cambios radicales multiplicaron las cifras de población y transformaron la faz del mundo.

Algunas de estas ideas se habían ido desarrollando durante generaciones anteriores. Por ejemplo, la ley de Gresham, la «ley» de Sir Thomas Gresham [1519?-1579] que señala que una moneda (mala) sobrevalorada legalmente acaba poniendo fuera de circulación una moneda (buena) infravalorada legalmente. Esta regularidad en el campo del dinero ya la había advertido previamente el autor de comedias Aristófanes [448?-380? a.C.] en *Las ranas* y el obispo francés Nicolás Oresme [1320?-1382]. Sin embargo, no se había apreciado que existía una regularidad similar en relación con la concatenación y secuencia de los fenómenos en el mercado. La apreciación de regularidad en el campo más amplio de las actividades del mercado fue un logro de la mente humana, un éxito mental. Como consecuencia de este nuevo conocimiento de la regularidad en el mercado, la gente empezó a fijarse en todas las actividades productivas desde un punto de vista distinto.

Por ejemplo, se ha planteado la pregunta de por qué los antiguos griegos, cuyo conocimiento de la ciencia fue tan avanzado, no hicieron un uso práctico de sus descubrimientos. Se ha dicho que tenían el conocimiento científico para construir ferrocarriles, pero no los construyeron. ¿Por qué no? Su progreso se veía obstaculizado por ciertas ideas. Una idea que los mantenía en el atraso, una idea

que todavía hoy prevalece, es la del «desempleo tecnológico», la idea de que mejores métodos de producción llevan al desempleo. Debido a esto, se consideraba un delito desviarse de los métodos tradicionales de producción, sin que importara lo insatisfactorios que fueran los métodos antiguos. No se les ocurrió la idea de que reducir la cantidad de trabajo requerido para la producción de una cierta cantidad de bienes o cosas haría posible liberar materiales y mano de obra para la producción de otros.

La segunda idea que obstaculizó el desarrollo de los griegos fue que veían los negocios como desequilibrados: el vendedor gana y el comprador pierde. Esta actitud era especialmente importante en su efecto sobre el comercio internacional. Esta antigua superstición de que el comercio internacional creará desempleo sigue prevaleciendo hoy. Mucha gente sigue creyendo que las ventajas que derivan del comercio exterior vienen de la exportación, no de la importación. Si fuera así, esto significaría que la ventaja de comprar una hogaza de pan vendría de «exportar» el dinero, de gastar el dinero para comprar el pan y no del pan mismo.

Como se consideraba un delito abandonar los métodos tradicionales de producción y comercio (y todos los cambios son necesariamente innovaciones), somos propensos a ignorar otra evolución, una nueva idea desconocida hasta entonces. Estamos ciegos a los grandes cambios de que tuvieron lugar, no solo en la producción, sino asimismo en el consumo. Vemos la producción en masa, pero no conseguimos ver que esta producción en masa se creó para la satisfacción de las necesidades de las masas. Los gremios y artesanos de la Edad Media habían fabricado para la gente pudiente. Antes de la Revolución Industrial y en los primeros días de esta había un gran comercio de ropa de segunda mano. La ropa que se fabricaba por orden de los pudientes la compraban los pobres de segunda mano. Este comercio de ropa vieja, una parte realmente importante de la economía, desapareció como consecuencia del desarrollo de los métodos modernos de producción.

La Revolución Industrial empezó produciendo para las necesidades de los pobres, de las masas. La producción en masa

empezó produciendo las cosas más baratas y más pobres. El sector del algodón fue uno de los primeros que se desarrolló en la Revolución Industrial. El algodón era un material de pobres: ningún miembro de las clases altas o medias quería algodón. La calidad de la producción en masa solo mejoró cuando las condiciones de las masas mejoraron hasta el punto de que también empezaron a tener prejuicios contra los productos baratos. No hace tanto que ninguna dama o caballero se habría comprado zapatos hechos en fábricas o ropa para llevar. Hasta hace 100 o 120 años, nadie en Alemania podía siquiera comprar una camisa ya fabricada. Todos estos sectores se han desarrollado en los últimos 100-150 años.

Como consecuencia de la Revolución Industrial en Occidente, se produjo una enorme brecha, una brecha que hoy divide a Occidente y Oriente. Oriente se aferra a la idea que en su momento entorpeció el desarrollo del capital en el mundo occidental la idea de que la riqueza de un hombre es la causa de la pobreza de otros. Ha aparecido el concepto de «naciones subdesarrolladas» y la idea de que es necesario darles consejo tecnológico, es decir, «*know-how*». ¡Menuda tontería! Hay montones de indios, chinos y estudiantes de otros países en nuestras universidades que son personas muy capaces y que están adquiriendo *know-how*. E incluso si no los hubiera, muchos estadounidenses estarían dispuestos a ir a trabajar a esos países y darles consejo. Lo que realmente necesitan es capital. Lo que les falta es capitalismo.

¿Cuál es la utilidad de la economía, de la discusión económica teórica? Todos los logros de la física y la química habrían sido «letra muerta» sin ninguna importancia para la vida real si las ideas de divulgadas por los economistas del siglo XVIII acerca de la división del trabajo, la libertad de intercambio y demás no hubieran abierto el camino para la aplicación práctica de esos descubrimientos científicos. Y aun así hoy hay quien ve con recelo las innovaciones. Por ejemplo, un catedrático alemán, que era considerado un eminente historiador económico y miembro honorario de muchas sociedades, dijo en uno de sus últimos libros que era un inconveniente muy grave que nuestras instituciones sociales permitieran a cualquiera producir un invento para darle un uso práctico. Creía que no podía producir ningún daño poner

invenciones en museos, pero, salvo que fueran invenciones militares, allí es donde debían permanecer. (Esta es la base del *Führerprinzip*: la idea de que un *führer* omnisciente debía dar las órdenes y de que el *führer* recibe sus órdenes directamente de Dios, que es el *führer* del Universo). El avance científico puede dificultarse hasta cierto punto, pero, en general, es imposible de detener completamente.

Hay quien considera «material» el progreso científico. A no buscar nada más que la mejora de las condiciones materiales o externas de la vida (mejores alimentos, ropas, viviendas y cosas similares) lo llaman «materialismo». Dicen de las personas que tienen esos objetivos que se preocupan solo por las necesidades «malas» de la vida cotidiana. Por el contrario, piensan *de sí mismos* que son éticos y muestran su idealismo desdeñando esas mejoras materiales. Pero veamos.

Una de las consecuencias de la Revolución Industrial ha sido que el mundo ahora está poblado por mucha más gente de la que haya sostenido nunca. Cada persona en los países capitalistas también tiene un nivel de vida muy superior al previo. Esto significa que la esperanza de vida es mucho mayor. El crecimiento en la población no se logró mediante un aumento en la tasa de nacimientos, sino mediante una disminución en la tasa de mortalidad, especialmente en los niños. La reina Ana de Inglaterra, el último miembro reinante de los Estuardo, tuvo diecisiete hijos, pero ninguno de ellos llegó a la edad adulta. Esta situación tuvo una grave importancia para Inglaterra: creó el problema histórico y religioso de la sucesión protestante. Como evidencia adicional del grado de mortalidad infantil, la mayoría de los encantadores niños de la familia de los Habsburgo que pintó Velázquez murieron durante su infancia. Podemos llamar «materialismo» a la mejora de los niveles de vida producida por la Revolución Industrial. Pero, desde el punto de vista de los padres, la mejora en la esperanza de vida de sus hijos puede que no les pareciera algo meramente materialista.

Engels decía que la gente debe comer antes de poder desarrollar ideas filosóficas. Puedo estar de acuerdo con esto. Los europeos ahora afirman que están combatiendo la «civilización de la Coca-

Cola», pero sería erróneo decir que el capitalismo no ha desarrollado nada más que la Coca-Cola. El capitalismo sin duda ha llevado también a avances filosóficos y teológicos. A la vista de los grandes descubrimientos científicos de los siglos XIX y XX, decir que la economía capitalista es la «civilización de la Coca-Cola» no parece ser una declaración «imparcial».

Varios derechos y libertades se desarrollaron durante la Revolución Industrial: políticas de libertad económica, tanto en el comercio interno como en el exterior, de moneda fuerte y de abstención frente la interferencia del gobierno. Estas son políticas, no verdades científicas; son políticas basadas en juicios de valor que aparecen debido al conocimiento que se ha ido desarrollando. Debemos ser conscientes de la relación entre conocimiento y valores.

Es fácil entender esta distinción en el campo de la medicina o la química. Los científicos pueden establecer, por ejemplo, el hecho de que la droga A es un veneno, pero no hacen un juicio de valor sobre ella. La patología y la química no dicen cómo debería usarse un producto químico. Su tarea se cumple cuando determinan si prolongará o no la vida humana. La decisión de usar o no el veneno, y cómo, debe proceder de algún otro sitio, no del químico o el patólogo: esa decisión debe venir de un juicio de valor. Si un doctor no puede salvar la vida a la madre y al hijo, se produce un dilema: ¿Qué vida hay que salvar? La respuesta no viene de la ciencia médica: debe venir de un juicio de valor.

En el campo de las relaciones sociales y la conducta humana, la ciencia nos ofrece proposiciones existenciales, exposiciones de las consecuencias de ciertas causas. Hay una diferencia esencial entre esas exposiciones de hechos y el juicio de valor que nos dice qué alternativa es más deseable, más preferible. Un juicio de valor nos dice qué *tendría* que hacerse desde el punto de vista de quienes comparten los mismos valores.

Podría parecer que la importancia de la economía para la vida cotidiana es pequeña. Pero eso no es verdad. En realidad, la teoría económica es muy importante. Par dar los pasos apropiados para lograr un objetivo concreto, debemos antes estar familiarizados con

el estado actual de cosas: la situación existente. Pero entonces necesitamos conocimiento económico, comprensión de la economía, para tomar decisiones, para actuar, para hacer juicios de valor. Para juzgar la importancia del conocimiento económico, consideremos el caso de Irán. Cuando recientemente confiscó la propiedad de la Anglo-Iranian Oil Company y nacionalizó el sector petrolero, quiso mejorar la situación del pueblo.^[38] Lo importante es si la política que está siguiendo tendrá o no ese efecto.

Los economistas clásicos introdujeron la expresión «los intereses correctamente entendidos». Hay varios «plazos» de distinta duración. Para determinar «los intereses correctamente entendidos», hay que considerar todas las posibilidades, porque el fin a corto plazo es a menudo distinto del fin a largo plazo. Uno de los ataques más habituales a la economía es que los economistas solo consideran el largo plazo, y no el corto. Pero eso no es verdad. Los economistas sencillamente señalan que hay una distinción entre ambos.

Se pueden preferir los intereses a corto plazo frente a los intereses a largo plazo, pero esto no significa que solo haya que considerar los intereses a largo plazo. Los gobiernos que tratan de resolver males económicos mediante diversas intervenciones puede que no destruyan los países capitalistas a corto plazo. Algunos venenos actúan rápidamente y otros más lentamente. Igual que un veneno lento, la intervención pública puede tener consecuencias a largo plazo que sean desastrosas, incluso desde el punto de vista precisamente de aquellas personas que quisieron recurrir a esas medidas.

John Maynard Keynes [1883-1946] dijo: «En el largo plazo, todos estamos muertos». Es en lo único que estoy de acuerdo con Keynes. Aunque esta idea sea correcta, no significa más que el comentario de Madame de Pompadour, amante de Luis XIV, cuyo papel era el de consolar al rey cuando sus ejércitos se veían amenazados: «No hay razón para preocuparse: “Après nous le déluge”». Por suerte para ella, Madame de Pompadour murió joven. Pero su sucesora como amante de Luis XV, Madame du Barry, no

tuvo tanta suerte: sobrevivió a corto plazo, pero vivió para ser ejecutada a largo plazo.

Pero las ideas de Keynes son insatisfactorias incluso desde este punto de vista. Sus teorías de la expansión del crédito producen un auge artificial que debe acabar convirtiéndose en una depresión y una crisis. Las consecuencias no deseadas pueden aparecer varias veces a lo largo de una vida, no solo después de tu muerte. Un hombre que viva hoy puede haber sido testigo de las depresiones de 1907, 1921, 1929, 1937 y puede vivir lo suficiente para ver otra más.

La economía se limita a decir que hay consecuencias tanto a corto como a largo plazo. Hay que considerar ambos tipos. Las decisiones deberían tomarse a la vista de todo el conocimiento disponible. Por ejemplo, la economía no dice que el libre comercio sea mejor que el proteccionismo. La economía se limita a señalar las diferencias entre las consecuencias de ambas. La economía se limita a decir que el proteccionismo no es una forma de mejorar el nivel general de vida. Pero esto no es aplicable a los casos en que se defiende un arancel proteccionista por otras razones. Por ejemplo, cuando Estados Unidos se dio cuenta de la amenaza a sus líneas de suministro en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, pudo haber aprobado una tasa a la importación de caucho natural y subvencionar a los fabricantes de caucho sintético. Pero esto se habría considerado un gasto de «defensa», no una decisión basada en la economía y se habría juzgado desde el punto de vista de la defensa.

Lo que ofrece el economista no son juicios de valor, que no debe emitir ninguna ciencia, sino la información que se necesita para hacer juicios de valor y tomar decisiones. La valoración, el juicio, corresponde al individuo, al pueblo y a los votantes.

Se ha criticado la idea de la neutralidad de la ciencia, especialmente por quienes desean elevar ciertos juicios de valor a un nivel superior, a la dignidad de una norma que todos deben obedecer. En Alemania, especialmente tras la guerra de 1870, los profesores alemanes que enseñaban los aspectos económicos de la

ciencia política consideraban lamentable que tuviera que haber tolerancia, comprensión, paz y buena voluntad entre las naciones.

La idea de la neutralidad de la ciencia (*Wertfreiheit*: libertad frente a valores) es la evolución más característica de la ciencia. Como la ciencia económica es neutral, esto no significa que no trate problemas prácticos, solo significa que no explica el significado de la acción humana. *Pero es precisamente debido a su neutralidad por lo que la gente con distintas evaluaciones es capaz de vivir unida y en paz.* Esta es una de las ideas más importantes que nacieron de la Revolución Industrial y el desarrollo de la ciencia moderna. Era una idea absolutamente extraña para la mayoría de las mentes más eminentes del siglo XVI. Muy pocas personas entonces podían haber entendido que personas con distintas religiones, valores e ideas pudieran vivir juntas en la misma ciudad, el mismo país o el mismo mundo.

El intercambio pacífico de ideas y la coexistencia pacífica de gente con diversas ideas fueron progresos triunfales al inicio del siglo XIX. Hubo entonces una evolución hacia la libertad y la paz, especialmente hacia la libertad intelectual para las ideas, hacia la eliminación de la crueldad pública en los castigos y de la tortura pública en el procedimiento penal y asimismo hacia la mejora en el nivel de vida. La gente llegó a creer que esta evolución hacia la libertad y la paz era inevitable. En el siglo XIX estaban plenamente convencidos de que nada podría detener esta tendencia hacia una mayor libertad. La Cámara de Comercio de Manchester en Gran Bretaña incluso declaró en la década de 1820 que la era de la guerra había desaparecido para siempre. Era la teoría económica sin sangre. No hacía falta ninguna guerra si había libre comercio y gobierno representativo. Pero esta misma gente no conseguía darse cuenta de que ya había empezado una reacción. Se estaba gestando un movimiento en la dirección contraria.

Entre los opositores a la idea de libertad estaba Auguste Comte. Es esta reacción contra la libertad la que divide hoy al mundo en dos bandos. Paradójicamente, a los que apoyan a los grupos que están a favor de prisiones, persecuciones para las desviaciones y cosas así se les llama «progresistas».

Los «economistas éticos» que se oponían al «materialismo» de la teoría de la economía sin sangre de los británicos se convirtieron en los predecesores de lo que luego se llamó nazismo. Los nazis, imitando a los marxistas, no tolerarían ninguna oposición. Un buen alemán solo podía tener ideas alemanas y todos debían estar obligados por las leyes de la naturaleza a pensar de acuerdo con los intereses «naturales» de esta raza o nación. Los nazis tenían dificultades para explicar que personas como Beethoven, Goethe, Kant y otros, eran todos alemanes, pero alemanes con ideas antialemanas. A la vista de los acontecimientos posteriores, podemos preguntarnos si esas ideas, impuestas ostensiblemente al pueblo alemán por su propio bien fueron o no realmente tan útiles para ellos a largo plazo.

Algunos comunistas modernos alegan que previeron el éxito del nazismo. ¡Pero no lo hicieron! Por el contrario, ninguno de ellos lo previó. El partido nazi apareció por primera vez en Alemania a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930. Los observadores neutrales dijeron: «Es verdad que están consiguiendo algunos votos, pero es imposible que Alemania se convierta en nazi. Mirad las estadísticas. La mayoría de los alemanes son trabajadores y marxistas. Nunca votarán a los nazis». Esto demuestra que nadie puede prever la historia. Se pueden hacer pronósticos, pero es cuestionable que estos pronósticos vayan a ser correctos.

Un grupo con intereses especiales es probable que esté en minoría. Ganaderos, cultivadores de algodón y de trigo y similares son todos minorías con intereses especiales. Pero si el gobierno interviene pueden formarse alianzas entre esos grupos, aunque sus intereses no sean idénticos, incluso aunque puedan estar en oposición entre sí. La misma situación existe con respecto a la mano de obra: trabajadores textiles, ferroviarios, mineros de carbón y similares. En la vida política, a lo que tenemos que enfrentarnos no es a los grupos de presión formados debido a intereses naturales comunes, sino a grupos de presión compuestos por alianzas de varias minorías promovidas por el gobierno.

Los privilegios benefician solo cuando se conceden a una minoría. Bajo ciertas circunstancias, las minorías pueden conseguir

ciertos privilegios durante un tiempo, pero las ventajas acaban deteriorándose, especialmente para los granjeros cuando la gente se da cuenta de sus distintas consecuencias. No es difícil convencer a los diversos grupos minoritarios de que están perdiendo más por un lado de lo que están recibiendo por el otro, así que esas alianzas solo pueden ser temporales. En un gobierno representativo, una minoría nunca puede conseguir para sí un privilegio si no es en alianza con otros grupos. Solo cuando la gente tiene verdadero conocimiento recogen sus beneficios.

Antes de los nazis, Alemania era conocida como la nación de los poetas y los pensadores. Los nazis desarrollaron una teoría de proteccionismo integral, proteccionismo para todo tipo de organización nacional y para toda la producción nacional. No se daban cuenta de que, si se protege a todos, todos ganan exactamente tanto como consumidores como pierden en el otro extremo como productores. Si esto ocurrió en Alemania, el país de los poetas y los pensadores, ¿qué se puede esperar de otros países? Las consecuencias llevan al deseo de otro sistema, así que la gente vota por un gobierno que la proteja de su propia ignorancia.

A largo plazo, todo país debe gobernarse de acuerdo con las ideas de la mayoría. Si el gobierno del país está contra las ideas de su propio pueblo, antes o después la mayoría causará un levantamiento revolucionario y eliminará a los líderes. En sus «Primeros principios del gobierno», un ensayo de David Hume, este dice que a largo plazo es la opinión la que hace poderoso al gobierno. Por esta razón, el gobierno representativo es bueno: refleja su opinión. Y las siguientes lecciones eliminan el desacuerdo.

Si la mayoría está dominada por las malas ideas, no puede hacerse nada con ello que no sea tratar de cambiar esas malas ideas. Eso es tarea de escritores, autores, economistas y otros. Por desgracia hay muchos malos escritores, malos autores y malos economistas. Aun así, no hay sustitutivo para tratar de cambiar las malas ideas por buenas. En el ámbito del estado, el gobierno y las organizaciones económicas, las consecuencias de una política solo aparecen después de un largo plazo y cuando aparecen son solo hechos históricos. Como es difícil atribuirlos a una causa concreta,

cambiar de ideas puede ser muy difícil. Aun así, la única manera de tratar las malas ideas es tratar de sustituirlas por las buenas ideas.

Los filósofos sociales y economistas del siglo XVIII y principios del XIX especialmente estaban imbuidos por la idea de que el progreso hacia mejores condiciones y más libertad continuaría eternamente. No previeron los acontecimientos de nuestra época.

Todo lo que podemos saber acerca del futuro es a través de los métodos de la comprensión histórica y esto no hay certidumbre. Sin embargo, el hecho de que el futuro sea incierto y de que somos individuos que actúan libremente son uno y el mismo hecho. Si se conociera el futuro, no seríamos hombres, no seríamos libres y no seríamos capaces de tomar decisiones y actuar. Seríamos hormigas en un hormiguero. Hay presiones en el mundo actual que tratan de convertir a los hombres en hormigas, pero no creo que triunfen esas tendencias.

Sexta conferencia

Dinero e inflación

Uno de los problemas con los que debe lidiar un economista es el hecho de que la terminología de los negocios se desarrolló antes del desarrollo de la teoría económica, así que el lenguaje no es particularmente apropiado para tratar los problemas económicos. Uno de esos casos, que ha generado verdaderas dificultades, es el del mercado monetario.

A finales del siglo XVIII, los economistas británicos descubrieron el «mercado monetario», que se ocupaba del préstamo de dinero a los negocios. Las expresiones «demanda monetaria» y «oferta monetaria» ya se usaban para referirse a la demanda y oferta de *préstamos*. Estas expresiones estaban tan firmemente establecidas que no podían usarse para tratar problemas monetarios, es decir, para tratar la demanda y la oferta del *dinero* como tal. Por el contrario, los economistas tuvieron que señalar que el tipo de interés y la demanda de préstamos en el mercado no dependían de la cantidad de *dinero* existente. Tuvieron que señalar que había una demanda de *dinero*, de dinero en efectivo, independiente de la demanda de *préstamos*. A medida que la bolsa y el mercado monetario se hicieron cada vez más populares para la gente a través de noticias en los periódicos, esta era algo cada vez más difícil de entender por ellos. Casi todos los periódicos usaban esta terminología empresarial para informar del estado del mercado monetario, es decir, el mercado de los préstamos.

La economía señalaba que existe en el mercado una demanda de dinero y una oferta de dinero similar a la demanda y oferta de cualquier otro artículo. Sin embargo, habría que advertir entre paréntesis que esta demanda y oferta de dinero no tienen nada que ver con la demanda y oferta de préstamos. También es importante que, mientras que la demanda de la mayoría de los bienes es una

demanda para consumir, la demanda de dinero no es una demanda para consumir: la demanda de dinero no consume o destruye la pieza concreta. La demanda de dinero es de por sí una demanda para guardar dinero, una demanda para «guardar efectivo».

Como las condiciones futuras son necesariamente inciertas, la gente debe guardar una cantidad concreta de efectivo y tenerla a mano. Si las cosas fueran seguras, podrían invertir todo el dinero por un tiempo concreto. Al saber exactamente cuándo necesitarían el efectivo, podrían planear hacer que sus inversiones venzan en ese momento. Pero como no se puede estimar exactamente cuándo se necesitará el dinero, hay que mantener una cierta cantidad de efectivo en mano o en una cuenta corriente: no puedes prestar o invertir todo tu dinero en efectivo.

El dinero en circulación es la suma de todas las existencias de efectivo. Con respecto a la historia de una pieza monetaria concreta, no hay ninguna que no haya estado en mano de alguien, es decir, ningún efectivo ha dejado de ser efectivo de alguien. Va de la pertenencia de uno a la pertenencia de otro. En el caso de cualquier pieza monetaria concreta, no hay ningún instante entre estas dos situaciones. No existe dinero que no sea propiedad de alguien y cuya desaparición, por ejemplo, por fuego, no dañe de alguna manera a la persona que era dueña de ese dinero.

Las falsas definiciones y las explicaciones e interpretaciones incorrectas del dinero son de dos clases, que son que el dinero es (1) algo más que un producto o (2) algo menos que un producto. Pero en realidad el dinero no es ni más ni menos que un producto, es todo lo que es un producto. Como cualquier otro producto, la oferta disponible influye en su valor de mercado y, como cualquier otro producto, se demanda porque la gente lo considera útil.

Como hay una demanda para tener efectivo y como la gente está dispuesta a entregar bienes para conseguir dinero, el valor del objeto usado como dinero aumenta por esta demanda. El valor del oro aumentó cuando pasó a demandarse para fines monetarios. Igualmente, el valor de la plata aumentó cuando se demandó como dinero. Cuando las condiciones monetarias cambiaron en el curso

del siglo XIX y la plata se hizo menos importante en su uso como dinero, su valor por unidad, su poder adquisitivo, tendió a la baja.

La inflación es un aumento en la cantidad sin un correspondiente aumento en la demanda de dinero, es decir, de existencias en efectivo. No quiero decir que la inflación por sí misma no influya en la demanda de dinero. La cantidad de dinero y la demanda de dinero no son magnitudes absolutamente independientes. La demanda monetaria de efectivo depende de la interpretación concreta e individual de las condiciones del futuro, la especulación y las ideas individuales acerca del futuro.

El principio de una inflación, es decir, el inicio de un aumento en la cantidad de dinero sin un correspondiente aumento en la demanda de dinero, causa un aumento en los precios. Luego si la gente ha aprendido algo de la teoría o de la historia, esta puede prever más aumentos en los precios. En ese caso, esperan que los precios aumenten y que el poder adquisitivo de cada unidad monetaria disminuya y tienden a restringir sus existencias de efectivo, comparadas con las que habrían tenido en ausencia de dicha especulación con respecto al futuro poder adquisitivo del dinero. Este depende de la reacción especulativa del público. Por otro lado, si la gente piensa que los precios van a bajar, habrá una tendencia en ella a aumentar sus existencias de efectivo con la expectativa de que el poder adquisitivo del dinero aumente.

En general un cambio inflacionista en el poder adquisitivo del dinero está causado por el hecho de que unas pocas personas se dan cuenta lo suficientemente rápido de lo que está pasando y ajustan sus actividades a la política inflacionista del gobierno. No siempre son grandes mentes. Tampoco son necesariamente más inteligentes que los demás. Solo reaccionan más rápidamente que los demás. En Alemania y Austria, donde hubo inflación después de la Primera Guerra Mundial, algunos «especuladores tontos» se vieron empujados por accidente a comprar acciones marginales. No es que fueran más listos, sino que los banqueros fueron menos listos. Los bancos guardaban las acciones comunes, financiaban las ventas y vendían las acciones a algunos especuladores marginales. En muy poco tiempo, los especuladores se hicieron enormemente

ricos. Y después, muy pronto, perdieron todo lo que habían ganado, porque no sabían lo que estaba pasando.

No todo el mundo desconfía del gobierno en este aspecto, como debieron haber hecho estos tan veloces. Mientras los que sean rápidos en prever la inflación estén en minoría y los más lentos sean la mayoría, mientras las amas de casa retrasen las compras creyendo que los precios van a bajar, diciéndose a sí mismas que todos, especialmente el gobierno, dicen que los precios bajarán, la inflación puede continuar. Esta mentalidad es la base de la inflación, la roca sobre la que se construye. A medida que cada vez más gente descubre que hay algo «sospechoso» en las declaraciones del gobierno y un día todos lo descubren, todo empieza a venirse abajo. Este cambio se produce de la noche a la mañana. Se produce cuando el ama de casa decide que es mejor comprar inmediatamente en lugar de esperar a mañana o al año que viene, porque entonces los precios serán aún más altos. En Alemania, tras la Primera Guerra Mundial se llamaba a esto *Flucht in die Sachwerte*: volar hacia los valores reales.

Esta es una característica de toda inflación que no se detiene a tiempo. El primer periodo puede durar muchos años y entonces el gobierno triunfa. El segundo periodo dura solo un pequeño periodo. En Alemania, el primer periodo duró desde el 1 de agosto de 1914 hasta el final de septiembre de 1923; el segundo periodo duró solo tres o cuatro semanas. El segundo periodo en Alemania se caracterizó por el hecho de que a los trabajadores se les pagaba por adelantado todas las mañanas. Sus mujeres iban con ellos al trabajo, cada hombre recibía su dinero, se lo daba inmediatamente a ella y esta iba inmediatamente a la tienda más cercana a comprar algo (lo que fuera) solo para deshacerse del dinero. Comprar algo era mejor que guardar un dinero que mañana habría perdido valor.

Esas aventuras inflacionistas se han producido varias veces a lo largo de la historia. La mayoría las detuvieron los gobiernos antes del segundo periodo. Las tres veces más importantes en que la inflación ha seguido su curso son (1) Estados Unidos con la divisa continental en 1781, (2) Francia en 1796 y (3) Alemania en 1923.

También ha habido inflaciones en otros países más pequeños, como Hungría, pero no fueron tan importantes.

La situación de los estados sureños con su moneda de la Confederación en 1865 fue otra historia. Podría decirse que fue diferente porque el propio gobierno confederado se vino abajo con la derrota de sus fuerzas.

En el siglo XX, Karl Helfferich [1872-1924], un excelente escritor y un economista bien dotado, pero a quien le faltaban las cualidades que hacen que un hombre pueda sostener en público sus opiniones, inventó un lema: el dinero de la nación victoriosa resultará ser mejor y mantendrá su valor después de una guerra. Pero esto no ha sido así a lo largo de la historia. En América en 1781, las colonias alcanzaron la victoria, acababan de derrotar a un gran país, Gran Bretaña, y aun así la divisa continental degeneraba. También en 1796 Francia había tenido éxito en sus campañas militares y aun así sufría inflación. Helfferich se equivocaba doblemente en lo que se refería a Alemania: primero, en pensar que Alemania ganaría la Primera Guerra Mundial y segundo en creer que su dinero, como dinero de una nación victoriosa, sería necesariamente bueno. Helfferich no se dio cuenta de que no importa si un país es rico o pobre: en lo que se refiere a la inflación, lo que importa es su base para poner en circulación dinero adicional.

Toda inflación que no se detiene a tiempo consta de dos periodos: el catastrófico auge que se desmorona, que no es en absoluto bienvenido, y la inflación desbocada. Las cosas ocurren así debido a una ley económica. La duración del primer periodo depende de condiciones que podemos llamar psicológicas: depende de la mentalidad de la gente, de su juicio, de su confianza en el gobierno. Y depende de sus ideas, de la pseudoeconomía con la que se la haya adoctrinado. Así que es imposible estimar cuánto durará el primer periodo.

Los alemanes estaban sin duda adoctrinados. Tenían confianza en su gobierno. Todavía el 9 de octubre de 1918 creían que ganarían la guerra y pensaban que su dinero estaba a salvo. Culpaban a los especuladores de que aumentara el precio del dólar de EE. UU. Los rudos granjeros del siglo XVIII en Estados Unidos y

en Francia tenían mejor juicio en estos asuntos que los sofisticados banqueros en Alemania, No olvidemos que los bancos alemanes quebraron en este periodo porque ignoraban los problemas que implicaba la inflación.

Esto nos lleva a una explicación de por qué los controles de los precios no pueden funcionar. El gobierno aumenta la cantidad de dinero. Esto es la inflación. Todos tienen más efectivo en sus bolsillos que antes. El resultado es que el individuo tiene un exceso de dinero que no ha gastado en su consumo cotidiano. Para él, esto es un exceso de efectivo. Si no elige comprar algún bien de lujo, quiere invertir una parte. El hombre pequeño invierte en banca de ahorro o pólizas de seguros. La gran empresa entra directa o indirectamente en el mercado del préstamo con esta cantidad. Durante un tiempo, el gobierno consigue mantener bajos los precios. El control de precios no elimina el peligro. Pero al facilitar a la gente comprar a precios bajos lo que hubiera comprado de todas formas, aumenta la cantidad de dinero en sus bolsillos, en sus existencias de efectivo, que están disponibles para otras adquisiciones.

Las inflaciones de las dos guerras mundiales en este país fueron comparativamente tibias porque una gran parte de aquellos trabajadores que habían ganado dinero adicional tendió a aumentar sus existencias de efectivo durante la guerra. El pequeño trabajador realmente aumentó sus existencias de efectivo previendo un movimiento de posguerra y porque algunos bienes no se podían obtener durante la guerra: radios, neveras, automóviles y otras cosas. Esta es una característica del primer periodo de inflación. Recordad al ama de casa que dice: «guardemos el dinero, ya que los precios serán menores el año que viene». Pero tan pronto como la gente descubre que las cosas pueden ser distintas, puede producirse la catástrofe. Estas explicaciones del hombre sencillo hacen crítica y peligrosa la situación.

Hoy [1951] sigue habiendo una resistencia poderosa a la inflación. Se sigue hablando mucho acerca de la necesidad de restringir la inflación. Es verdad que el 90% de lo que se dice son tonterías como, por ejemplo, planes para ocultar los efectos inevitables de la inflación mediante controles de precios. Aun así,

mientras haya esa resistencia y mientras el gobierno y el Congreso se vean obligados a reconocer que hay un peligro en la inflación, este peligro todavía no será grande. El desplome se produce cuando los cargos públicos dejan de preocuparse por lo que ocurre y teme que posteriormente no pueda conseguirla.

Durante la última guerra mundial, en la mayoría de los países a los economistas se les impidió contar lo que estaba pasando en su país debido a la censura. O se les impedía hablar porque estaban en el ejército. Pero en la Primera Guerra Mundial no estuvieron implicados todos los países. En Suecia, que era neutral, había un economista, el profesor Gustav Cassel [1866-1945]. Como neutral, tuvo el privilegio de visitar Alemania durante una semana, Inglaterra a la siguiente y entre medias de parar en Holanda y Bélgica. Escribió acerca de lo que vio. Cassel dijo a los alemanes: «Estáis inflando vuestra moneda y vuestros beneficios no son reales, sino una ilusión». Les dijo que debían eliminar el dinero adicional del sistema (1) mediante impuestos y (2) mediante préstamos. Pero los alemanes no se atrevieron gravar a aquellos que habían recibido la parte extra del dinero. Probaron con un impuesto a los beneficios excesivos, que solo eliminó una pequeña parte. Intentaron préstamos siguiendo esa indicación: tras comprar 100 marcos de un préstamo de este tipo, el ciudadano solo tenía que pagar 17 marcos y los 83 restantes se conseguían imprimiendo billetes nuevos por parte del gobierno. Así que cada nueva emisión de bonos significaba un aumento en la cantidad de dinero. Esto demuestra que incluso el mejor consejo es inútil en manos de personas que no tienen las mismas ideas.

Ahora quiero ocuparme del segundo problema. En la segunda parte del siglo XVIII, Gran Bretaña seguía un patrón oro. Eso era evidente para todos, porque había monedas de oro en uso todos los días en las transacciones cotidianas. También se usaban billetes del Banco de Inglaterra y, ya en ese tiempo, empezaba a usarse el dinero en cheques. Los billetes se usaban como sustitutivos del dinero y eran redimibles inmediatamente, sin retrasos ni excusas. Este era el patrón oro que existía en Inglaterra en el siglo XVIII y el que se fue adoptando a lo largo del siglo XIX por los países

continentales más importantes de Europa: Francia, Alemania, Holanda, Bélgica y los países escandinavos.

Adam Smith había sugerido que, si todos los viajes pudieran hacerse por el aire, el terreno que entonces se usaba para carreteras podría dedicarse a un uso más productivo, como a cultivos. En la misma línea, los economistas empezaron a preguntarse si era realmente necesario o no que la humanidad dedicara una parte de su trabajo y sus preocupaciones a la producción de metales preciosos para tener una buena moneda. Si se pudiera crear una moneda con menos gastos, sería mejor. En 1819, Ricardo razonaba que se podían evitar las monedas de oro y tener solo billetes que fueran redimibles, no en moneda, sino en lingotes, oro en barras. Este oro en barras podía usarse para transacciones internacionales. Esto ahorraría el dinero dedicado a fabricar monedas de oro en denominaciones pequeñas. Durante más de 60 años, la sugerencia de Ricardo quedó como «letra muerta».

En la década de 1870, los países que estaban pasando por malos tiempos financieros y aun así querían continuar en el patrón de la manera menos onerosa descubrieron esta solución de Ricardo. Se llamó el «patrón oro cambio». Hacia el final del siglo XIX y principios del XX, muchos países adoptaron este tipo de patrón oro cambio. Solo se diferenciaba en grado del patrón oro clásico. Por parte del público estadounidense, el profesor Jeremiah Jenks [1856-1929] de la Universidad de Nueva York estudió el patrón oro cambio en Extremo Oriente (Malasia, Indias Occidentales Británicas, etc.). Estaba entusiasmado, como su ayudante, el profesor Edwin Walter Kemmerer [1875-1945]. La gente no veía nada cuestionable en esta teoría. No puedo decir que yo estuviera entusiasmado, pero no veía ninguna razón por la que no pudiera adoptarse. Un economista alemán dijo que, al concentrar todo el oro en las manos del gobierno, las cosas podrían ser más sencillas en tiempo de guerra. Lo que hace esto es facilitar al gobierno manipular la moneda, lo que siempre significa manipularla a la baja, abriendo así el camino a la inflación. Cuando un país tiene un patrón oro cambio y no hay oro circulando diariamente, nadie se da cuenta de lo que

significa que el gobierno declare que los billetes ya no son redimibles.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, todos los países pasaron al patrón oro cambio. Seguía quedando un poco de oro en circulación, pero no mucho. Incluso los países que seguían el patrón oro se habían aproximado gradualmente al patrón oro cambio cada vez más. Pronto se implantaron en todos los países patrones de moneda fiduciaria en lugar del patrón oro cambio. Después de la guerra, todos los países ansiaban volver lo más rápido posible al patrón oro. Pero la mayoría solo volvió al patrón oro cambio al hacer la moneda nacional redimible en moneda extranjera y dando esta a la gente en lugar de oro. Pero en 1929, con la crisis, la gente empezó a defender otras cosas.

El patrón oro cambio con una paridad flexible se conocía como el patrón flexible. Cuando los bancos habían emitido billetes, en realidad redimían dinero: una discrepancia de un décimo en la paridad a la que se redimían los billetes se consideraba una desgracia. (Por cierto, en la década de 1870, la banca francesa estaba centralizada en París y el oro estaba en París, que estaba en las manos de los comunistas. Aun así, incluso un desvío de la paridad de un 5% en la moneda se consideraba terrible. Hoy [1951] una moneda se considera estable si no se desvía más de un 20%). La redención de sus billetes por parte de los bancos centrales estaba controlada por el público, porque los bancos centrales estaban obligados a publicar una memoria cada semana haciendo pública toda la situación.

Poco a poco, los gobiernos fueron consiguiendo la oportunidad de reemplazar el patrón oro cambio por el patrón flexible, lo que significaba que la paridad ya no estaba determinada por la ley, sino quizá por un burócrata. Las transacciones se transferían del banco a un nuevo agente. En Gran Bretaña era la Exchange Equalization Account. Para empezar, la paridad ya no estaba fijada de la misma manera que antes: estaba rodeada de secreto. De vez en cuando los periódicos publicaban alguna declaración de que la moneda era más débil, lo que significaba que los burócratas habían cambiado la paridad un poco. De vez en cuando había cambiado algo más,

dependiendo del país y otras cosas. La devaluación podía producirse incluso en un país teóricamente gobernado por métodos democráticos. En Suiza en 1936, incluso después de haber dado grandes garantías de que el franco suizo no se devaluaría, se hizo en media hora mediante una reunión del Parlamento. En realidad, no tenían opciones: las políticas anteriores, como las subvenciones a la agricultura, el sector relojero los hoteles y otros los habían puesto bajo los focos. E incluso en esa democracia el cambio se logró por medio de acción administrativa.

El patrón flexible fue defendido por Keynes y sus seguidores como algo bueno, pero desapareció cuando se sustituyó por algo aún más «grande». La vuelta al patrón oro de Gran Bretaña a 4,86\$ de EE. UU. en abril de 1925, había llevado a precios más altos en las importaciones, una disminución de las exportaciones y desempleo. En 1931 [el 21 de septiembre], Gran Bretaña abandonó el patrón oro y se dejó flotar el valor de la libra esterlina. Bajó.

El dinero es como cualquier otro producto. Como no hay aduanas entre Manhattan y Brooklyn, los precios aumentan entre los dos barrios solo los costes de transporte. Si hubiera una aduana, las condiciones serían distintas. Lo mismo pasa con el dinero. Si Brooklyn tuviera un sistema monetario distinto del de Manhattan, el tipo de cambio entre estas dos monedas se establecería a un nivel en el que no supondría ninguna diferencia que el producto se comprara en un lugar u otro. Si apareciera alguna diferencia, aparecería inmediatamente una oportunidad para hacer algún negocio ventajoso. Esta ventaja continuaría hasta que desapareciera la diferencia.

Hablamos de la misma manera de la devaluación de Gran Bretaña en 1931 cuando abandonó el oro y de su devaluación de hace dos años [el 18 de septiembre de 1949] cuando el tipo cambió de 4,03\$ a 2,80\$. Pero estas son dos cosas absolutamente distintas: no tienen nada en común. En 1931, cuando los británicos abandonaron el patrón oro, se redujo la cantidad de moneda extranjera u oro que un billete británico era capaz de obtener. Por este medio se pretendía mantener estable la divisa británica en relación con las demás divisas. El gobierno británico asumió un

monopolio en el comercio de moneda extranjera y oro y asimismo el derecho a expropiar moneda extranjera. Al revaluar, lo que tenían en mente era cambiar el tipo al que los tenedores británicos de moneda extranjera se verían indemnizados por un lado y por otro el tipo al que el importador conseguiría su moneda extranjera del gobierno británico.

Hace dos años, en Gran Bretaña, la paridad del 4,03\$ era un hecho histórico como cualquier otro. Era una paridad de hecho: era la norma legal para la expropiación de los británicos que poseían moneda extranjera y el precio que tenían que pagar por la moneda extranjera. Pero en realidad la libra en el mercado mundial solo valía más o menos 3,00\$. En un tratado con Estados Unidos, el gobierno británico prometió que en cierta fecha volverían a redimir su moneda con oro, dólares y similares. Pero el gobierno británico ya no tenía asesores economistas bancarios sensatos. No habían considerado lo que significaría que fuera posible redimir la moneda en Londres en una relación de tres por cuatro: cualquiera en el mundo sería capaz de comprar una libra por 3,00\$ fuera del Reino Unido y luego vender esa misma libra a Gran Bretaña por 4,00\$. Después de cuatro o seis semanas descubrieron que esto era algo completamente fuera de la realidad.

Séptima conferencia

El patrón oro: Su importancia y restauración

El asunto que quiero tratar esta noche representa una excelente oportunidad para ilustrar uno de los puntos indicados en las conferencias sobre epistemología: explicar la diferencia entre ideas económicas y juicios de valor. Como persona, tengo una idea muy concreta del problema político afectado. Lo importante es que todo el que quiera llegar a ese juicio de valor debería saber por qué está haciendo esto y debería entender las consecuencias de su acción.

La cuestión es cómo volver al patrón oro. Y a qué paridad debería realizarse la vuelta de Estados Unidos a un patrón oro. Suponemos que *deberíamos* volver a un patrón oro. Un sistema fiduciario no puede durar eternamente y algún día debe llegar a su fin. El patrón oro, bajo las condiciones actuales, es el único patrón que hace que la determinación del poder adquisitivo del dinero sea independiente de las ideas cambiantes de partidos políticos, gobiernos y grupos de presión. La cuestión es cómo debería llevarse a cabo esta vuelta: ¿aceptando un precio del oro de 35\$ la onza? ¿O determinando el precio de la onza de oro de acuerdo con las condiciones del mercado en el momento de la transición?

Para empezar, debemos saber por qué son importantes estos problemas. Son importantes porque los cambios en el poder adquisitivo de la unidad monetaria deben producir necesariamente consecuencias sociales con respecto a la renta y riqueza de los diversos miembros de la sociedad. Si los cambios producidos por un cambio en la relación monetaria, es decir, por un aumento o disminución en la cantidad de dinero en relación con los bienes y servicios, afectaran a los diversos productos y servicios en el mismo grado y al mismo tiempo, las únicas consecuencias serían sus repercusiones sobre el contenido de los antiguos contratos con respecto a pagos aplazados, préstamos y similares.

Ocupémonos de las consecuencias sociales debidas al desequilibrio y la falta de sincronización en el cambio de poder adquisitivo producido por la inflación y la deflación. Si estos cambios se produjeran en todos los sitios y al mismo tiempo, la gente descubriría una mañana que el poder adquisitivo de la unidad monetaria ha cambiado por la noche. Pero en todo caso aquí no habría diferencias; los precios de los servicios que habían estado vendiendo también habrían cambiado en la misma cantidad y dirección.

En la inflación, la cantidad adicional de dinero entra en el sistema económico a través de la riqueza o renta de personas concretas. Si el gobierno imprime el dinero, el gobierno es el primero en conseguir el nuevo dinero. Demandas y ofertas adicionales aumentan los precios de los productos que el gobierno quiere adquirir. Las personas que venden los productos que quiere el gobierno venden a precios más altos. Luego los trabajadores y empresarios de municiones y los soldados reciben todos más de lo que recibían ayer. Estas personas en cuyas existencias de efectivo aparece el dinero adicional, están en disposición de ser capaces de ofrecer más dinero por sus compras. Tienen más dinero y mayores ingresos. Por consiguiente, pueden gastar más y ofrecen más dinero por los productos que compran. Pero esa gente no compra de todo. Tal vez compren bebida, pero no libros.

Ahora hay un segundo grupo favorecido por el aumento en la cantidad de dinero, supongamos que son los fabricantes de bebidas que están obteniendo más por los servicios y productos que venden. Los miembros de este segundo grupo están ahora en una situación favorable porque los servicios y productos que desean comprar todavía no se han visto afectados. Pero a otras personas (como maestros o sacerdotes, por ejemplo) se les sigue pagando al mismo nivel y, a pesar de que el dinero adicional no ha afectado a los servicios que están vendiendo, deben pagar más por los productos cuyo precio otros han hecho subir.

En ese periodo inflacionista hay perdedores y ganadores. Los ganadores son los trabajadores del sector de las municiones, los que venden los productos que aumentan de precio antes que los

productos que compran. Mientras esto continúe, habrá problemas todos los días. Los ganadores están satisfechos y callan: no escriben cartas al director para decir que esto es maravilloso. Los artistas, vendedores de bebidas y otros hacen buenos negocios en ese momento (son los ganadores) y no hablan, pero disfrutan de su prosperidad y gastan. Los perdedores son todo lo contrario. Los desaventajados lo sienten. El ama de casa cuyo marido sigue ganando el mismo salario y tiene varias bocas que alimentar está en desventaja. Hasta que se acabe la inflación, y durante bastante tiempo más, habrá perdedores y ganadores, porque existen esos desajustes. En público, solo se oyen las voces de los perdedores.

En deflación, ocurre lo mismo, pero en sentido contrario. Hay una disminución en la cantidad de dinero. Aquellos cuyos precios caen primero son los perdedores, los ganadores son aquellos cuyos precios caen al final.

Estos cambios de precios son los efectos más espectaculares de los cambios inflacionistas y deflacionistas en la cantidad de dinero.

Otra característica de la inflación es que todos los pagos diferidos han cambiado de importancia. Si en vísperas de la inflación se han tomado prestados 100\$ que entonces compraban diez A y después de seis meses, como consecuencia de la inflación, 100\$ solo pueden comprar cinco A, lo que se devuelve al prestamista es mucho menos que antes. Por tanto, se puede tomar prestado el dinero, comprar diez unidades de A, esperar seis meses y vender cinco unidades de A por valor de 100\$ para liquidar el préstamo y el beneficio neto de la inflación serán cinco unidades de A, la ganancia como deudor. El hombre que ahorra, el acreedor se ve dañado por la inflación. Para tratar los problemas actuales, hay que tener en cuenta estos problemas.

Antes de la guerra de Gran Bretaña contra Napoleón desde el inicio del siglo XIX hasta 1815, había existido en Inglaterra el patrón oro clásico: había monedas de oro y billetes del Banco de Inglaterra que se usaban como sustitutos del dinero. Los billetes del Banco de Inglaterra podían redimirse en oro a la vista: el papel era un sustituto del dinero. Como la gente podía conseguir dinero sin demora, los ingleses aceptaban los billetes sin recelos. Esto dio al

gobierno la idea de tomar prestado del Banco de Inglaterra y descubrió que era la manera más sencilla de conseguir dinero. Como consecuencia de estos préstamos, la cantidad de dinero nacional aumentó y los precios subieron. Con el aumento de precios en Gran Bretaña y no en otros países, los comerciantes encontraron ventajoso importar. Para pagar estas importaciones era necesario exportar oro. Así que cada vez más gente pedía la redención de sus billetes. Los gestores del Banco de Inglaterra se alarmaron y temieron una quiebra. El gobierno sugirió una solución sencilla: aprobaron una ley eximiendo al Banco de Inglaterra de la obligación de redimir sus billetes y suspendieron el pago en metálico. La ley hizo que la declaración en los billetes de que podían redimirse resultara un sinsentido.

El gobierno tomaba prestado cada vez más. Eso hizo que el oro aumentara de precio. Las monedas de oro tenían una prima adicional. El tipo oficial antes de las guerras napoleónicas era de una onza de oro por 3 libras, 17 chelines y 10 peniques y medio. En 1814, poco antes del fin de la guerra, el precio real para los billetes del Banco de Inglaterra era de 5 libras y 4 chelines. El precio del oro había subido casi un 50% en términos de libras esterlinas; en otras palabras, el valor de la libra esterlina había caído.

Después de que acabara la guerra de Gran Bretaña contra Francia, Gran Bretaña decidió volver al patrón oro. El único método considerado fue deflacionar y volver a la paridad anterior a la guerra: 3 libras, 17 chelines y 10 peniques y medio. Así que redujeron la cantidad de dinero: contrajeron. Para deflacionar, el gobierno debe tomar prestado de la gente, no de los bancos. Y no debe gastar el dinero que entra: debe destruirlo. Es tan difícil como se puede imaginar. Raramente se encuentra un ministro de finanzas que esté dispuesto a hacer esto. Pero ocurrió esa vez, porque creían que era la única vía «honrada» y «justa».

Veamos entonces lo «justo» y «equitativo» que es ese método. Si un hombre hubiera contratado un préstamo antes de 1797 y todavía no lo hubiera devuelto, podría ser correcto decir que debería pagar el valor previo a la guerra. Pero no olvidéis que mucha gente había tomado prestado dinero durante el periodo de la suspensión del

pago en metálico por parte del Banco de Inglaterra. Especialmente, muchos granjeros británicos que querían mejorar sus propiedades para ayudar a Inglaterra a sobrevivir a la guerra cuando las importaciones no eran fáciles, habían hipotecado sus granjas y recibido las devaluadas libras «ligeras». ¿Y ahora venía una ley que les obligaba a pagar en libras «pesadas»? ¿Es esto «equitativo»? ¿Es esto «justo»?

Para esos granjeros hubo otra complicación más. Cuando volvió la paz, las importaciones aumentaron y tuvieron que competir contra más importaciones que antes de la guerra. Mientras sus deudas y pagos de intereses y principal aumentaban, el precio de sus productos caía. Estos dos factores contribuyeron a una tremenda crisis agrícola en Gran Bretaña en la década de 1820. Entre las consecuencias importantes de esta crisis estuvo una intensificación de las Leyes del Cereal, que posteriormente se abolieron en la década de 1840.

El gobierno también había tomado prestado y había tomado prestadas libras «ligeras». Pero, de acuerdo con la nueva ley, el gobierno (que eran los contribuyentes), tuvo que pagar en libras «pesadas». Así que se concedió un privilegio a aquellas personas que habían comprado bonos públicos con libras «ligeras» y a quienes se les pagaba con libras «pesadas».

También se produjeron todas las consecuencias de los cambios de precios. Esto produjo un impulso muy poderoso para la inflación en Gran Bretaña, liderada por el llamado grupo de «partidarios de los chelines pequeños de Birmingham». Después de unos años, cuando se terminaron todos los cambios, la crisis desapareció. Parte de la nación se había enriquecido a costa de otros que se habían empobrecido. Por fin Inglaterra disfrutaba de nuevo de una moneda estable.

Durante la Primera Guerra Mundial, el gobierno británico volvió a dedicarse a la inflación. La libra se devaluó frente a su equivalente en oro. Otra vez después de la guerra el gobierno quiso volver al patrón oro. Pero esta vez tampoco se dieron cuenta que volver al patrón oro a la paridad con la libra anterior de la guerra generaría una secuencia de eventos similar a la que se había producido

después de las guerras napoleónicas. Era inexcusable que el gran Imperio Británico no supiera cómo abordarlo. No entendían la teoría ni entendían la historia. Habían tenido la experiencia, pero no se habían dado cuenta. La situación fue una vez apropiadamente descrita por un sueco [el conde Oxenstierna], que dijo: «Tú no sabes, hijo mío, con qué poca sabiduría se gobierna el mundo».

En 1922, Lord Keynes ya había escrito un libro en el que señalaba que la estabilidad nacional es más importante que la estabilidad de los tipos de cambio exterior. Recuerdo cuando tuve una charla con un banquero inglés, no un activista socialista, unos años antes de que ocurriera esto, quien me dijo: «El pueblo inglés nunca volverá a tener que pagar un tipo superior de interés por el oro a los usureros del mercado mundial para mantener la paridad de una divisa británica». Ya veis que estas eran la ideas que prevalecían. Y lo mismo pasaba en este país.

Cuando Gran Bretaña volvió al patrón oro después de la Primera Guerra Mundial, el Canciller de la Hacienda en ese momento [1925], Mr. Winston Churchill, volvió a la paridad de la libra anterior a la guerra. No sabía que las condiciones eran distintas en Gran Bretaña que en otros países. Londres era el centro bancario del mundo antes de la Primera Guerra Mundial y, por esta razón, otras naciones tenían considerables cantidades de depósitos en bancos británicos. Cuando llegó la guerra, a estos depósitos extranjeros se les llamó «dinero caliente», porque los depositantes temían la inflación y la devaluación de la libra. Ansiaban retirar su dinero, pero esperarían si creían que Gran Bretaña volvería a la paridad anterior a la guerra.

Los británicos no sabían qué estaban haciendo en 1925 al volver al patrón oro. Incluso el hombre más lerdo de Inglaterra debía haber sabido que los sindicatos británicos eran inflexibles en sus reclamaciones de salarios superiores y que dichos salarios habían aumentado hasta el punto de que había un desempleo permanente, con millones de personas sin trabajo. Aun así, ante una situación como esa, el gobierno británico aumentaba el valor de la libra. Hicieron a la libra «ligera» una libra «pesada», aumentando así los salarios reales de los trabajadores sin ningún cambio en el número

de puestos de trabajo. El resultado fue que los costes británicos de producción, que ya estaban altos con los niveles salariales existentes, demasiado altos para el mercado mundial, todavía aumentaron más.

Gran Bretaña cometió un grave error al volver a la paridad de la libra previa a la guerra en 1925. Esto aumentaba los ingresos de las personas que habían comprado bonos o prestado dinero de cualquier otra forma en libras «ligeras». El gobierno tenía que recaudar más en impuestos para pagar esos bonos en libras «pesadas». Fue una catástrofe. Reino Unido no podía alimentar ni vestir a su población con sus recursos nacionales: tuvo que importar comida y materias primas y pagarlas con bienes manufacturados, la mayoría fabricados a partir de materias primas importadas. Se encontraron en una situación en la que eran incapaces de exportar lo suficiente como para mantener su nivel de vida. Los sindicatos no tolerarían una reducción en los salarios.

Para evitar dañar los intereses de aquellos que prestaron libras «pesadas», no habría sido necesario volver a la paridad anterior a la guerra. Podía haberse dispuesto que un préstamo contratado en 1910 se liquidara con una cantidad mayor de libras que cuando se contrató. Aunque esto podría haber ayudado, no habría sido necesariamente «justo» o «equitativo», pues el bono podía haber cambiado de manos varias veces.

Debido a los problemas que se fueron sucediendo, el gobierno capituló en 1931, devaluando la libra cuatro veces más de lo que se había devaluado antes de 1925. Esto significaba que Gran Bretaña, todavía una gran nación acreedora, regaló cientos de libras a deudores extranjeros, quienes, después de 1931, podían pagar sus deudas en libras «ligeras». ¿Qué clase de estadistas eran estos? Winston Churchill, como Canciller de la Hacienda, estuvo mal aconsejado.

En Estados Unidos tenemos la pregunta de cómo volver al patrón oro. En mi opinión, no cabe duda de la necesidad de hacerlo. Pero la cuestión es a qué paridad deberíamos volver. ¿Debería determinarse mediante estabilización, por la abolición de las leyes contra la tenencia de oro y dejando de aumentar la cantidad de

dinero? En un corto periodo de tiempo, después de algún regateo, habría un precio para el oro que apenas afectaría al poder adquisitivo. Se podría luego volver al patrón oro. Dejando aparte el problema de las deudas antiguas, no cambiaría nada, no destruiría todo el sistema económico.

Pero hay entre la minoría favorable a un retorno al patrón oro algunos hombres muy eminentes que están a favor de recuperar el pago en metálico a un tipo de 35\$ la onza. Dicen que es la única solución «honrada». No sé por qué estos caballeros están precisamente a favor de los 35\$. Hay que estabilizar el valor del dinero al valor actual del oro sin deflación. Volver al patrón oro a 35\$ la onza de oro causaría deflación, porque hoy [1951] 35\$ ya no se considera el equivalente a una onza de oro. El precio del oro es muy superior, como puede verse en la cotización del dólar estadounidense en Suiza y otros países. Si el gobierno estadounidense redimiera el dólar a 35\$ habría una enorme retirada de oro de este país, lo que haría muy impopular la medida.

Si se quiere deflacionar después de considerar todas las enormes desventajas de la deflación, si se quiere volver a un valor antiguo que solo tiene un valor teórico, ¿por qué volver al valor del New Deal, que nunca fue sino un fantasma en los libros legales y nunca tuvo ninguna importancia real para los estadounidenses? ¿Por qué no volver al antiguo dólar original de Estados Unidos: 20,67\$? ¿Por qué precisamente al dólar del New Deal? Dicen que es el dólar legal. Por supuesto, 35\$ es el tipo para los extranjeros, no para los estadounidenses (es un delito para los estadounidenses poseer oro) al que se realizan los tratos públicos del gobierno. [La prohibición de la posesión de oro en este país se ha derogado desde entonces. En enero de 1975, los ciudadanos de EE. UU. recuperaron la libertad de comprar y poseer oro]. Muchos productores de oro se han visto obligados a venderlo. Pero 35\$ no es la paridad real de mercado para el oro. No veo por qué nadie debería querer asumir el desastre de un movimiento deflacionista. La deflación es muy impopular. Su impopularidad se exagera, pero no podría funcionar porque la gente se opone mucho a ella.

Solo veo una forma de volver al patrón oro: derogar todas las leyes contra la tenencia de oro, restablecer el mercado del oro y ver a qué tipo se estabiliza. Esto causaría la mínima perturbación. La mayor parte del oro está fuera de este país. El gobierno de EE. UU. podría quedarse quieto durante un tiempo y no entrar en el mercado del oro. Habría una caída en el precio del oro en el mercado negro. Nadie puede saber por adelantado cuál sería el precio libre del oro, pero imagino que estará entre los 38\$ y los 40\$. Entonces podríamos tener un patrón oro.

Como ciudadano, tengo mi opinión. No digo que sea erróneo o poco honrado defender un retorno al oro a 35\$ la onza, pero digo que se esta viviendo en un mundo ilusorio si se cree que es posible presentar al pueblo estadounidense un programa deflacionista como sería la vuelta al tipo de 35\$. 35\$ es solo el tipo de Mr. Morgenthau [secretario del tesoro durante el New Deal de FDR]. ¿Por qué usar el dólar del New Deal? Por lo que sé de sus defensores, no les entusiasma mucho el New Deal. El tipo del oro de 35\$ empezó en 1934, pero desde entonces han pasado dieciocho años.

Alguna gente cree que la inflación se cura causando deflación. Es un poco como sugerir que para curar a un hombre que ha sido atropellado por un automóvil que iba del sur al norte, deberías atropellarlo de nuevo yendo del norte al sur.

Estoy de acuerdo en que será difícil volver al patrón oro. Pero el primer paso es restablecer el mercado del oro. Al final habrá un precio del oro. Al principio el gobierno podría decir que no va a vender más oro a este precio del que haya vendido de media, por ejemplo, durante los últimos diez años.

Estados Unidos abandonó el patrón oro porque creía que la inflación era beneficiosa. Quería ajustar el patrón de acuerdo con los precios. Imitó a Gran Bretaña, que abandonó la antigua paridad en 1931. Había depresión y desempleo en Estados Unidos y por consiguiente era necesario ajustar los salarios a la baja. No se hizo. Las devaluaciones de 1931 en Gran Bretaña, de 1934 en Estados Unidos y de 1935 de la Unión Monetaria Latina tuvieron lugar porque los gobiernos y los pueblos era demasiado débiles como para resistirse a los sindicatos. Los sindicatos creían que, cuanto

mayores fueran los sueldos, mejor para los trabajadores. Pero si los salarios suben por encima del mercado, la consecuencia es un desempleo permanente. No crean que estoy a favor de niveles salariales bajos. Sin embargo, los niveles salariales bajos eran la consecuencia necesaria e inevitable del hecho de que había cada vez más barreras comerciales y cada vez más consumo de capital en el mundo. Los aranceles reducen la producción en todo el mundo y los niveles salariales deben bajar. Los precios se ajustan de acuerdo con esa pauta. Las barreras comerciales cambian. La producción va de aquellos lugares en los que una entrada inferior produce una salida mayor a lugares en los que pasa lo contrario.

Digamos, por ejemplo, que si el gobierno portugués aumenta el arancel para algo que los británicos solían exportar a Portugal y consecuentemente se desarrolla en Portugal una industria de este tipo para el que las condiciones en Portugal eran muy desfavorables y donde, por tanto, los costes de producción son mayores y los británicos se ven forzados a restringir sus exportaciones y deben desarrollar otros sectores para los que las condiciones en Gran Bretaña son muy desfavorables, el resultado es una caída general en la productividad en todo el mundo. Junto con esto está la necesidad de consumir menos, lo que significa, para el trabajador, menores niveles salariales. Y no se pueden cambiar los bajos niveles salariales mediante huelgas. Los piquetes no mantienen altos los salarios.

Por tanto, si alguien dijera que fue la primera vez en la historia mundial que un país abandonaba el patrón oro cuando no había razón para hacerlo, yo diría que no es exactamente la primera vez.

La cantidad de las reservas de oro no importa. Si no hay ninguna razón especial para reducir las reservas, se debe hacer esta transición a un patrón oro a un tipo al que las transacciones actuales no cambien la cantidad de oro. Lo principal es encontrar la paridad a la que el mercado puede mantenerse sin transferencia de oro.

El mercado negro es un mercado. No hay nada «negro» en él. El precio en un mercado negro tiene en consideración el riesgo. Si la negritud se elimina de este mercado, los precios probablemente caen. Lo mismo pasaría con el oro.

No creo que el peligro de una inflación desbocada sea inminente, porque hay suficientes personas poderosas que se oponen a ella como para impedirla.

Estoy a favor de las monedas de oro, de modo que el individuo se vea implicado, de modo que se dé cuenta de cuándo tiene lugar la más mínima inflación. El hecho de que el ciudadano individual pueda ver cuándo cambia la situación es uno de los controles más importantes de la Constitución contra la inflación.

El mundo está en un patrón oro, pero Estados Unidos está en un patrón papel. Es posible económicamente, pero no políticamente, una vuelta al patrón oro. El actual gobierno está construido sobre un gasto doméstico tan grande que, si la gente no se opone activamente, el gobierno siempre infla. La ventaja del patrón oro es que el poder adquisitivo depende de condiciones que no están sometidas a gobiernos, partidos políticos y códigos, creencias y deseos cambiantes.

No hay nada divino en el patrón oro, pero hay algunas razones a su favor. El patrón oro es una institución humana. Se ha llegado a su uso a través de la historia. El patrón oro impide que el gobierno aumente la cantidad de dinero mediante inflación.

Es imposible mantener estable una moneda fiduciaria. Un economista muy capaz, aunque algunas veces fantaseaba bastante, el difunto Irving Fisher [1867-1947], estaba convencido de que se podía medir el poder adquisitivo del dinero. Hablaba acerca de una cesta de la compra llena con el equivalente a 10\$ de compra. Creía que el propósito de mantener estable el poder adquisitivo era hacer que la unidad monetaria siempre pudiera comprar la misma variedad de productos. Esto es maravilloso si se elige como referencia mundial una referencia concreta en un momento concreto. Pero solo por un corto periodo de tiempo, pues las compras de cada persona son distintas y las compras de cada persona varían con el tiempo a lo largo de su vida. ¿Cuánta gasolina compra una abuela? ¿Cuánto en papillas cuando los hijos están en la universidad?

Irving Fisher se olvidaba de los desequilibrios y solo trataba los mercados como un patrón para pagos diferidos. Empezó su movimiento en el campo de la estabilidad monetaria cuando la caída

del poder adquisitivo no era muy grande. Lo empezó porque estaba a favor de los acreedores, lo que es notable en sí mismo porque muy pocas personas están a favor de los acreedores. Por lo general, la gente está a favor de un movimiento lento y constante a la baja del poder adquisitivo, que favorece a los deudores.

La moneda fuerte es aquella en la que los cambios de poder adquisitivo son muy lentos, de forma que no afectan gravemente a los negocios.

Gladstone dijo que ni siquiera el amor ha hecho enloquecer a tanta gente como el dinero.

Octava conferencia

El dinero, el crédito y el ciclo económico

La aparición de los sustitutivos del dinero es muy conocida. La gente en Gran Bretaña solía guardar depósitos de oro con los orfebres de Londres. Posteriormente, estos empezaron a usar los recibos de los orfebres como sustitutivos del dinero en transacciones y ahorros. La diferencia entre un recibo que da derecho a una persona a una cantidad concreta de dinero y un recibo que le da derecho a una cantidad concreta de pan es que debe hacer efectivo el recibo del pan, aunque pueda usar el dinero del recibo para conseguir pan, siempre que el panadero considere el dinero del recibo como algo de valor y quiera usarlo como efectivo.

Los orfebres pronto descubrieron que podían emitir más recibos de dinero, más sustitutivos del dinero, del oro que tenían en reserva. Esto significaba un añadido a la cantidad de dinero de la nación en forma de medios fiduciarios y certificados monetarios, por encima de la cantidad de oro en reservas. Aparece un problema, porque pueden crearse medios fiduciarios de la nada y teóricamente no hay ningún límite, o eso parece.

La creación de medios fiduciarios representa un factor que genera un aumento en los precios. Si los medios fiduciarios aparecen en el mercado de los préstamos, como una oferta adicional de dinero de préstamo, hay otro efecto más: la mayor oferta causa, inmediata y temporalmente, una reducción en el tipo de interés. No puede discutirse que el tipo de interés es un fenómeno del mercado que deriva de las preferencias temporales de los individuos: no es solo un fenómeno monetario. Sin embargo, el tipo de interés se ve afectado por un aumento en la cantidad de dinero que aparece en el mercado del préstamo. Un aumento en la cantidad de dinero que aparece en el mercado del préstamo

produce una caída en el tipo monetario de interés. ¿Cómo tiene lugar este reajuste? Este es el problema del ciclo comercial.

Al ocuparnos de los sustitutivos del dinero y los medios fiduciarios, es decir, de la cantidad de sustitutivos monetarios por encima de las reservas del banco, nunca debemos olvidar que la postura del banquero o del banco que emite esos medios fiduciarios es delicada. Solo si el banquero tiene la buena voluntad de la gente puede suponerse que esta estará dispuesta a guardar esos sustitutivos excesivos del dinero y no los presentará para su redención, algo que llevaría al banco a su quiebra. Es todavía más importante darse cuenta para empezar de que no es muy fácil hacer que la gente acepte los sustitutivos del dinero como dinero. Al principio, los sustitutivos del dinero se miraban con recelo: a la gente no le entusiasmaba aceptarlos en lugar de oro. Es difícil para nuestros contemporáneos entender esto, porque los sustitutivos del dinero protegidos por el gobierno han aparecido en años recientes y el propio gobierno ha obligado a la gente a aceptarlos. Además, hoy estos sustitutivos del dinero se han declarado de curso legal, así que, si un deudor quiere liquidar una deuda, el acreedor está obligado por ley a aceptar los sustitutivos del dinero como si fueran dinero real.

Los propagandistas que querían hacer al gobierno preeminente en la emisión de sustitutivos del dinero han publicado muchos cuentos acerca de los sustitutivos privados del dinero. Estos cuentos los condensó un estadounidense anónimo a quien se atribuye el dicho: «La libertad comercial en la banca es libertad económica en la estafa». Sin embargo, los economistas no piensan eso: consideran la libertad comercial en la banca como la única protección contra la emisión pública de billetes malos.

El problema principal es que, por desgracia, todos, incluso en la época del liberalismo y los economistas clásicos, consideran el tipo de interés como un fenómeno monetario y no de mercado. Los economistas clásicos explicaban que los precios y salarios eran fenómenos del mercado, pero no estaban tan dispuestos a decir que el tipo de interés era también un fenómeno del mercado. Este es uno de los puntos débiles de *La riqueza de las naciones* de Adam

Smith. Este rechazaba la idea de que una escasez de dinero pudiera empeorar los negocios. Pero no estaba dispuesto a atacar las antiguas leyes contra los tipos altos de interés, las leyes contra la «usura». Jeremy Bentham, en su *Defensa de la usura* [1787], que sigue vigente hoy, fue el primero en refutar estas ideas antiguas sobre el interés.

La gente consideraba los tipos altos de interés como una barrera para el comercio y el progreso económico y creía que todo lo que pudiera bajar el tipo de interés era bueno. Consecuentemente, un aumento en los sustitutivos del dinero se consideraba bueno, porque con ello venía una rebaja de los tipos de interés. En igualdad de condiciones, si aparece una oferta adicional de préstamos por la persona que fabrica el dinero, por el banco emisor, el potencial prestamista debe bajar el tipo de interés para atraer a prestatarios adicionales. Esto se consideraba ventajoso y entusiasmaba a la opinión pública.

Es trágico y funesto que no todos los liberales se dieran cuenta de que el tipo de interés es un fenómeno económico, no monetario. Estos liberales no solo no lucharon, sino que incluso ayudaron a la fundación de nuevos bancos centrales públicos con privilegios especiales, porque pensaban que estos bancos rebajarían los tipos de interés. La consecuencia fue una rebaja del tipo de interés a corto plazo, un auge a corto plazo, pero posteriormente, de manera inevitable, después de un tiempo, una aparición de una crisis económica, una depresión. La gente empezó a considerar las depresiones económicas y el ciclo comercial como características propias del capitalismo. Este ha sido uno de los principales argumentos para el socialismo y una de las principales causas para hacer anticapitalista a la gente. El efecto de la depresión de 1929 en este país sigue siendo evidente en la errónea interpretación de esta experiencia por parte de la gente.

Como consecuencia de la creencia en las ventajas de los tipos bajos de interés, la expansión del crédito se hizo muy popular, al principio en aquellos países donde había capitalismo y un sistema bancario. A finales del siglo XVIII, Gran Bretaña ya estaba sufriendo las consecuencias de las crisis económicas recurrentes.

Posteriormente, estas crisis empezaron a afectar a otros países, primero a aquellos países europeos que tenían un capitalismo más avanzado, como Holanda, Francia y las ciudades-estado más avanzadas de Alemania: Hamburgo y Bremen. Estas crisis periódicas llegaron a otros países solo con la extensión del capitalismo. Por ejemplo, en la depresión de 1857, Austria seguía estando bastante atrasada en su desarrollo capitalista, así que solo se vio muy ligeramente afectada. El gobierno austriaco hizo algo que fue muy llamativo en ese momento. Por razones políticas, Austria quería ayudar a Hamburgo. Envío un tren cargado de plata con una fuerte guardia de soldados a Hamburgo para apoyar el sistema bancario hamburgués. En ese momento, Austria seguía fuera del mundo. Pero en 1873, cuando llegó la siguiente depresión, Austria estuvo tan implicada que Viena fue el centro de la crisis.

Los economistas empezaron a plantear la pregunta de qué causaba estas crisis. La Ley de Say solo demostraba lo que *no* podía considerarse la causa: el exceso de producción. Poco después, un grupo de economistas y banqueros ingleses empezó a darse cuenta de que el problema era de ciclo comercial de auge y declive y de que la causa del declive, de la depresión, era el auge precedente. Para eliminar la depresión, los bancos tenían que eliminar el auge y la expansión crediticia precedentes.

Pero esta no era una explicación completa. Era una explicación de las condiciones en Gran Bretaña y los pocos países ya equipados en ese momento con un sistema bancario como ese. Era una explicación bajo el supuesto de que el resto del mundo no tenía esa expansión crediticia. Por ejemplo, la Escuela de la Moneda argumentaba que, si había expansión crediticia en Inglaterra, que generaba un auge y precios más altos en Gran Bretaña, mientras las condiciones en otras partes del mundo mantenían estables los precios, las exportaciones disminuían y la balanza de pagos hacía que el oro saliera de Inglaterra hacia otras partes del mundo. Los poseedores de billetes bancarios buscaban redimir dichos billetes. La reserva de los bancos británicos caía de forma que los bancos tenían que restringir la emisión de billetes para proteger su solvencia. Esto traía la depresión. Esto es correcto hasta aquí, pero no tiene en cuenta el hecho de que todos los países podían

expandir su moneda, de forma que no habría explicación para un flujo de salida de dinero.

La teoría de la Escuela de la Moneda cometía un gran error: no se daba cuenta de que no suponía ninguna diferencia si la inflación la causaban los billetes o el dinero en cuenta corriente. La legislación en 1844, la Ley de Peel, hacía imposible expandir la moneda por medio de billetes en Inglaterra y otros países que habían adoptado una legislación similar. Pero la legislación que limitaba los billetes no decía nada acerca del dinero en cuenta corriente. Consecuentemente, esta ley de 1833 no detuvo los auges. Ya el año siguiente apareció un nuevo auge, basado en el dinero en cuenta corriente, llevando a la gente a creer que toda la teoría era falsa.

Esta teoría de la Escuela de la Moneda fue la base de la teoría cuantitativa del dinero de la Escuela de la Banca. La Escuela de la Banca británica desarrolló la teoría de que hay cierta demanda de dinero por parte de las empresas. Si el banco restringe su creación de dinero bancario, de dinero en cuenta corriente y de billetes a las «necesidades de los negocios», dicen que nunca pueden crear inflación. Supongamos que el banco de emisión descuenta solo letras de cambio que son el resultado de una transacción comercial real. El mercader de algodón vende una cantidad de este a un hilador y este necesita dinero para pagarlo. Emite una letra, que se descuenta en el banco, que crea dinero adicional. Después de tres meses, cuando el algodón en bruto se ha convertido en hilo y se ha vendido, se devuelve el préstamo y el dinero desaparece. Bajo este sistema, se creía que las «necesidades de los negocios» producen automáticamente la cantidad de dinero que necesitan los negocios.

Esta teoría fue tan popular como falsa en la segunda parte del siglo XIX. La idea de que las «necesidades de los negocios» limitarían automáticamente la creación de dinero adicional es errónea. Cuando se ha aplicado en la práctica ha ocasionado periódicamente auges inflacionistas. A nadie le importaban los auges. Pero a los auges les sucedían depresiones que no gustaban a la gente.

Durante 50 años, no hubo progreso en absoluto en este estudio. Luego, a finales del siglo XIX se publicó un libro del economista sueco Knut Wicksell [1851-1926], *La tasa de interés y el nivel de los precios*. Wicksell señalaba que la cantidad de dichas transacciones económicas no es independiente del comportamiento del banco. Si el banquero reduce su tasa de descuento, la cantidad que debe pagar el adquirente por sus materias primas es menor y la transacción parece más rentable que en caso contrario. Así que los bancos pueden aumentar las «necesidades de los negocios» rebajando los tipos de interés. Y cuando el tipo de interés es inferior, los bancos se expanden, lo que es inflacionista. Así que la demolición de esta teoría se debe a Wicksell. Y luego se publicó mi libro, *La teoría del dinero y del crédito*, en 1912. La base de esta teoría se puede remontar a los originadores de la teoría del interés: W. Stanley Jevons y Böhm-Bawerk. Esta es la teoría monetaria, la teoría de la circulación o la teoría austriaca del ciclo comercial.

La ley de Peel se aprobó en 1844. El siguiente auge se produjo en 1845 y 1846. Le siguió la depresión de 1847. En 1848 se publicó el *Manifiesto comunista*, que decía que el sistema capitalista lleva a crisis periódicas. Cada crisis, decía el manifiesto, sería progresivamente peor hasta que acabara llevando a la quiebra del sistema capitalista. En 1857, 1866, 1873 y de nuevo en 1929, los capitalistas estuvieron esperando el día, «der Tag». Y hoy en Moscú Stalin espera la crisis final del sistema capitalista en la creencia de que está a la vuelta de la esquina. Lo peor es que tantos comunistas piensen también de esta manera. Esta es la filosofía de la Sociedad de Naciones y de muchos pueblos «desunidos» en la Organización de las Naciones Unidas. No creen que las depresiones tengan nada que ver con la expansión del crédito: creen que los ciclos comerciales son propios del sistema capitalista y que debe formarse un comité para luchar contra el ciclo comercial.

Al principio, la popularidad de la expansión del crédito se debía a la idea de que era bueno para todos los países y para el mundo entero tener un tipo bajo de interés. La expansión del crédito se consideraba una vía para rebajar el tipo de interés. El político quería prosperidad para su país y para el pueblo. Los gobiernos querían mantener bajos los tipos: incluso Coolidge en 1924 quería tipos

bajos de interés. Me parece asombroso que se haya intentado aumentar y rebajar salarios, aumentar y rebajar precios, pero nunca se ha dado una situación en la que un gobierno o político haya estado a favor de aumentar los tipos de interés. No quiero decir que yo esté a favor de un tipo alto de interés: estoy a favor del tipo del mercado.

Cuando los gobiernos concibieron los bancos centrales, el objetivo era crear prosperidad rebajando el tipo de interés. Pero gobiernos posteriores favorecieron a los bancos centrales con privilegios especiales, porque querían ellos mismos tomar prestado y consideraban a los bancos centrales una fuente de dinero barato. Fue un maravilloso descubrimiento para ellos. Para empezar, los gobiernos concedían a los bancos centrales el estatus de curso legal a sus billetes y los liberaban de la obligación de cumplir sus contratos de redención de sus billetes en oro o plata, billetes que la gente había aceptado voluntariamente. (¡Qué distinto habría sido el destino de Carlos I, decapitado en 1649, si hubiera sido capaz de financiar sus aventuras militares sin preocuparse por el Parlamento o los contribuyentes!).

Ahora quiero explicar las consecuencias de los tipos de interés artificialmente baratos. Hay acuerdo en que el problema es el ciclo comercial, la expansión crediticia, en que debemos temer el auge que origina una depresión. La Sociedad de Naciones publicó un informe, preparado por el profesor Gottfried Haberler [1901-1995], sobre el ciclo comercial. En sus primeras páginas se indica claramente que el auge que causa la posterior depresión no podría producirse si los bancos no expandieran el crédito. Por tanto, cabría pensar que la solución sería sencilla: solo tenemos que evitar que los bancos expandan el crédito o al menos no adoptar instituciones y políticas públicas que inviten a expandir el crédito. Pero no: empezaron a buscar otra explicación para el ciclo. Los marxistas reconocen que no se puede eliminar enteramente el interés mediante la expansión del crédito, pero niegan que reducirlo artificialmente tenga malas consecuencias. Ignoran el hecho de que el tipo de interés es la expresión de la diferencia entre la valoración del mercado de los bienes presentes frente a la de los bienes futuros.

¿Qué ocurre realmente en una expansión del crédito? ¿Por qué decimos que ciertas cosas no se pueden hacer porque falta capital? Ciertos proyectos no viables hoy pueden llevarse a cabo recortando el consumo actual lo suficiente como para permitir a más productores fabricar bienes de inversión más duraderos. Todos contribuyen a la determinación de cuánto ha de consumirse y cuánto ha de invertirse. El emprendedor individual es consciente de este hecho debido al tipo de interés. Si la gente está más dispuesta a ahorrar, el tipo de interés baja. Por el contrario, si está dispuesta a gastar, el tipo sube. El emprendedor al planificar estima costes y precios previstos, toma en consideración costes de mano de obra, material y tipo de interés. Si decide que cierto proyecto no puede llevarse a cabo de forma rentable, no se lleva a cabo. Siempre hay proyectos que no se llevan a cabo porque el dinero se usa para el consumo.

El tipo de interés se rebaja artificialmente mediante la expansión del crédito, de forma que un proyecto que ayer parecía inviable hoy parece rentable. Por tanto, el efecto de la expansión crediticia y de la rebaja del tipo de interés es que ciertos proyectos que no se habrían asumido ahora se inician. Si lo pensamos bien, nos damos cuenta de que esto no es bueno. No ha habido un aumento en los bienes materiales. La única diferencia es que el banco ha creado de la nada nuevos billetes o nuevo dinero en cuentas corrientes.

La consecuencia es que el cálculo del empresario se ve falseado. Mientras que antes reflejaba con precisión las condiciones de los factores de producción disponibles y mostraba lo que se podía hacer y lo que no, ahora está falseado, pues existe una cantidad adicional de sustitutivos del dinero y medios fiduciarios. Al empresario se le empuja, mediante tipos de interés de artificialmente bajos, a embarcarse en proyectos para los cuales la oferta disponible de bienes de capital es insuficiente, (Supongamos que un hombre posee una cantidad limitada de materiales de construcción. El promotor comete un error de estimación, por lo que los cimientos son demasiado grandes para el material que se tiene realmente en mano. Debería haberse dado cuenta antes de que la cantidad de material no sería bastante. Se produce una crisis para el constructor).

En la vida, es aún más difícil. La demanda adicional para proyectos que no se habrían asumido antes aumenta los precios que se piden por los materiales. Es verdad que el tipo de interés es más bajo. Pero los precios son más altos. Todo esto debe acabar si acaba la expansión crediticia bancaria. Pero el crédito bancario es elástico y los bancos dan más crédito.

A medida que aumentan los salarios, también aumenta la demanda de bienes de consumo. Pero como el auge parece general, el empresario decide continuar con el proyecto. Eso hace que aumenten los precios de los factores de producción, incluidos los salarios. Hay un aumento adicional en el consumo.

También es importante el hecho de que los bancos, cuando se enfrentan a esta mayor demanda, empiezan a aumentar sus tipos de interés. En todas las crisis, la gente cauta dice a los banqueros: «Hay un exceso de expansión. La expansión debería limitarse y no deberíais dar crédito bajo esas condiciones tan baratas». Pero el banco dice: «Mira, tenemos tipos de interés más altos y sigue habiendo una demanda adicional, a pesar de estos tipos más altos. Por tanto, no se puede decir que nuestra política de dinero barato sea responsable del auge».

La relación entre movimientos de precios y tipo de interés fue una contribución de Irving Fisher. En un periodo de precios al alza, el prestamista puede obtener un beneficio sin prestar, evitando prestar y comprando bienes y vendiéndolos él mismo. Por otro lado, el prestatario consigue un beneficio adicional, porque, cuando liquida el préstamo, los precios de los bienes que fabricó con el dinero prestado son superiores. Por tanto, cuando hay una tendencia a que los precios suban, el tipo de interés aumenta por encima del tipo real de interés. Este aumento adicional en el tipo de interés es la «prima del precio». Por tanto, un tipo que se considere matemáticamente más alto en comparación con el tipo anterior es todavía demasiado bajo con respecto al que debería ser en comparación del tipo de interés más la prima del precio. (En Alemania, en 1923, el Reichsbank aumentó el tipo de descuento al insólito tipo del 90%, pero la prima del precio en ese momento era tal que el tipo de descuento debería haber sido algo cercano al 10.000%).

Durante un periodo de especulación, los precios de la bolsa se mueven al alza. Todos se entusiasman y la gente que no sabe nada acerca de ella entra a comprar acciones. Se da crédito a todos. Todos estos síntomas se conocen bien. También se sabe bien cómo ese auge se quiebra y las consecuencias y características de dicho auge. El problema es lo que está pasando y lo que hace que toda la situación resulte poco sólida.

En 1929 había expansión crediticia en este país y el dinero estaba barato. Así que se daban préstamos a otros países, haciendo que la balanza comercial fuera positiva. Había más exportaciones desde Estados Unidos que importaciones porque los demás países no tenían que pagarlas: podían pagar con bonos. El «malvado» Mr. Schacht^[39] era más consciente de lo que estaba pasando que el gran Banco de Nueva York. Cualquiera que quisiera tomar prestado podía conseguirlo. (Por ejemplo, el dinero era tan fácil de conseguir en Estados Unidos que un pequeño pueblo de Silesia construyó un lago climatizado al aire libre para plantas tropicales).

Se dice que la característica de un auge es un exceso generalizado de inversión. Es imposible. Las cantidades disponibles para inversión son (1) los ahorros de años pasados y (2) esa parte de la producción del año pasado igual al equipo gastado en los años anteriores y disponible para reemplazar las herramientas desgastadas. (La sustitución de la maquinaria vieja puede realizarse usando máquinas mejores o diferentes. De esta manera, muchos productores han cambiado completamente su producción). No hay nada más disponible para inversión, así que no puede haber un exceso generalizado de inversión.

Cuando los ahorros pasados disponibles (1) y el capital disponible para reemplazos (2) se invierten de acuerdo con un plan que *sobreestima* la cantidad de bienes de inversión disponibles, el resultado para toda la economía nacional son *malas* inversiones. La construcción se inicia pidiendo más material del disponible. Se ha dicho que la crisis de 1857 en Gran Bretaña se debió al hecho de que habían construido demasiados ferrocarriles. En ese momento, esos ferrocarriles no eran rentables y faltaba capital para otros

propósitos. Se había convertido demasiado capital circulante en capital fijo. En la crisis, había bienes de consumo disponibles a precios muy bajos al haber un excedente de bienes de consumo.

Un individuo puede sobreexpandirse. Uno puede decir: «Mi situación financiera personal es muy mala. He gastado demasiado dinero en expandir mi negocio, en construir mi nuevo taller». La idea del exceso de inversión aparecía cuando esta situación aplicable a un individuo se trasladaba a una nación. Pero no puede ser cierta para todo el sistema económico, porque solo aquellos bienes que están disponibles para la inversión pueden usarse para ese propósito. El dinero puede invertirse en planes *erróneos* y pueden iniciarse demasiados proyectos de forma que algunos de ellos no puedan terminarse o, si se terminan, solo pueden emplearse con pérdidas.

Es evidente lo que pasa. La cuestión es por qué la situación se descubre de repente en solo unos pocos días, de forma que la crisis llega de la noche a la mañana. Donde había confianza y optimismo, ahora hay depresión y desesperación. Por supuesto, es solo el panorama el que llega de la noche a la mañana, no la crisis real, que se ha estado gestando con el tiempo.

Como no había uniformidad en la expansión del crédito en diversos países en el pasado, el nivel del crédito variaba entre los distintos países. Con la demanda de moneda y crédito exteriores había un drenaje de dinero desde algunos países. Los banqueros se asustaban. Un cargo público anunciaba: «Tal vez nos veamos obligados a restringir el crédito». Los empresarios se asustaban: «Necesitamos crédito. Así que dejadnos conseguir crédito mientras haya alguna posibilidad». La demanda de crédito aumentaba de repente y los bancos luego tenían que restringirla. Si empezaba a hacerlo un banco todos los demás también tenían que restringir. Una vez se empezaba en un país, todos los demás países tenían que hacer lo mismo, de forma que las restricciones se extendían por todo el mundo.

Si los bancos no hubieran restringido el crédito, ¿podría esto haber hecho que esa prosperidad durara eternamente? El hecho es que en todo periodo de prosperidad los hombres de negocios han

declarado: «No es un auge temporal: es la gran prosperidad definitiva de la humanidad. Nunca habrá otra crisis». Pero es imposible hacer que el auge dure eternamente, porque está construido sobre el papel, o los billetes, y el dinero en cuentas corrientes. Se basa en la suposición de que hay más bienes disponibles de los que hay en realidad. Si los bancos no se hubieran detenido en el último minuto, la expansión del crédito se habría producido cada vez más rápidamente hasta producir la quiebra completa de la moneda, como pasó en Alemania en 1923. El movimiento inflacionista debe terminar, o con la quiebra completa, o mediante restricciones voluntarias por parte de los bancos implicados.

Si la gente no fuera tan optimista, la crisis no sería tan mala, pues se prepararía para ella. Las razones que hacen que el auge estalle son hechos históricos concretos. El problema de *cuándo* se acaba el auge se decide por factores accidentales. Pero no puede evitarse. Y cuanto más tarde llega la crisis, más capital se ha desperdiciado y peores son las consecuencias.

Quiero decir algo acerca de la relación entre inflación y expansión crediticia. Ambas son muy similares, de hecho, casi iguales. La diferencia es esta. En el caso de la expansión crediticia, la cantidad adicional total de dinero recién creado va primero al mercado del préstamo. No se gasta en consumo, sino que se presta a las empresas. Por tanto, la primera consecuencia de la expansión crediticia es que se produce una expansión en los negocios. Y todos los demás efectos derivan de esta estimulación de los negocios. En el caso de la inflación, el dinero adicional va primero a las manos de un gastador (por ejemplo, el gasto público en armas y otras razones). Así que el discurrir de la inflación es distinto. En esencia, los dos son iguales, pero sus secuencias son distintas y los aspectos de los dos auges son diferentes. Pero antes o después, el dinero gastado de la inflación llega también al mercado inversor, igual que la expansión crediticia también llega finalmente al mercado del gasto.

Se ha popularizado la idea del control cualitativo del crédito. Queremos dar crédito adicional para cosas buenas, para plantas

industriales adicionales y para la agricultura, pero no a mala gente y malos fines, ni para cosas frívolas. En un análisis final, no importa donde empiece. Si el dinero adicional va primero a los granjeros, la demanda de crédito entre los granjeros cae y la cantidad que habrían absorbido sin expansión crediticia estará disponible para crear un auge en algún otro sitio. Un auge no puede dirigirse. Ningún sector de la economía es independiente.

Novena conferencia

El ciclo económico y más allá

Hacia el final del siglo XIX, cuando la gente empezó a darse cuenta de que había algo cuestionable acerca de la expansión crediticia, los defensores de esta política encontraron una nueva excusa. Declararon que la expansión crediticia podía funcionar en un país aislado que no estuviera conectado con el resto del mundo por medio del patrón oro. Acabando con el patrón oro y creando una moneda desligada del oro o un sistema monetario fiduciario, sería posible expandir el crédito, rebajar el tipo de interés y hacer al país eternamente próspero. Esta actitud era evidente entre los *junkers* alemanes, que sufrieron en las décadas de 1880 y 1890 por la importación de cereales americanos. Sin embargo, atribuyeron su desgracia al patrón oro, no a sus malas tierras y su bajo rendimiento por hectárea. Decían que si no hubiera sido por el patrón oro podían haber disfrutado de un tipo bajo de interés y, por tanto, de prosperidad.

La influencia de estas ideas se hizo evidente cuando el ministro italiano de finanzas declaró que se necesitaba una conferencia de bancos centrales. Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, estas ideas llevaron a la creación del Fondo Monetario Internacional (FMI). El gobierno británico sugería un banco internacional y, para crear una opinión favorable para una «Unión Internacional de Pagos» publicó un panfleto escrito por Lord Keynes. Este panfleto, distribuido en este país por la oficina británica de propaganda, declaraba que la expansión crediticia era lo más deseable. Usando las palabras del propio Keynes, la expansión crediticia había obrado el milagro económico de «convertir las piedras en pan» dentro de las naciones y ahora era necesario hacer esto a escala internacional. Querían una unidad monetaria internacional. La

conferencia de Bretton Woods produjo un documento y también un instituto con miembros, un consejo y toda la parafernalia. Pero sabemos muy bien que de otra forma no habrían producido nada. Desde el principio, la conferencia fue un fracaso y una inutilidad.

¿Por qué no puede expandirse el crédito internacionalmente? El fracaso de la expansión crediticia no se debe al hecho de que es imposible sustituir los bienes inexistentes de capital por papel. No se aprecia que lo que se necesita para una expansión económica son más bienes de capital, más ahorro previo. Es verdad que en el pasado las expansiones crediticias de países individuales acababan porque el ritmo de la expansión no era el mismo en otros países. Pero tenían que acabar de todas maneras.

La razón por la que un banco internacional no puede tener éxito es la imposibilidad de responder a esta pregunta: «¿Quién se beneficiaría de esta expansión del crédito a corto plazo?» Supongamos que hay un banco central y que se olvidan todas las rivalidades. Ese banco internacional podría aumentar la cantidad de crédito disponible, ya sea imprimiendo billetes adicionales o concediendo créditos bancarios adicionales con dinero en cuentas corrientes. Pero entonces aparece el problema de que no hay solución posible: ¿a quién se ofrecerá el nuevo crédito, el «dinero barato»?

Supongamos que toda la cantidad adicional se presta a un país. Este país disfrutará del primer auge. Su pueblo tendrá más dinero e impulsará al alza los precios de las cosas que quiera comprar. Al tener más dinero a su disposición, podrán comprar en otros países que todavía no se hayan ajustado a la expansión del crédito. El primer país será el ganador y los demás serán los perdedores. Los demás países seguirían vendiendo a los precios antiguos, pero tendrían que comprar a los nuevos precios más altos.

Las preguntas a plantear son: «¿Quiénes conseguirán los préstamos? ¿Cómo se distribuirá el dinero adicional?» Cada grupo de países propondrá un sistema de distribución. El Lejano Oriente estará a favor de una distribución de acuerdo con la población. Por ejemplo, los países desarrollados sugerirán una distribución de acuerdo con la cantidad total de producción anual o de acuerdo con

la renta nacional. Por tanto, esos planes son más o menos inútiles. El único valor del FMI, que ha sido uno de los fracasos más clamorosos de las políticas mundiales de los últimos veinte años, es el del espacio de oficina que ocupa en Washington.

Como todo esto ha resultado inútil, los defensores de la expansión crediticia, es decir, aquella gente que, igual que Marx y los teóricos de la Escuela de la Banca, no creen que el origen de las depresiones sea la expansión crediticia que las precede, han propuesto complejos métodos contracíclicos para minimizar las depresiones. Al considerar inevitables las depresiones, quieren hacerlas tan suaves y blandas como sea posible por medio de intervenciones públicas. Su idea es que el ciclo proviene de la empresa o del *laissez-faire* y el gobierno debería intervenir con programas contracíclicos para suavizarlo. Pero es todo lo contrario.

La idea de las medidas contracíclicas es que, cuando hay una crisis, los negocios van mal y hay desempleo. Por tanto, el gobierno debería promover la obra pública. Los miembros de la Sociedad de Naciones y de los comités de la ONU creen que han descubierto algo nuevo, pero esto no es nada nuevo.

El auge llega a su fin porque se han invertido mal los factores de producción. La existencia de capacidad ociosa en tiempos de depresión es un indicador de malas inversiones, porque se cometieron errores de juicio en el pasado. La solución sería dejar que caigan salarios y precios hasta que arranquen de nuevo las cosas. Pero entonces alguien sugiere que el gobierno intervenga con obra pública. ¿Pero por qué debería el gobierno quitarle los factores a las obras privadas donde se necesitan? La respuesta que se da es que el gobierno debería limitar su gasto público mientras hay un auge y luego, cuando llegue la depresión, iniciar grandes proyectos. De una forma bastante infantil, estos informes siempre dicen que debería haber varios proyectos «en cartera» ya elaborados por los técnicos. Tan pronto como aparezca la crisis, el gobierno debería sacarlos de la cartera y empezar a trabajar.

Esta idea es errónea, porque se basa en comparar la situación del individuo con la de toda la nación. Un individuo es cauto, ahorra para los malos tiempos, puede darse cuenta de que ahora es

próspero, pero recuerda que su negocio no puede tener éxito siempre. Cuando lleguen los malos tiempos y quiera consumir, tendrá que vender sus ahorros a otros que hagan uso de ellos.

¿Qué debería hacer el gobierno con los impuestos que recauda si se provisiona ese plan de obras públicas? ¿Debería acumular el dinero por adelantado? ¿Debería extraer dinero del sistema mediante impuestos, neutralizando así la expansión del crédito? Los defensores de las obras públicas creen que el gobierno debería abstenerse de gastar entonces, atesorar el dinero y, cuando llegue la depresión, gastar el dinero, creando así más inflación. Tal vez, razonan, sería posible prolongar así el auge durante unas pocas semanas. Pero también es posible que el sistema económico no coopere y la prima inyectada no funcione, como no funcionó al principio del New Deal.

La otra sugerencia es que el gobierno atesore, no el dinero, sino los medios de producción: máquinas, herramientas y materias primas. Esto significaría que durante el auge el gobierno haría todavía más fuerte dicho auge al entrar en el mercado como comprador de máquinas, herramientas y materias primas.

Suecia alardeaba de haber resuelto el problema de las depresiones siguiendo políticas contracíclicas. En la década de 1930, su postura era bastante peculiar. Suecia exportaba exactamente las cosas que Alemania estaba consumiendo para su rearme: hierro, madera, maquinaria, etc. La situación de Suecia en este auge del rearme era como la que habrían disfrutado Pittsburgh o el sector del espectáculo en Broadway si hubieran sido países independientes durante la guerra. Habrían vendido acero y munición y proporcionado entretenimiento a los soldados: habrían disfrutado de las ventajas y no hubieran sufrido ninguna de las desventajas de un auge. Habrían sido las secciones más florecientes del hemisferio occidental. Esta era la situación de Suecia. Decir que esa era su maravillosa política es otra cosa. Luego, cuando acabó la guerra, su situación por encima del resto del mundo se debió a su neutralidad. Ya sabéis, todo habría sido distinto si Hitler hubiera atacado Suecia. Se nombró a un economista sueco como cabeza de la

reconstrucción de Europa, lo que ha resultado ser un experimento bastante infeliz.

No es posible ningún auge sin expansión crediticia y la expansión crediticia debe acabar en una catástrofe. Cuando llega el final del auge y empieza la depresión, la psicología de la gente puede hacer que la depresión dure más tiempo del que debería. (Por ejemplo, la depresión de 1929 duró tanto tiempo porque los sindicatos no aceptaban ninguna rebaja sustancial de salarios. Este importante factor de coste del auge duró muchos años y solo se pudo solucionar mediante más inflación). El auge es una ilusión: se basa en la suposición de que somos más ricos de lo que somos realmente. El auge inicia proyectos que no pueden ejecutarse. La depresión significa el reajuste de las condiciones al estado real de las cosas. En la depresión, la actividad principal de los negocios consiste en salvar lo que pueda rescatarse del auge. La depresión dura tanto como sea necesario para acumular, mediante nuevo ahorro, el capital necesario para la continuidad de tantas empresas como sea posible de las que se iniciaron durante el auge. La depresión no significa un empobrecimiento del país. En realidad, refleja una imagen más real que el auge precedente. Pero, debido a razones psicológicas y a la situación política causada por la depresión, por la caída de los precios y la disminución de la producción, puede durar mucho más de lo necesario para restablecer las condiciones precedentes.

La literatura sobre el ciclo comercial, especialmente los primeros materiales, tenía un placer sádico al describir con detalle todos los fenómenos de la depresión. A veces aparecían fenómenos paradójicos. Pero no debemos de dejar de darnos cuenta de que la depresión es la vuelta a la realidad y el intento de hacer buenas, en la medida de lo posible, las deficiencias producidas por el auge precedente.

Durante el siglo XIX hubo una recurrencia casi constante de auges y depresiones. Es lo que se ha llamado el «ciclo comercial». Tan pronto como las condiciones empiezan a ser normales, la gente y el gobierno reclaman una nueva expansión del crédito y el auge empieza otra vez.

La gente llegó a considerar al ciclo comercial como un fenómeno comercial inevitable y empezó a estudiar la duración del ciclo. Todos los intentos de estimar la duración del ciclo son más o menos fantasiosos. Como algunos economistas declararon que la duración del ciclo es de once años, surgió la idea de que no lo causan los acontecimientos sociales y humanos, sino acontecimientos cósmicos. Se desarrolló la teoría de las manchas solares. Esas teorías son simple adivinación. En primer lugar, el ciclo no es de once años. Asimismo, si fuera verdad, ¿por qué los negocios, que se ajustan a la naturaleza, el clima, la fertilidad y otras condiciones, nunca se dan cuenta de ello ni ajustan sus actividades a las manchas solares? No hay ni la más mínima prueba empírica de que coincidan los ciclos y las manchas solares.

Pero sí se apreció una regularidad de cierto tipo. Hay una cierta impresión de que los ciclos comerciales son un fenómeno ligado a las novedades en el sistema bancario y monetario de los tiempos modernos. ¿Pero es inevitable el ciclo comercial? Si el capitalismo continúa, ¿prevalecerá en el futuro este fenómeno, igual que ha prevalecido en el pasado? La ciencia de la acción humana no debería confundirse con las ciencias naturales. Los ciclos comerciales se originan como resultado de una acción humana: la expansión del crédito. ¿Persistiría el ciclo económico si este conocimiento se generaliza? ¡Indudablemente, no! Si todo el mundo se da cuenta de que la expansión crediticia es la causa de las consiguientes depresiones, gobiernos y pueblos probablemente aprendan que la expansión crediticia no les beneficia y dejarán de llevarla a cabo.

Por otro lado, supongamos que los gobiernos y la opinión pública, a pesar de esta idea, se aferran porfiadamente a una política de expansiones crediticias de vez en cuando. ¿No sería probable que la reacción del empresario individual a la expansión crediticia fuera distinta? ¿No podría la propia empresa, a pesar de los incentivos públicos, hacer ajustes para que el negocio sea más estable? Supongamos que el gobierno inicia una expansión crediticia y los empresarios consideran que es cuestionable. En lugar de expandir sus operaciones porque la expansión es posible, podrían ser más cautos y no expandirse todo lo posible. No es una idea tan

imposible. Recordad las inversiones del New Deal. El New Deal quería un auge, pero sin depresión. Querían dar solo el primer paso y luego dejar de expandir el crédito. Pero los empresarios se dieron cuenta de que el gobierno estaba planeando parar en cuanto hubieran empezado la expansión y no cayeron en la trampa.

Esto me hace pensar que los ciclos comerciales que se han producido en países capitalistas desde 1780 en adelante pueden acabar desapareciendo. Por tanto, sería un error decir que el ciclo comercial forma parte de la economía de mercado y no desaparecerá mientras haya una economía de mercado. Para empezar, el ciclo comercial no es un fenómeno del mercado, sino un fenómeno de la expansión crediticia que se inserta en la economía de mercado porque los gobiernos y la opinión pública creen que el funcionamiento normal de la economía de mercado no produce suficientes puentes y riqueza. Creen que han descubierto el método de «convertir piedras en pan». Yo diría que el ciclo comercial puede ser solo un fenómeno pasajero, una evidencia de la diferencia entre la ciencia de la acción humana y las ciencias naturales.

Lo malo del auge puede describirse como la desproporcionalidad entre las distintas ramas de la producción, entre los bienes de producción y los bienes de consumo. Los que tratan de explicar un auge general o pérdidas generales en toda la nación debido a esta desproporcionalidad en la producción empresarial señalan que hay bienes de consumo duraderos y bienes de producción. Cuando llega al mercado un nuevo invento, como un refrigerador, todos quieren comprarlo. Ese sector concreto entra en auge y se expande. Pero, nos preguntamos, cuando todos han comprado un refrigerador nuevo, ¿cómo puede seguir expandiéndose el sector? La misma situación, dicen, puede aplicarse a otros negocios: la construcción, por ejemplo. Después de que todos los que quieren estos bienes duraderos y de producción los han comprado, la demanda cae y hay una depresión. Esta idea es realmente una fantasía, porque la expansión económica no se produce de esta manera.

La teoría monetaria del ciclo comercial explica esta desproporcionalidad de esta manera. A principio, solo unos pocos compran el nuevo dispositivo y luego cada vez más. Cuando

compran los últimos, los que compraron los primeros producidos necesitan reemplazos. Los empresarios no son tan tontos como para decir que un negocio que era bueno ayer será también necesariamente bueno mañana. Un hombre que entra en un negocio nuevo se pregunta si ya hay suficientes fábricas. La gente no entra en los negocios como si fuera idiota. Esto explica los tamaños proporcionales de los diversos sectores y la razón por la que el número de hogazas de pan producidas y vendidas en el mercado es mayor que el número de ataúdes. Por eso el tamaño de los sectores se ajusta a la vida de su producción. No es necesario que el gobierno diga a la gente que habría un exceso de producción. Los cálculos de un empresario concreto pueden ser erróneos y ese hombre puede ir a la quiebra. Tal vez aumentó la producción en el sector de los motores de automóvil cuando debería haberla aumentado en el sector de la refrigeración. Ha causado un exceso de automóviles y una deficiencia de refrigeradores. Todos los días hay una pérdida para algún negocio y una ganancia para otros. Esto significa que algunos negocios tendrán exceso de personal y otros defectos del mismo. Pero no significa un auge general o una pérdida general en toda la nación. Un auge general solo puede producirse mediante una ilusión que es propia de la expansión crediticia.

Todos los intentos de explicar la crisis refiriéndose a los errores e insuficiencias de los empresarios se equivocan: no tienen en consideración que esos errores se compensan entre sí. Si un sector de los negocios ha cometido el error de sobreexpandirse, hay necesariamente infraproducción y buenos negocios en otros sectores. Solo puede causarse un auge mediante una expresión crediticia general.

La idea de que lo que funciona mal en los negocios es que el empresario no ve todo el entorno, sino solo un pequeño sector y, por tanto, está condenado a cometer errores es la idea de Marx de la anarquía de la producción. Adam Smith y otros han respondido a esto en sus libros. Marx no tuvo en cuenta el hecho de que, incluso aunque ningún dictador diga a la gente qué hacer, hay una tendencia en sistema económico a dar a cada sector económico exactamente la cantidad de capital, trabajo y productos que demandan los consumidores. Los que aciertan obtienen beneficios;

los que se equivocan incurren en pérdidas. El resultado es que el control de los factores de producción acabará en las manos de quienes mejor satisfagan las necesidades de los consumidores.

Si el gobierno, por medio de un impuesto sobre la producción, trata de eliminar los beneficios, confiscarlos y, por tanto, de impedir las consecuencias que se producirían sin estos impuestos, el funcionamiento del mercado se debilita considerablemente. El resultado es que la progresividad económica y la tendencia hacia la mejora que son propias del sistema capitalista se eliminan y la rigidez entra en el sistema.

Por ejemplo, consideremos unos grandes almacenes fundados hace años por un joven ambicioso que empezó el negocio con un presupuesto ajustado. La economía de mercado impide que los antiguos grandes almacenes se conviertan en rígidos, conservadores y burocráticos. Si lo hace y si los nietos del fundador gestionan ineficientemente la tienda, otras pequeñas tiendas a la vuelta de la esquina obtendrán beneficios, consumirán solo una parte de estos e invertirán el resto. Con el tiempo, el negocio de los antiguos grandes almacenes disminuirá hasta poder ser absorbido por un recién llegado o tal vez vendido a una nueva dirección. Entonces una de las tiendas pequeñas se convertirá en los grandes almacenes.

Pero hoy las cosas son distintas. Los impuestos modernos impiden al recién llegado reinvertir parte de sus fondos. El gobierno no discrimina legal ni oficialmente en contra del recién llegado: si gana 250.000\$ se ve gravado igual que el antiguo negocio que gana 250.000\$. Pero el futuro capital empresarial se grava antes de que el recién llegado pueda construir el gran almacén. Por tanto, los antiguos grandes almacenes están en cierto modo protegidos: no necesitan competir tan activamente con el capaz recién llegado y pueden volverse negligentes. Estas condiciones hacen difícil que los recién llegados se enfrenten a los negocios ya establecidos, los «intereses creados». La gente piensa que las leyes fiscales son extremadamente progresistas, pero en realidad son extremadamente conservadoras, favoreciendo la estructura existente en contra de los recién llegados. Se genera rigidez. Pero

esto no tiene nada que ver con nuestro tema, la expansión crediticia. Sin embargo, si hay una expansión crediticia, los bancos prefieren prestar a las empresas antiguas en lugar de a las nuevas. Esto también significa que la estructura existente tiende a petrificarse.

Quiero decir algo acerca de los bancos y su relación con la expansión crediticia. Nunca debemos confundir dos cosas muy distintas que no tienen nada en común, salvo el hecho de que el negocio lo realiza la misma persona, el banquero. En un caso, el banquero puede prestar su *propio* dinero y quien presta su propio dinero es un prestamista. En este caso no existe expansión crediticia.

En el otro caso, el banquero puede prestar dinero de *otros*. El banquero que recibe depósitos de clientes y presta este dinero, el dinero de otros, es una caja de ahorros, un intermediario. El banquero puede también crear medios fiduciarios, billetes, y prestarlos también, normalmente acreditando en las cuentas corrientes de sus clientes. Como estas dos funciones bancarias (prestar depósitos de los clientes y prestar medios fiduciarios) están generalmente relacionadas en las mismas empresas, el gobierno, que controla el negocio de los medios fiduciarios, ha conseguido controlar todo el negocio del préstamo. Esto ha dado un enorme poder al gobierno. Si nunca hubiera habido interferencias con los bancos, nunca habría aparecido el problema.

Los defensores de la interferencia pública mediante la emisión de billetes y dinero en cuenta corriente justifican esta política declarando que «el libre comercio en banca es libre comercio en fraude». El pueblo, pobre e ignorante, debe verse protegido, dicen, frente a los billetes malos. Pero nadie se vería obligado a aceptar billetes si no hubieran sido declarados dinero de curso legal por parte del estado. La literatura alemana de mediados del siglo XIX consideraba realmente algo necesario proteger a la pobre gente de Alemania frente a los bancos. Pero el banco central alemán, el Reichsbank, devaluó desde 1914, cuando un dólar de EE. UU. valía 4,20 marcos, hasta 1923, cuando hacían falta 4.200.000.000 marcos para conseguir un dólar. La situación actual de este país no es tan mala, pero es bastante mala. La interferencia pública en el dinero y

la banca ha hecho que el estado tenga la supremacía en la devaluación del dinero. Los resultados actuales son increíbles en comparación con las promesas y razones para dar al estado este poder. ¿Podría haber algo peor que tener que hacer que el dinero que está en manos de la gente se deteriore cada día?

Lord Keynes calificó al patrón oro como una «reliquia bárbara». Muchos libros dicen que el gobierno tuvo que intervenir porque el patrón oro había fracasado. ¡Pero el patrón oro no fracasó! El gobierno derogó el patrón oro haciendo ilegal poseer oro. Pero, incluso hoy, todo el comercio internacional se calcula en oro. No es porque el oro sea amarillo y pesado, sino porque solo el oro hace que la determinación del poder adquisitivo de la unidad monetaria sea independiente de los cambios de ideas en gobiernos y partidos políticos.

La esencia de la economía de mercado está en que las acciones económicas de las personas no se llevan a cabo por orden del gobierno, sino espontáneamente por los individuos. Esto requiere que también el dinero, el medio de intercambio, sea independiente de la influencia política. Si no es así, los próximos años no serán nada más que una serie de fracasos de diversas políticas públicas monetarias y crediticias. Para evitarlo, es necesario hacer que todos se den cuenta de que no es posible ningún milagro keynesiano y de que no se puede mejorar la situación de la gente mediante expansión crediticia.

Muchas gracias.

Miscelánea de referencias citadas durante las conferencias

1. Anderson, Benjamin McAlester. *Economics and the Public Welfare: Financial and Economic History of the United States, 1914–1946*. Nueva York: D. Van Nostrand Co., 1949.
2. Cannan, Edwin. *Money: Its Connexion with Rising and Falling Prices*. Londres: P. S. King & Son, Ltd., 1935. (Reimpreso por Staples Press, Inc., Nueva York, 1945)
3. Cortney, Phillip. *The Economic Munich: The I.T.O. Charter, Inflation or Liberty, The 1929 Lesson*. Nueva York: The Philosophical Library, 1949.
4. Hume, David. *Ensayos morales, políticos y literarios*. Publicado originalmente en 1741, muchas reimpressiones.
5. Weber, Max. *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie (Ensayos sobre filosofía de la religión)*. El primer estudio en este libro se tradujo al español bajo el título *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.
6. Wicksteed, Philip H. *The Common Sense of Political Economy and Selected Papers and Reviews on Economic Theory*. Londres: George Routledge & Sons, Ltd., 1935.

[1] Sobre la vida de Mises y sus contribuciones a la economía y la filosofía de la libertad, ver Richard M. Ebeling, *Austrian Economics and the Political Economy of Freedom* (Northampton, Mass.: Edward Elgar, 2003), Cap. 3, «A Rational Economist in an Irrational Age: Ludwig von Mises», pp. 61-99 y Richard M. Ebeling, «Planning for Freedom: Ludwig von Mises as Political Economist and Policy Analyst», en Richard M. Ebeling, ed.,

Competition or Compulsion: The Market Economy versus the New Social Engineering (Hillsdale, Mich.: Hillsdale College Press, 2001), pp. 1-85; ver también Murray N. Rothbard, *Ludwig von Mises: Scholar, Creator, Hero* (Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute, 1988) e Israel M. Kirzner, *Ludwig von Mises* (Wilmington, Del.: ISI Books, 2001).

[2] Ludwig von Mises, *La teoría del dinero y del crédito* (2012), Madrid, Unión Editorial, y también de Mises, «Monetary Stabilization and Cyclical Policy» [1928] reimpresso en Israel M. Kirzner, ed., *Austrian Economics: A Sampling in the History of a Tradition*, Vol. 3: *The Age of Mises and Hayek* (Londres: William Pickering, 1994), pp. 33-111.

[3] Sobre la obra de Mises como analista de política económica y defensor del libre mercado en Austria en los años de entreguerras, ver Richard M. Ebeling, «The Economist as the Historian of Decline: Ludwig von Mises and Austria Between the Two World Wars» en Richard M. Ebeling, ed., *Globalization: Will Freedom or World Government Dominate the International Marketplace?* (Hillsdale, Mich.: Hillsdale College Press, 2002), pp. 1-68. Muchos de los artículos y documentos políticos de Mises durante este periodo están ahora disponibles; ver Richard M. Ebeling, ed., *Selected Writings of Ludwig von Mises, Vol. 2: Between the Two World Wars: Monetary Disorder, Interventionism, Socialism and the Great Depression* (2002), Indianapolis: Liberty Fund.

[4] Ludwig von Mises, *Nación, estado y economía: Contribuciones a la política y a la historia de nuestro tiempo* ([1919] 2010), Madrid, Unión Editorial.

[5] Ludwig von Mises, «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth» [1920] reimpresso en Israel M. Kirzner, ed., *Austrian Economics: A Sampling in the History of a Tradition*, Vol. 3: *The Age of Mises and Hayek*, pp. 3-35.

[6] Ludwig von Mises, *El socialismo: Análisis económico y sociológico* ([1922] 2009), Madrid, Unión Editorial.

[7] Ludwig von Mises, *Liberalismo: La tradición clásica* ([1927] 2010), Madrid, Unión Editorial.

[8] Ludwig von Mises, *Crítica del intervencionismo: El mito de la tercera vía* ([1929] 2001), Madrid, Unión Editorial.

[9] Ludwig von Mises, *Problemas epistemológicos de la economía* ([1933] 2013), Madrid, Unión Editorial.

[10] En su ensayo «Liberalismo social», reimpresso en *Crítica del intervencionismo*, Mises avisaba de que, durante aquel tiempo de confusión ideológica e inestabilidad política de la Alemania de la década de 1920, «Algunos se refugian en el misticismo, otros ponen sus esperanzas en la llegada del “hombre fuerte”, el tirano que pensará por ellos y se ocupará de ellos».

[11] Sobre el Instituto de Grado de Estudios Internacionales y su fundador, William E. Rappard, ver Richard M. Ebeling, «William E. Rappard: An International Man in an Age of Nationalism», *Ideas on Liberty* (Enero de 2000), pp. 33-41.

[12] Ludwig von Mises, *Nationalökonomie: Theorie des Handelns und Wirtschaftens* ([1940] 1980), Múnich, Philosophia Verlag.

[13] Ludwig von Mises, *La acción humana: Tratado de economía* ([1949] 2019), Madrid, Unión Editorial.

[14] Varios de los ensayos de este periodo de 1940 a 1944 se incluyeron en Richard M. Ebeling, ed., *Selected Writings of Ludwig von Mises, Vol. 3: The Political Economy of International Reform and Reconstruction* (Indianapolis: Liberty Fund, 2000).

[15] Ludwig von Mises, *Burocracia: Gestión empresarial frente a gestión burocrática* (2005), Madrid, Unión Editorial.

[16] Ludwig von Mises, *Gobierno omnipotente: En nombre del estado* (2002), Madrid, Unión Editorial.

[17] Ludwig von Mises, *Caos planificado* (Instituto Mises, 2013, accesible en <https://www.mises.org.es/2013/06/caos-planificado/>).

[18] Ludwig von Mises, *Planificación para la libertad y otros ensayos* (2012), Madrid, Unión Editorial.

[19] Ludwig von Mises, *La mentalidad anticapitalista* (2010), Madrid, Unión Editorial.

[20] Ludwig von Mises, *Teoría e historia: Una interpretación de la evolución social y económica* (2004), Madrid, Unión Editorial.

[21] Ludwig von Mises, *Los fundamentos últimos de la ciencia económica: Un ensayo sobre el método* (2012), Madrid, Unión Editorial.

[22] Ludwig von Mises, «The Historical Setting of the Austrian School of Economics» [1969] reimpresso en Bettina Bien Greaves, ed., *Austrian Economics: An Anthology* (1996), pp. 53-76, Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education.

[23] Ludwig von Mises, *Notes and Recollections* (South Holland, Ill.: Libertarian Press [1940] 1978).

[24] Ludwig von Mises, *Interventionism: An Economic Analysis* ([1940] 1998), Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education.

[25] Ver Richard M. Ebeling, ed., *Money, Method and the Market Process: Essays by Ludwig von Mises* (Norwell, Mass.: Kluwer Academic Press, 1990) y Bettina Bien Greaves, ed., *Economic Freedom and Interventionism: An Anthology of Articles and Essays by Ludwig von Mises* (1990), Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education.

[26] Leonard E. Read, «To Abdicate or Not», en F. A. Harper, ed., *Toward Liberty: Essays in Honor of Ludwig von Mises on the Occasion of His 90th Birthday*, 29 de septiembre de 1971, Vol. 2 (Menlo Park, Calif.: Institute for Humane Studies, 1971), pp. 299-301.

[27] Mary Sennholz, *Leonard E. Read: Philosopher of Freedom* (1993), p. 140. Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education.

[28] Margit von Mises, *My Years with Ludwig von Mises* ([1976] 2ª ed. ampliada, 1984), pp. 94-95, Cedar Falls, Iowa: Center for Futures Education.

[29] *Ibid.*, pp. 177-178.

[30] Leonard Read, *Castles in the Air* (Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1975), pp. 150-151. [El elogio se encuentra en español en Internet en <https://www.mises.org/es/2011/12/mises-el-hombre/>].

[31] *Ibid.*, p. 132.

[32] [Después de la captura del bastión de Corea del Norte, Pyongyang, era evidente que los ejércitos de la China comunista estaban agrupándose para atacar al norte del río Yalu, la frontera entre Corea del Norte y la Manchuria controlada por los comunistas. Aun así, las solicitudes del general Douglas MacArthur para que se hiciera algo para evitar un ataque fueron denegadas, a sus aviones no se les permitió bombardear los puentes sobre el Yalu y a las fuerzas del ejército chino incluso se les concedió una zona franca de cinco millas de ancho a sur del Yalu donde pudieron agruparse. -N. del ed.]

[33] [La primera edición en inglés, *The City*, fue traducida y editada por Don Martindale y Gertrud Neuwirth (Glencoe, Illinois, Free Press, 1958). N. del ed.]

[34] [Friedrich Engels *Herr Eugen Dühring's Revolution in Science (Anti-Dühring)* [1878] (Nueva York: International Publishers, 1939), p. 188. Publicado en España como *Anti-Dühring: La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring* (Madrid: Fundación Federico Engels, 2014)]

[35] [*Capital, the Communist Manifesto and other Writings* de Karl Marx, editado con prólogo de Max Eastman (Nueva York: The Modern Library, 1932), p. 10].

[36] [Marx, op. cit., p. 331.]

[37] [Marx, op. cit., p. 11.]

[38] [El 30 de abril de 1951, el parlamento iraní bajo el primer ministro Mohammed Mossadegh, aprobó una legislación retroactiva al 20 de marzo de 1951 que expropiaba las propiedades de la Anglo-Iranian Oil Company y nacionalizaba el sector «Para la felicidad y prosperidad de la nación iraní y con el fin de garantizar la paz mundial» —N. del Ed.]

^[39] [Hjalmar Horace Greeley Schacht (1877-1970), financiero alemán que ocupó diversos cargos en el gobierno alemán entre 1923 y 1943, incluyendo los de presidente del Reichsbank y ministro de economía. —N. del ed.]